

# Heinrich Böll

## ¿Dónde estabas, Adán?



Lectulandia

¿Dónde estabas, Adán?, trata sobre la Segunda Guerra Mundial. Con personajes que cuentan su particular forma de vivir en tiempos de guerra. Aunque algunos aparecen sólo unas páginas todos dejan una inolvidable huella.

El protagonista, un soldado llamado Feinhals nos enseña como vive, sueña y ama durante una guerra. Nos permite conocer íntimamente algunas situaciones por las que pasaron los personajes, todos miembros del ejército alemán durante el final de la guerra, exactamente cuando las tropas nazis empiezan a replegarse del frente ruso y las tropas norteamericanas van avanzando y asentándose.

Puede parecer extraño encontrar personajes tan humanos dentro de esta historia tratándose de soldados del ejército alemán, lo que definitivamente es una lección para nosotros cuando apreciamos nuestro error. El autor hace una profunda crítica de la guerra y de la xenofobia desde el punto de vista de los opresores.

**Lectulandia**

Heinrich Böll

# **¿Dónde estabas Adán?**

ePub r1.0

JeSsE 17.03.14

Título original: *Wo warst du, Adam?*

Heinrich Böll, 1951

Traducción: Alfonsina Janés Nadal

Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Una catástrofe mundial puede servir para varias cosas. También para encontrar una coartada ante Dios. ¿Dónde estabas, Adán? «En la guerra mundial».

Theodor Haecker

*Diarios nocturnos y diurnos, 31 marzo 1940*

Antes tuve aventuras: la instalación de líneas de correo, la superación del Sahara, América del Sur..., pero la guerra no es una aventura de verdad, no es más que un sustitutivo de la aventura. La guerra es una enfermedad. Como el tifus.

Antoine de Saint-Exupéry

*Vuelo hacia Arrás*

Primero pasó junto a ellos un rostro grande, amarillo, triste: era el general. El general parecía cansado. Paseó a toda prisa su cabeza de azuladas bolsas debajo de sus amarillos ojos palúdicos, con la boca de finos labios y carente de energía de aquél que tiene mala suerte, junto al millar de hombres. Empezó en la esquina derecha del polvoriento cuadro, los miró tristemente a todos a la cara, tomó las curvas sin ímpetu, sin energía, sin arrojo, y todos se dieron cuenta de una cosa: en su pecho había suficientes condecoraciones, resplandor de oro y plata, pero el cuello estaba vacío, sin condecoración alguna. Y aunque sabían que la cruz en el cuello de un general no significaba gran cosa, el hecho de que ni siquiera tuviera eso les dejaba estupefactos. Ese cuello delgado y amarillo y carente de adornos del general hacía pensar en batallas perdidas, en retiradas sin éxito, en reprimendas, en reprimendas desagradables y mordaces como las que intercambian los altos cargos oficiales, en conversaciones telefónicas llenas de ironía, en jefes de la plana mayor trasladados y en un hombre mayor cansado que al quitarse el uniforme por la noche y sentarse al borde de la cama con sus piernas delgadas y su extenuado cuerpo palúdico para tomar una copita parecía desesperado. Todos aquellos hombres, 333 veces 3, a los que miró a la cara, sintieron algo extraño: tristeza, compasión, miedo y una secreta ira. Ira a causa de esta guerra que ya hacía demasiado tiempo que duraba, demasiado tiempo para que el cuello de un general no llevara aún el adorno que le correspondía. El general tenía la mano junto a su gastada gorra, la mano al menos la mantenía levantada, y al llegar a la esquina izquierda del cuadro dio una vuelta algo más brusca, se dirigió al centro del lado abierto, se detuvo, y el tropel de oficiales se agrupó a su alrededor, sin la menor conexión y no obstante metódicamente, y resultó desagradable verle allí, sin el adorno del cuello, mientras que otros de menor rango podían hacer brillar su cruz al sol.

Primero pareció que quería decir algo, pero lo único que hizo fue volver a llevarse la mano a la gorra de una manera muy súbita y dio media vuelta de un modo tan inesperado que el grupo de oficiales se desplegó asustado para dejarle paso. Y todos vieron cómo el hombrecillo bajo y delgado subía a su coche, los oficiales llevaban de nuevo la mano a la gorra y después la blanca nube de polvo que se levantó indicó que el general se dirigía al oeste, al lugar en el que el sol estaba ya bastante bajo, ya no muy lejos de los blancos tejados planos, al lugar en el que no había ningún frente.

Entonces ellos marcharon en 111 grupos de a tres a otra parte de la ciudad, hacia el sur, pasando por cafés de sucia elegancia, por cines e iglesias, por barrios pobres en los que perros y gallos yacían perezosos delante de las puertas, con hermosas y sucias mujeres de blanco busto en las ventanas, en los que de cochinas tabernas salía el

canto monótono y curiosamente excitante de los hombres que estaban bebiendo. Los tranvías pasaban por su lado chirriando a fantásticas velocidades... y luego llegaron a un barrio silencioso. Allí había villas rodeadas de verdes jardines, coches del ejército delante de portales de piedra; ellos atravesaron uno de esos portales de piedra, llegaron a un parque muy cuidado y volvieron a colocarse formando cuadro, un cuadro más pequeño, 111 veces tres.

El bagaje se colocó atrás, en fila, los fusiles los pusieron en pabellón, y cuando se encontraban de nuevo en posición de firmes, cansados y hambrientos, muertos de sed, furiosos y hartos de esa maldita guerra, al encontrarse de nuevo en posición de firmes pasó por su lado una cara delgada y de casta: era el coronel, pálido, de ojos duros, labios apretados y nariz larga. A todos ellos les pareció natural que el cuello que había debajo de este rostro estuviera adornado con la cruz. Pero tampoco este rostro les gustó. El coronel tomó los ángulos derechos, andaba con lentitud y paso firme, no pasaba por alto ni un solo par de ojos, y cuando finalmente dio media vuelta para dirigirse al flanco abierto con una pequeña cola formada por oficiales, todos ellos sabían que diría algo y todos pensaron que deseaban beber algo, beber, y también comer o dormir o fumar un cigarrillo.

—Camaradas —dijo la voz clara y sonora—, camaradas, os saludo. No hay mucho que decir, sólo una cosa: tenemos que echarlos, a esos cobardes, echarlos para que vuelvan a sus estepas. ¿Entendéis, camaradas?

La voz hizo una pausa y el silencio de esta pausa resultó desagradable, casi mortal, y todos ellos vieron que el sol estaba ya del todo rojo, rojo oscuro, y el mortal resplandor rojo parecía quedar aprisionado en la cruz del cuello del coronel, única y exclusivamente en esos cuatro brazos resplandecientes, y fue entonces cuando se dieron cuenta de que además la cruz estaba adornada con una corona de encina que ellos llamaban verdura.

El coronel llevaba verdura en el cuello.

—¿Qué si lo entendéis? —gritó la voz, soltando ahora un gallo.

—Sí, señor —exclamaron unos cuantos, pero sus voces estaban roncadas, cansadas, indiferentes.

—¡Qué si lo entendéis, pregunto! —volvió a gritar la voz soltando un gallo tal que parecía querer subirse al cielo, de prisa, demasiado de prisa, como una alondra que se hubiera vuelto loca y quisiera coger una estrella para comer.

—Sí, señor —exclamaron otros pocos, pero no muchos, y también los que gritaron estaban cansados, roncados, indiferentes, y en la voz de ese hombre no había nada que pudiera calmar su sed, quitarles el hambre y las ganas de fumar.

El coronel cortó el aire con su fuste, ellos oyeron algo que sonaba como «tropa de mamarrachos» y con rápidos pasos se fue por la parte de atrás seguido de su ayudante, un teniente primero joven y larguirucho, demasiado larguirucho y también

demasiado joven para no darles lástima.

El sol seguía en el cielo, exactamente sobre los tejados, un huevo de hierro candente que parecía rodar por encima de los blancos tejados planos, y el cielo tenía un color ceniciento, casi blanco, lánguido caía el seco follaje de los árboles mientras seguían marchando, ahora por fin hacia el este, atravesando el arrabal, pasando por el empedrado junto a cabañas, pasando por las barracas de los traperos, por un bloque totalmente fuera de lugar formado por grandes y sucias casas de vecindad, por estercoleros, atravesando jardines con melones podridos en el suelo, con hinchidos tomates colgando de grandes pies, cubiertos de polvo, colgando de pies demasiado grandes, que les resultaba extraño. Extraños resultaban también los maizales con sus gruesas mazorcas en las que picoteaban bandadas de pájaros negros que levantaron perezosos el vuelo al acercarse su paso cansado, nubes de pájaros que volaban vacilantes en el aire para posarse luego otra vez y seguir picoteando.

Ahora eran ya un grupo de sólo 35 veces tres hombres, una tropa cansada, cubierta de polvo, con los pies llagados, rostros sudorosos y con un teniente primero a la cabeza que llevaba el hastío en el semblante. Al hacerse cargo del destacamento vieron ya qué tipo de persona era. Él sólo los había mirado y lo leyeron en sus ojos, aunque estaban cansados, sedientos, sedientos, lo leyeron: «Mierda», decía su mirada, «todo es una mierda, pero no podemos hacer nada». Y después con marcada indiferencia y despreciando todas las órdenes normales, su voz dijo: «En marcha».

Ahora se detuvieron junto a una escuela sucia que había entre árboles medio marchitos. Pestilentes charcas negras sobre las que se movían zumbadoras moscas parecían estar desde hacía meses allí entre el burdo empedrado y un retrete lleno de garabatos escritos en tiza que despedía una peste repugnante, fuerte y clara.

—Alto —dijo el teniente primero y se dirigió luego al edificio con el paso elegante y al mismo tiempo irresoluto del hombre que está de arriba abajo lleno de hastío.

Ahora no hizo ya falta que formaran cuadro y el capitán que pasó junto a ellos no se llevó ni siquiera la mano a la gorra; no llevaba cinturón, tenía una paja entre los dientes y su gruesa cara de negras cejas resultaba agradable. Hizo sólo un ademán con la cabeza, dijo «jm», se colocó delante de ellos y dijo:

—No tenemos mucho tiempo, muchachos. Voy a mandar al sargento mayor y haré que os distribuyan en seguida en las compañías.

Pero más allá de su sano rostro habían visto hacía rato que los carros de combate estaban allí listos y aparcados y que en el alféizar, en las sucias ventanas abiertas se encontraba el bagaje de la compañía, paquetes intachables, y al lado los cinturones, con todo lo que le correspondía: morral, cartucheras, palas y mascarillas de gas.

Al proseguir la marcha ya no eran más que ocho veces tres hombres y desandaron el camino recorrido, atravesando los maizales hasta llegar a las feas y modernas

grandes casas de vecindad, luego doblaron de nuevo hacia el este y llegaron a unas pocas casas en un bosque ralo que parecían casi una colonia de artistas: edificios de un piso y tejado plano con grandes ventanas. En los jardines había sillas veraniegas, y al detenerse y dar media vuelta vieron que el sol estaba ya detrás de los inmuebles, que su luz llenaba toda la bóveda celeste de un color rojo demasiado claro que parecía sangre mal pintada... y detrás de ellos, en el este, reinaba ya la oscuridad del atardecer y el calor. Delante de las casitas había soldados acurrucados a la sombra, en alguna parte había pirámides de fusiles, parecía que había más o menos diez, y ellos vieron que los soldados ya llevaban los cinturones: los cascos de acero en el portacarabina despedían un resplandor rojizo.

El teniente primero, que salió de una de las casitas, no pasó por su lado en absoluto. Se detuvo en seguida en el centro delante suyo y ellos vieron que sólo tenía una condecoración, una condecoración pequeña y negra que en realidad no lo era, una medalla insignificante de hojalata negra gracias a la cual uno podía enterarse de que había derramado sangre por la patria. El rostro del teniente primero estaba cansado y triste, y ahora al mirarlos dirigió primero la vista a sus condecoraciones, luego a su rostro y dijo:

—Bien —y tras una breve pausa mirando al reloj—: Estáis cansados, lo sé, pero no puedo hacer nada... dentro de un cuarto de hora tenemos que irnos.

Entonces miró al suboficial, que se encontraba a su lado y exclamó:

—Es inútil tomar los datos personales... recoger las libretas, añadir las al bagaje. Repartirlos de prisa para que esa gente aún pueda beber. ¡Llenaos también las cantimploras! —gritó dirigiéndose al grupo formado por ocho veces tres hombres.

El suboficial que había a su lado parecía irritado y engreído. Tenía cuatro veces más condecoraciones que el teniente primero y ahora asintiendo con la cabeza dijo en voz alta:

—¡Vamos, sacad las libretas!

Dejó el montón en una mesa coja del jardín y empezó a repartirlos, y mientras los contaban y distribuían todos ellos pensaron lo mismo: el viaje había sido cansado, aburrido, nauseabundo, pero no había sido serio. Además el general, el coronel, el capitán, incluso el teniente primero, todos estaban muy lejos, no les podían hacer nada. Pero éstos, a éstos era a quienes pertenecían, a ese suboficial que llevaba la mano a la gorra y chocaba los talones tal como se había hecho una vez hacía cuatro años, o a ese sargento que parecía un búfalo que ahora se acercó por detrás, tiró el cigarrillo y se enderezó el cinturón... a éstos era a quienes pertenecían hasta que cayeran prisioneros o yacieran en cualquier parte, heridos... o muertos.

Del millar de hombres no había quedado más que uno que ahora se encontraba delante del suboficial, mirando indefenso a su alrededor porque ya no había nadie a su lado, detrás ni delante suyo; y al mirar de nuevo al suboficial se le ocurrió pensar

que estaba sediento, muy sediento, y que del cuarto de hora habían transcurrido al menos ya ocho minutos.

El suboficial había cogido su libreta de la mesa y la había abierto, le echó una ojeada, lo miró y dijo:

—¿Se llama Feinhals?

—Sí, señor.

—¿Es arquitecto... y sabe dibujar?

—Sí, señor.

—Destacamento de compañía, puede sernos útil, mi teniente.

—Magnífico —dijo el teniente dirigiendo la vista hacia la ciudad, y Feinhals deslizó también la mirada al lugar al que estaba mirando el teniente primero, y entonces vio que era lo que parecía fascinarle hasta tal punto: allí detrás, en una calle recta, en el suelo entre dos casas estaba el sol, singular, como una manzana aplanada, resplandeciente, muy bastardeada, yacía allí sencillamente en el suelo entre dos sucias casas de un arrabal rumano, una manzana que iba perdiendo brillo por momentos y que parecía encontrarse casi en su propia sombra.

—Magnífico —dijo de nuevo el teniente primero sin que Feinhals supiera si se refería realmente al sol o es que lo decía por costumbre. Feinhals recordó que hacía ya cuatro años que estaba en camino, cuatro años ya, y entonces en la tarjeta postal ponía que lo movilizaban para un ejercicio de unas cuantas semanas. Pero de repente había llegado la guerra.

—Váyase a beber —dijo el suboficial a Feinhals. Feinhals corrió por el lugar hacia el que habían corrido los demás y encontró la aguada en seguida: la espita era un tubo de hierro oxidado con un grifo de jardín que se pasaba de rosca entre delgados troncos de pinos, y el chorro que salía tenía la mitad del grosor de un dedo meñique, pero mucho peor que eso era que allí se encontraban casi diez hombres dándose empujones unos a otros y lanzando maldiciones, los cuales se tiraban mutuamente sus escudillas.

Al ver el agua que caía, Feinhals casi perdió el conocimiento. Sacó la escudilla del morral, se abrió paso entre los demás y de repente notó que tenía muchísima fuerza. Apretó su vasija entre las demás, la hizo entrar en esa multitud de bocas de hojalata que se desplazaban sin cesar y no supo ya cuál era la suya; siguió su brazo con la vista y vio que la esmaltada en un color más oscuro era la suya, con gesto vigoroso la empujó y sintió algo que le hizo temblar: se estaba volviendo pesada. Ya no sabía qué era mejor, beber o notar que la escudilla se volvía pesada. De repente la retiró porque notaba que sus manos perdían fuerza, la debilidad le hacía sentir un temblor en las venas, y mientras detrás suyo las voces gritaban: «¡A formar... vamos, adelante!», se sentó, colocó la escudilla entre sus rodillas porque ya no tenía fuerzas para levantarla, y se inclinó sobre ella como un perro sobre la suya, ejerció con los

dedos temblorosos una ligera presión de modo que el borde inferior bajó y la superficie del agua tocó sus labios, y cuando su labio superior quedó mojado de verdad y él empezó a sorber, ante sus ojos se balanceó en todos los colores y cambiando de aspecto «Agua, gua, gua», lo vio en la imaginación escrito con desvariada claridad: agua. Sus manos recobraron la fuerza, podía levantar la escudilla y beber.

Alguien lo levantó, lo empujó delante suyo y él vio allí a la compañía con el teniente primero a la cabeza gritando:

—¡Adelante, adelante!

Y él cargó el fusil al hombro y se colocó delante, en el lugar que le había ordenado el suboficial, haciéndole una seña.

Entonces marcharon hacia delante, hacia la oscuridad, y él se movía sin quererlo: en realidad quería caerse pero seguía adelante, sin quererlo, su propio peso le hacía apretar las rodillas y al apretar las rodillas avanzaban los pies heridos que tenían que arrastrar consigo las grandes molestias producidas por el dolor, molestias demasiado grandes, mayores que sus pies; sus pies eran demasiado pequeños para ese dolor; y al avanzar sus pies la masa formada por asentaderas, hombros, brazos y cabeza se ponía de nuevo en movimiento y le hacía apretar las rodillas, y al apretar las rodillas sus pies heridos avanzaban...

Tres horas más tarde yacía cansado en algún lugar, sobre la seca yerba de la estepa, siguiendo con la vista una figura que escapaba arrastrándose en la gris oscuridad; esta figura le había traído dos grasientos papeles, un pedazo de pan, un rollo de caramelos y seis cigarrillos y le había dicho:

—¿Sabes cuál es la consigna?

—No.

—Victoria. La consigna es: victoria.

Y en voz baja había repetido: «Victoria, consigna victoria», y esta palabra sabía igual que el agua tibia en la lengua.

Entonces quitó el papel de los caramelos, se metió uno en la boca y al notar en ella el diluido sabor amargo-sintético, sus glándulas segregaron saliva, limpió al tragarla la primera efusión de esa mezcla agridulce... y de repente oyó que las granadas, que durante horas habían correteado allí delante, en una línea lejana, pasaban volando por encima suyo ondeando, zumbando, oscilando como cajas mal clavadas, y estallaban detrás de ellos. La segunda carga se encontraba delante suyo, no demasiado lejos: en la clara oscuridad del cielo oriental se dibujaban fuentes de arena cual setas que se deshicieran y a él le llamó la atención el hecho de que ahora detrás suyo estuviera oscuro y delante suyo algo más claro. La tercera carga no la oyó: entre ellos parecía que estuvieran rompiendo tableros contrachapeados a martillazos, dando estampidos, soltando astillas, cerca, peligroso. Suciedad y humo

de pólvora se arrastraban a lo largo del suelo, y cuando hubo dado media vuelta, apretado contra la tierra con la cabeza delante en la depresión del declive que él había abierto oyó que se daba la orden: «¡Listos para saltar!». Procedente de la derecha se oyó un murmullo, un zumbido que pasó por su lado como una mecha que parecía quemarse hacia la izquierda, en silencio y de modo peligroso, y cuando se disponía a preparar su equipo de asalto, a sujetarlo, se oyó un estampido a su lado y pareció que alguien le arrancara la mano y tirara con fuerza de su antebrazo. Todo su brazo izquierdo estaba sumergido en un calor húmedo, y él, levantando la cabeza de aquella suciedad, exclamó:

—Estoy herido —pero él mismo no oyó lo que estaba exclamando, sólo oyó una voz que decía de modo apenas perceptible:

—Rossapfel.

Muy lejos, como separado de él por gruesos cristales cercanos y sin embargo lejos:

—Rossapfel —dijo una voz; apenas perceptible, noble, lejana, ahogada—, Rossapfel, capitán Bauer, sí señor.

Luego hubo un silencio absoluto y la voz repuso:

—Estoy oyendo al teniente coronel.

Silencio, calma absoluta, sólo a lo lejos había algo que burbujeaba, silbaba y producía ligeros estallidos, como si algo se derramara al hervir. Entonces se le ocurrió pensar que tenía los ojos cerrados y los abrió: vio la cabeza del capitán y luego oyó también su voz con mayor claridad; su cabeza se encontraba en una oscura ventana de sucio marco y el rostro del capitán estaba cansado, sin afeitarse y de mal humor, había apretado los ojos y entonces dijo tres veces una detrás de otra, separadas por una brevísima pausa:

—Sí, mi teniente coronel... Sí, mi teniente coronel... Sí, mi teniente coronel...

Entonces el capitán se puso el casco de acero y su ancha cabeza negra y bondadosa adquirió un aspecto muy ridículo al decir a alguien que estaba a su lado:

—Qué asco, irrupción por Rossapfel tres, Freischütz cuatro, tengo que ir adelante.

Otra voz gritó, dirigiéndose hacia la casa:

—Anunciador en motocicleta al capitán.

Y fue propagándose como un eco, murmurándose por la casa, haciéndose cada vez menos perceptible:

—Anunciador en motocicleta al capitán, anunciador en motocicleta al capitán.

Entonces oyó el traqueteo del aparato, siguió su ruido seco que iba acercándose y lo vio torcer por la esquina, lentamente, aminorando la marcha hasta detenerse delante suyo, zumbando, cubierto de polvo, y el conductor, con su rostro cansado e indiferente, sin levantarse del trasto brincador, gritó hacia la ventana:

—La motocicleta para mi capitán está dispuesta.

Y con las piernas separadas, despacio, y con el puro en la boca, el capitán salió de la puerta, una seta gorda y sombría con su casco de acero, sin ánimo alguno se metió en el sidecar, y dijo: «Vámonos», y el aparato dio un elevado brinco y se alejó ruidosamente, a toda prisa, envuelto en una polvareda, en dirección al hirviente caos de en frente.

Feinhals no sabía si se había sentido jamás tan feliz. Apenas sentía dolor; en su brazo izquierdo, totalmente cubierto por una gruesa envoltura allí a su lado, rígido y ensangrentado, húmedo y ajeno, notó un ligero malestar, nada más; todo lo demás estaba ileso; podía levantar las piernas por separado, mover los pies en las botas, mover la cabeza, y echado podía fumar con el sol ante sí que se encontraba en el este a un palmo de la nube de polvo gris. Todos los ruidos quedaban en cierto modo alejados y ahogados, parecía que su cabeza estuviera rodeada de una capa de algodón y se le ocurrió pensar que hacía casi 24 horas que no había comido nada más que un caramelo sintético ácido, que no había bebido nada más que un poco de agua herrumbrosa y tibia que sabía a arena.

Al notar que lo levantaban y se lo llevaban volvió a cerrar los ojos pero lo vio todo, era algo tan familiar, a él ya le había ocurrido alguna vez: pasando junto a los gases de escape de un estruendoso coche lo llevaron a su cálido interior que apestaba a bencina, la camilla chirriaba en las vías, luego el motor se puso en marcha y el ruido del exterior fue alejándose cada vez más, de una manera apenas perceptible, del mismo modo que la tarde anterior se había ido acercando sin que se notara, sólo algunas granadas cayeron en los arrabales, de manera regular, tranquila, y mientras se daba cuenta de que iba a quedarse dormido, pensó: «Qué bien, esta vez ha ido de prisa, muy de prisa...». Un poco de sed es lo único que había experimentado, dolor en los pies y un poco de miedo.

Al detenerse el tren con brusquedad despertó de su aletargamiento. Se abrieron las puertas, las camillas volvieron a chirriar en los rieles y lo llevaron a un pasillo fresco y blanco en el que reinaba un silencio absoluto; las camillas estaban una detrás de otra como sillas extensibles en una estrecha cubierta, y él vio delante suyo una cabeza cubierta de abundante pelo negro que yacía quieta, delante de ésta una calva que se movía violentamente de un lado a otro, y delante de todo, en la primera camilla, una cabeza blanca completamente ceñida por un apretado vendaje, una cabeza fea, demasiado delgada, y de ese lío de gasa salió una voz cortante, clara, sonora, que se elevaba hacia el techo, indefensa y al mismo tiempo desvergonzada, la voz del coronel, y esa voz gritó:

—¡Champaña!

—Barcos —dijo tranquilamente la calva de delante—, bébete tus barcos.

Detrás hubo risas, ligeras y prudentes.

—Champaña —gritó encolerizada la voz—, champaña frío.

—Cierra el pico —dijo tranquilo el calvo—, cierra ya el pico de una vez.

—Champaña —exclamó la voz llorosa—, quiero champaña.

Y la cabeza blanca cayó hacia atrás, ahora yacía allí tumbada, y de entre apretadas tiras de gasa se elevó una fina nariz, y la voz fue elevándose más y gritando:

—Una mujer... una mujercita...

—Acuéstate contigo mismo —contestó el calvo.

Entonces por fin se llevaron a la cabeza blanca por la puerta y se hizo el silencio.

En el silencio sólo oyeron el estallido de las granadas que caían en barrios apartados de la ciudad, oscuras explosiones lejanas que parecían bramar suavemente al margen de la guerra. Y cuando se llevaron la cabeza blanca del coronel, que ahora yacía de lado sin decir palabra, y metieron al calvo, se acercó el ruido de un coche en el exterior: un motor que lanzaba ligeros silbidos fue aproximándose de prisa y de un modo casi amenazador y pareció querer embestir contra el fresco edificio blanco, tan cerca estaba ya; entonces de repente se hizo el silencio y fuera una voz gritó algo, y cuando se volvieron, asustados en su pacífico y soñoliento cansancio, vieron al general que pasaba despacio junto a las camillas dejando a cada uno de los hombres cajetillas de cigarrillos sin decir ni palabra. A medida que los pasos del hombrecillo iban acercándose desde atrás, el silencio se hacía cada vez más opresivo y entonces Feinhals vio muy cerca la cara del general: amarilla, grande y triste, con blanquísimas cejas y un indicio de polvo negruzco alrededor de su fina boca, y en este rostro podía leerse que también esta batalla se había perdido.

Oyó una voz que decía:

—Bressen, Bressen, míreme.

Y sabía que ésta era la voz de Kleewitz, el médico de la división, al que probablemente habían enviado para que se enterase de cuándo regresaría. Pero no iba a regresar, ya no quería oír ni ver nada más de este regimiento... y no miró a Kleewitz. Fijó la vista en el cuadro que colgaba a su derecha, casi en el oscuro rincón: un rebaño de ovejas pintado de color gris y verde en medio del cual había un pastor con un abrigo azul tocando la flauta.

Pensó en cosas que nadie hubiera podido adivinar y en las que le gustaba pensar a pesar de que eran desagradables. No sabía si estaba oyendo la voz de Kleewitz; claro que la oía pero no quería confesárselo y en vez de volver la cabeza y decir: «Kleewitz, qué bien que haya venido», miró al pastor que tocaba la flauta.

Luego oyó que estaban hojeando papeles y supuso que estudiaban su historia clínica. Miró el cogote del pastor y recordó que antes, durante una temporada, se había dedicado a saludar en un hotel, en un restaurante muy lujoso. A mediodía, cuando los señores iban a comer, atravesaba el local muy erguido haciendo reverencias, y era curioso lo de prisa y bien que comprendió los matices que había que dar a sus reverencias: si se inclinaba ligeramente, profundamente, si sólo inclinaba la cabeza, cómo inclinaba la cabeza, y a veces no hacía más que un ligero movimiento que en realidad no era más que un abrir y cerrar de ojos pero que parecía un movimiento de cabeza. A él le resultaba tan fácil distinguir las diferencias de matiz... era como con los grados del ejército, esa jerarquía de hombreras trenzadas o lisas, con estrellas o sin ellas, que era seguida de la gran masa formada por las hombreras más o menos desprovistas de adornos. En este restaurante la serie de matices de reverencias era relativamente sencilla: dependía del bolsillo, de la importancia de la consumición. Él no era ni siquiera extraordinariamente amable, casi nunca sonreía y su rostro, cuando intentaba mirar de la manera más inexpresiva posible, su rostro no perdía jamás esa expresión de severidad y vigilancia. A aquél a quien miraba no le invadía tanto la sensación de que se le estaba haciendo un honor como la de culpabilidad; todos se sentían observados, inspeccionados, y pronto descubrió que había una clase de personas que se desconcertaban, que se desconcertaban hasta tal punto que cuando su mirada reposaba sobre ellas se ponían a cortar las patatas con cuchillo y que se palpaban miedosas la cartera en cuanto él había pasado. Lo único que le extrañaba era que volvieran una y otra vez, éstos también. Volvían y dejaban que les inclinaran la cabeza, soportaban esa incómoda revisión, propia de un restaurante elegante. Su delgado rostro de casta y el hecho de

ser capaz de llevar los trajes como es debido se lo pagaban relativamente bien y además comía gratis. Pero mientras intentaba aparentar cierta arrogancia, en el fondo muchas veces tenía miedo.

Aunque había días en los que se daba cuenta de que el sudor se acumulaba sobre su cuerpo y salía de manera intermitente sofocándole. Y el dueño era un hombre vulgar, un tipo bonachón, orgulloso de su éxito, que tenía una manera de ser muy desagradable; por la noche, cuando el local iba vaciándose poco a poco y él podía pensar ya en irse a casa... entonces a veces introducía sus gruesos dedos en la caja de puros y le metía tres o cuatro en el bolsillo superior de la chaqueta a pesar de su resistencia. «Dios mío», murmuraba el dueño con su insegura sonrisa «tómelos, son puros buenos». Y él se los llevaba. Los fumaba por la noche con Velten, con el cual tenía un pisito amueblado, y Velten se maravillaba cada vez de la calidad de los puros. «Bressen», decía Velten, «Demonio, Bressen, usted fuma cosas buenas». Él callaba y cuando Velten llevaba algo bueno de beber no hacía cumplidos. Velten era viajante y trabajaba para una firma de bebidas alcohólicas y cuando había hecho buenos negocios Velten traía una botella de champaña.

—Champaña —dijo en voz alta—, champaña frío.

—Eso es lo único que dice de vez en cuando —explicó el médico del servicio que tenía al lado.

—¿Se refiere al coronel? —preguntó Kleewitz con frialdad.

—Sí, señor, al coronel Bressen. Lo único que el coronel decía a veces: champaña... champaña frío. Y luego a veces el coronel hablar de mujeres... de mujercitas.

Tener que comer también en el restaurante había sido repugnante. En una habitación interior pequeña y sucia, con un mantel gastado, servido por una cocinera poco amable que no tenía nunca en cuenta su predilección por el puding... con esos repugnantes vapores de cocina fríos y grasientos en la nariz, cuello y boca... y este constante ir y venir del dueño, que durante unos segundos se acurrucaba a su lado con el puro en la boca, se servía de una botella de licor y bebía en silencio.

Más adelante había dado clases de urbanidad. La ciudad en la que vivía era muy apropiada para este tipo de clases. Había allí muchos ricos que ni siquiera sabían que el pescado se come de manera distinta a la carne, que se habían pasado la vida comiendo literalmente con los dedos y que ahora tenían coches, villas y mujeres que no soportaban por más tiempo estar metidas en su pellejo. Les enseñaba a comportarse como lo exigían las obligaciones sociales, iba a su casa, discutía con ellos el menú, les hacía comprender cómo había que tratar a los sirvientes y por la noche cenaba con ellos... tenía que enseñarles cada una de las manipulaciones, observarlos con atención, corregirlos, e intentaba explicarles cómo puede uno mismo abrir una botella de champaña.

—Champaña —dijo en voz alta—, champaña frío.

—Santo Dios, santo Dios —exclamó Kleewitz—, Bressen, míreme.

Pero él no tenía intención de mirar a Kleewitz; no quería oír nada, ver nada de este regimiento que se le había desmoronado bajo sus manos cual yescas; Rossapfel, Freischütz y Zuckerhut... capitaneados por su plana mayor que se llamaba cabaña de caza... ¡se acabó! Y poco después oyó que Kleewitz se había ido.

Se alegró de poder apartar por fin la mirada del rebaño de ovejas y del estúpido pastor, estaba colgado un poco demasiado lejos a su derecha y le daba un ligero calambre en el cogote. El segundo cuadro estaba colgado casi exactamente delante suyo y él se veía obligado a mirarlo a pesar de que tampoco éste le gustaba: mostraba al príncipe heredero Miguel hablando con un campesino rumano y con el mariscal Antonescu y la reina al lado. La posición del campesino rumano era conmovedora. Tenía los pies demasiado juntos y daba la impresión de que iba a caerse hacia delante y tirar el regalo que tenía en la mano a los pies del joven rey: el regalo no podía verse muy bien... sal o pan o un pedazo de queso de cabra, pero el joven rey sonreía dirigiéndose al campesino. Hacía rato que Bressen no veía ya estas cosas; se sentía feliz por haber encontrado un punto que podía mirar fijamente sin tener que recelar el calambre de la nuca.

Lo que más perplejo le había dejado de estas clases, lo que no sabía y tardó mucho en alcanzar por fin, a comprender era eso: que esas cosas realmente podían aprenderse... esa pequeña comedia que consiste en manejar cuchillo y tenedor como es debido. A menudo se asustaba cuando veía a esos sujetos y a sus mujeres, los cuales después de tres meses le trataban correcta y cortésmente como a un profesor hábil pero muy especializado, y sonriendo le entregaban un cheque. Algunos no lo aprendían nunca —sus dedos eran demasiado torpes, no conseguían cortar la corteza del queso o coger la tajada en la mano o agarrar correctamente una copa de vino por el mango—, y había una tercera categoría que no lo aprendían pero a la cual no le importaba —aparte de aquéllos que no conocía pero de los cuales oía decir que no consideraban necesario consultarle.

Lo único que le consoló durante este tiempo fue la posibilidad de tener de vez en cuando alguna aventura con sus mujeres... una aventura poco peligrosa que no le defraudaba pero que en las mujeres parecía infundir antipatía por él. Durante este tiempo tuvo muchas aventuras —con las mujeres más distintas— pero de todas ellas ni una sola había ido a verle o había salido con él una segunda vez, a pesar de que con ellas bebía champaña.

—Champaña —dijo en voz alta—, champaña frío.

También lo decía cuando estaba solo —era mejor—, y por un momento pensó en la guerra, en esa guerra de aquí, sólo por un momento, hasta que oyó que volvían a entrar dos en la habitación. Siguió con la vista fija en esa masa indefinible que el

campesino rumano le tendía al joven rey Miguel —y por un momento vio entre sí mismo y el cuadro la mano rosada del médico jefe, el cual se estaba inclinando sobre él descolgando la curva de su temperatura.

—Champaña —dijo Bressen en voz alta—. Champaña y una mujercita.

—Señor Bressen —exclamó suavemente el médico jefe—. Señor Bressen.

Entonces hubo un momento de silencio y el jefe dijo al que iba con él:

—Que lo lleven en camión a Viena —por supuesto la división lamenta extraordinariamente tener que prescindir del señor Bressen, pero...

—Sí, señor —dijo el médico del servicio.

Después no oyó nada, si bien tenían que estar aún a su lado pues no había oído la puerta. Luego volvió a crujir aquel maldito papel y pareció que leían otra vez su historia clínica. Ninguno de ellos dijo una sola palabra.

Más tarde se había acordado que había cosas que él podía enseñar realmente y que tenía sentido que se enseñaran: las nuevas instrucciones del servicio militar que él ya conocía porque le enviaban con regularidad las nuevas entregas. Para el Casco de Acero y la Organización Juvenil se hizo cargo de cursos de formación en su distrito, y recordaba muy bien que esa honrosa misión había tenido lugar en la época en que descubrió en su persona una inclinación desmedida por los dulces y en que disminuyó su interés por las aventuras. Resultó que había sido una buena cosa tener un caballo y pasar estrecheces a cambio, pues ahora en los días de ejercicio podía salir montando a la campiña temprano, mantener conversaciones con los jefes de secciones menores, repasar el horario... y sobre todo podía conocer a la gente como apenas podía hacerlo durante el servicio: soldados veteranos y gente joven de una timidez y al mismo tiempo de una ingenuidad singulares que de vez en cuando corrían incluso el riesgo de contradecir. Lo que le ponía triste era cierto aire de misterio que hacía que fuera imposible regresar después a la ciudad a la cabeza de la tropa —pero durante el servicio era casi como antes: el servicio de combate en el marco del batallón lo dominaba bien y no encontró motivo alguno para criticar las nuevas prescripciones, que habían aprovechado las experiencias de la guerra sin pretender provocar una verdadera revolución. Lo que cuidaba siempre de una manera especial por considerarlo de extraordinaria importancia: el servicio a pie, posición básica y conversiones realizadas con la mayor corrección posible— y cuando se sentía lo suficientemente fuerte y seguro para correr algún riesgo, cosa que incluso durante la paz y con una tropa bien ejercitada había sido aventurado: los ejercicios de batallón eran días excepcionales.

Pero pronto el misterio desapareció, pronto hubo también ejercicios diarios, y cuando un buen día volvió a ser un mayor de verdad, comandante de un batallón como Dios manda, no había habido una diferencia demasiado grande.

Primero no supo si es que estaba girando de verdad o si esta vuelta formaba parte

de las cosas que él ya no podía controlar, pero él giraba y sabía que estaba girando de verdad, y era triste enterarse de que todavía no existía nada, lo que estaba sucediendo con él sin que él pudiera controlarlo: le estaban haciendo girar. Lo habían levantado y con todo cuidado estaban sacándolo de su cama para colocarlo en la camilla que había allí delante. Primero la cabeza le cayó hacia atrás, miró un momento al techo, luego le pusieron debajo un cojín y su mirada dio exactamente en el tercer cuadro que había en su habitación. Ese cuadro aún no lo había visto, estaba colgado cerca de la puerta, y primero le alegró poder ver este cuadro pues de lo contrario hubiera tenido que mirar a los dos médicos entre los cuales estaba colgado ahora el cuadro. Parecía que el jefe había salido. El médico del servicio habló con el otro médico joven al cual él aún no había visto nunca; vio que el bajo y gordo médico del servicio le leía al otro en voz baja parte de su historial clínico y le explicaba algo. Bressen no pudo entender lo que decían y no porque no pudiera oír; le resultaba insoportable el hecho de no haber conseguido oír hasta entonces —no, estaban sencillamente demasiado lejos y hablaban en un susurro—. Del pasillo lo oía todo: llamadas, gritos de heridos y el zumbido de los motores afuera. Vio la espalda del portador que estaba delante suyo y el que estaba detrás suyo dijo entonces:

—Vamos... anda vamos.

—El equipaje —dijo el de delante—. Doctor —exclamó dirigiéndose al médico del servicio—, alguien tendría que traer el equipaje.

—Vaya a buscar a unos cuantos hombres.

Los dos portadores salieron al pasillo.

Sin mover la cabeza Bressen dirigió una penetrante mirada al tercer cuadro, que estaba entre las cabezas de los dos médicos: ese cuadro era increíble, él no podía explicarse cómo había llegado aquí. No sabía si se encontraba en una escuela o en un convento, pero que en Rumania hubiera católicos era algo que no había oído decir nunca. En Alemania había, lo había oído decir... ¡pero en Rumania! Pues bien, allí había un cuadro de la Virgen María. Le molestó verse obligado a mirar ese cuadro, pero no podía hacer otra cosa, tenía que mirarla, a esa mujer con su capa azul celeste cuyo rostro se le antojó de extraña seriedad; estaba flotando sobre un globo terrestre con la vista levantada hacia el cielo, el cual estaba formado por blanquísimas nubes, y alrededor de sus manos había anudada una sarta de perlas de madera marrón. Sacudió ligeramente la cabeza y pensó: qué desagradable, y de repente vio que los dos médicos prestaban atención. Lo miraron a él, después miraron el cuadro, siguieron el camino de su mirada y lentamente se dirigieron a él. Le era muy difícil fijar su vista en ese cuadro que le resultaba tan repugnante entre esas dos cabezas, entre los cuatro ojos que estaban mirando los suyos. No podía pensar en nada que le hubiera distraído; intentó hacer regresar sus pensamientos a aquellos años en los que hacía muy poco había podido pensar, años en los que notó que las cosas que una vez

constituyeron su mundo se transformaban lentamente de nuevo en un mundo: el trato con los oficiales de la plana mayor, los chismes de la guarnición, los ayudantes, los ordenanzas. No consiguió pensar en ello. Estaba atrapado en esos 20 centímetros que quedaban libres entre las dos cabezas, y en estos 20 centímetros estaba el cuadro, pero fue un alivio ver que el espacio aumentaba, pues ellos se acercaban a él, se separaron y se detuvieron a su lado.

Ahora ya no los veía, sólo por el rabillo del ojo sus blancas batas. Oyó perfectamente lo que decían.

—¿De modo que no cree que esté relacionado con esa herida?

—Imposible —dijo el médico del servicio; de nuevo volvió a abrir la historia clínica, el papel crujió—. Imposible. Una herida insignificante, francamente ridícula, en el cuero cabelludo. Cicatrizó en cinco días. Nada —absolutamente ninguno de los síntomas normales de una conmoción, nada. A lo sumo puedo admitir un shock— o... —de repente enmudeció.

—¿A qué se refiere?

—Me guardaré el decirlo.

—Dígalo.

Resultó molesto que los dos médicos permanecieran en silencio, parecían intercambiar señas, luego de repente el médico extranjero rió. Bressen no había oído ni una palabra. Luego rieron los dos médicos. Él se alegró de que entraran los dos soldados con un tercero; ése llevaba el brazo en un cabestrillo.

—Feinhals —le dijo el médico del servicio—, lleve la cartera al coche. El equipaje mayor lo llevarán después —exclamó dirigiéndose a los portadores.

—¿Va en serio? —preguntó el médico extranjero.

—Completamente en serio.

Bressen notó que lo levantaban y se lo llevaban; el cuadro de la Virgen se deslizó a su izquierda, la pared se acercó, luego el crucero de la ventana, de nuevo le dieron media vuelta, vio el largo pasillo, dio otra vuelta y cerró los ojos; afuera brillaba el sol, el sol le cegaba. Al cerrarse detrás suyo la puerta de la ambulancia sintió gran alegría.

Había muchos sargentos en el ejército alemán —con sus estrellas se hubiera podido adornar el cielo de un estúpido inframundo—, también muchos sargentos que se llamaban Schneider, y entre ellos un buen número que habían recibido el nombre de Alois, pero sólo uno de esos sargentos llamados Alois Schneider se encontraba en esta época en un villorrio húngaro que se llamaba Szokarhely; Szokarhely era una localidad pequeña y cerrada, medio pueblo y medio balneario. Era verano.

El despacho de Schneider era una habitación estrecha tapizada de amarillo; fuera, en la puerta, colgaba un letrero de cartón rosa oscuro escrito en tinta china negra: «Altas. Sargento Schneider». La mesa estaba colocada de modo que Schneider estaba sentado de espaldas a la ventana, y cuando no tenía nada que hacer se levantaba, daba media vuelta y podía ver la estrecha y polvorienta carretera que hacia la izquierda llevaba al pueblo y a la derecha, entre maizales y albaricoqueros, a la Puszta. Schneider no tenía casi nada que hacer. En el hospital no quedaban más que heridos graves; todos los demás de los que no podía dudarse que se encontraban en condiciones de ser trasladados, los habían metido en vehículos y se los habían llevado —y los que podían andar habían sido dados de alta, cargados y mandados al frente. Schneider podía pasar horas y horas mirando por la ventana: fuera hacía un tiempo bochornoso y la mejor medicina contra este clima era un licor de albaricoque amarillento mezclado con gaseosa. Ese licor era de una suave aspereza, era barato, puro y bueno, y era agradable estar sentado junto a la ventana mirando el cielo o la calle y emborracharse; la embriaguez venía muy despacio, Schneider tenía que luchar duramente para conseguirlo, incluso por la mañana era necesario una cantidad bastante grande de licor de albaricoque para llegar a un estado en el que el embrutecimiento se hiciera soportable. Schneider tenía un sistema: en el primer vaso sólo echaba un poco de licor, en el segundo ya echaba más, el tercero era de un 50%, el cuarto lo bebía puro, el quinto otra vez 50%, el sexto era tan fuerte como el segundo y el séptimo tan flojo como el primero. Sólo bebía siete vasos. Hacia las diez y media había dado fin a esta ceremonia y se encontraba en un estado que él denominaba de iracunda sobriedad, entonces se sentía invadido por un fuego frío y se veía armado para cargar con el aburrimiento del día. Hacia las once iban generalmente las primeras altas, la mayoría de las veces a las once y cuarto, y le quedaba aún casi una hora para mirar a la calle, por la cual raras veces pasaba a toda velocidad en dirección al pueblo algún vehículo tirado por flacos caballos levantando una polvareda— o podía cazar moscas, mantener diálogos de artística invención con superiores imaginarios, irónicos y breves, o aún ordenar los tampones que tenía sobre su mesa, poner los papeles rectos.

A esta hora —hacia las diez y media— el doctor Schmitz se encontraba en la habitación de los dos pacientes que había operado por la mañana: a la izquierda se encontraba el teniente Moll, de 21 años; semejaba una vieja, su cara afilada parecía reír irónicamente debido a la narcosis, bandadas de moscas se movían sobre los vendajes de sus manos, se agachaban somnolientas junto a la gasa ensangrentada de su cabeza. Schmitz las apartó; era inútil, sacudió la cabeza y cubrió la del que yacía allí durmiendo con la blanca sábana. Empezó a ponerse la limpia bata blanca que llevaba para la visita, se la abrochó lentamente y miró al otro paciente, al capitán Bauer, que parecía despertar poco a poco de la narcosis y con los ojos cerrados producía unos murmullos ahogados; en vano intentó moverse, estaba atado y también su cabeza se hallaba sujeta con correas detrás, a las barras de la cama —sólo se movían sus labios, y durante unos momentos pareció querer abrir los ojos— sin dejar de murmurar. Schmitz se metió las manos en los bolsillos de su bata y esperó —la habitación estaba en la penumbra, el aire era malo, olía ligeramente a excrementos y aunque las puertas y las ventanas estaban cerradas estaba llena de moscas; antes en los sótanos que había debajo estuvieron los establos.

El murmullo inarticulado e intermitente del capitán pareció vigorizarse, ahora abría la boca a intervalos regulares y parecía decir una sola palabra que Schmitz no entendía —una mezcla curiosamente fascinante de E y O y sonidos guturales—, después de repente el capitán abrió los ojos.

—Bauer —exclamó Schmitz sabiendo no obstante que era inútil.

Se acercó y movió enérgicamente sus manos de un lado a otro delante del capitán —no siguió reflejo alguno. Schmitz mantuvo la mano muy cerca de sus ojos, tan cerca que notó en la palma de su mano las cejas del capitán: nada— el capitán sólo dijo regularmente su incomprensible palabra. Miró hacia dentro y nadie sabía qué había dentro. De repente dijo la voz con toda claridad, articulándola con gran nitidez, como si la hubiera aprendido de memoria —luego otra vez. Schmitz mantuvo el oído muy cerca de la boca del capitán: «Bjeljogorsche», dijo el capitán. Schmitz escuchó con atención, no conocía la palabra y no sabía lo que significaba, pero le gustaba oírla, le parecía bonita, misteriosa y bonita. Fuera había silencio— oyó la respiración del capitán, lo miró a los ojos y siguió esperando la palabra una y otra vez casi sin respirar: «Bjeljogorsche». Schmitz miró su reloj, observó el segundero —muy lento le pareció que se arrastraba por la esfera este dedo minúsculo— cincuenta segundos: «Bjeljogorsche». Hasta que volvieron a transcurrir cincuenta segundos el tiempo le pareció infinitamente largo. Afuera había coches entrando en el patio. Alguien gritó en el pasillo, Schmitz recordó que el jefe le había pedido que pasara la visita en su lugar, otro coche entró en el patio. «Bjeljogorsche», dijo el capitán; Schmitz volvió a esperar —la puerta se abrió, apareció un sargento, Schmitz le hizo con impaciencia una seña para que no hablara, miró fijamente la manecilla y cuando saltó hacia el 30

lanzó un suspiro: «Bjeljogorsche», dijo el capitán.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schmitz al sargento.

—La visita, ya va siendo hora —dijo el sargento.

—Ya voy —dijo Schmitz. Cuando la manecilla se encontraba sobre el 20 y los labios del capitán acababan de cerrarse cubrió el reloj con la manga, miró fijamente la boca de aquel hombre, esperó y cuando sus labios empezaron a moverse se subió la manga. «Bjeljogorsche»— la manecilla se encontraba exactamente sobre el 10.

Schmitz salió despacio.

Aquel día no llegó ninguna alta. Schneider esperó hasta las once y cuarto, luego salió a buscar cigarrillos. En el pasillo se detuvo junto a la ventana. Afuera estaban lavando el coche del jefe. Jueves, pensó Schneider. Los jueves se lavaba siempre el coche del jefe.

Los edificios formaban un rectángulo abierto por detrás, en dirección al ferrocarril. En el ala norte estaba el departamento de cirugía, en el centro la administración con las salas de rayos X, en el ala sur la cocina, las dependencias para el personal, y en el extremo, en una serie de seis habitaciones, vivía el director. Antes en este complejo hubo una escuela de agricultura. Detrás, en el gran jardín que iba de través hacia el flanco abierto, había duchas, unos establos y plantíos, parterres escrupulosamente medidos con toda clase de plantas. El jardín con sus árboles frutales llegaba hasta el ferrocarril, y a veces se veía a la mujer del director a caballo por allí con su hijo, un chiquillo de seis años que vociferaba agachado sobre un pony. La mujer era joven y hermosa, y cada vez que había jugado con su hijo allí detrás en el jardín, iba a la administración a quejarse del obús sin estallar que había en el pozo de agua de abono y que a ella le parecía peligroso. Cada vez le aseguraban que se haría algo, pero no se hacía nada.

Schneider permaneció junto a la ventana mirando al chófer del jefe, que estaba realizando su trabajo con todo esmero; aunque hacía ya dos años que llevaba y lavaba este coche había extendido el plan de engrase sobre una caja tal como lo mandan las prescripciones, llevaba el mono y a su alrededor había cubos y jarras. El coche del jefe estaba tapizado de cuero rojo y era muy plano. Jueves, pensó Schneider, ya vuelve a ser jueves. En el calendario de las costumbres el jueves era el día en que se lavaba el coche del jefe. Saludó a la rubia enfermera que pasó a toda prisa por su lado, dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta de la cantina, pero la puerta estaba cerrada. En el patio pararon dos camiones que aparcaron a determinada distancia del coche del jefe. Schneider se detuvo y miró hacia afuera: en aquel momento llegó al patio la muchacha de la fruta. Ella misma conducía su carrito sentada sobre una caja boca abajo y ahora pasaba con gran cuidado entre los coches en dirección a la cocina. Se llamaba Szarka, venía siempre los miércoles de uno de los pueblos de los alrededores y traía fruta y verdura. Todos los días venía gente que

traía fruta y verdura, el habilitado tenía distintos proveedores, pero los miércoles sólo venía Szarka. Schneider lo sabía muy bien: a menudo los miércoles había interrumpido su trabajo hacia las once y media, se había ido hacia la ventana en espera de que se viera la nube de polvo de su carrito al borde de la avenida que llevaba a la estación, y había estado esperando hasta que ella se acercaba y en la nube de polvo podía verse el caballito, las ruedas del carro y por fin la muchacha con su linda cara delgada y la sonrisa en la boca. Schneider encendió su último cigarrillo y se sentó en el alféizar. Hoy hablaré con ella, pensó, y en seguida recordó que todos los miércoles pensaba: «Hoy hablaré con ella», y que nunca lo había hecho. Pero hoy seguro que lo haría. Szarka tenía algo que él sólo había notado en las mujeres de esta tierra, en estas muchachas de la Puszta que en las películas se ven siempre brincando con un ímpetu tan estúpido: Szarka era reservada, reservada y de una ternura apenas perceptible; era cariñosa con su caballo, con las frutas de sus cestos: albaricoques y tomates, ciruelas y peras, pepinos y pimientos. Su abigarrado carrito se deslizó entre las sucias jarras de aceite y las cajas y se detuvo junto a la cocina y ella llamó a la ventana con la fusta. A esa hora no había otro ruido en el edificio. La visita daba la vuelta desprendiendo una inquieta solemnidad, todo estaba limpio y en los pasillos había una tensión indefinible. Pero hoy reinaba un ruido nervioso, puertas que se cerraban con estrépito, gritos por todas partes. Schneider lo oyó en cierto modo al margen de su conciencia, fumó su último cigarrillo y observó a Szarka mientras negociaba con el sargento de cocina. De ordinario negociaba siempre con el habilitado, el cual intentaba pellizcarle las nalgas, pero Pratzki, el sargento de cocina, era un muchacho delgado, algo nervioso y muy práctico que sabía cocinar magníficamente y del que se decía que no le importaban las mujeres. Szarka le hablaba con energía, gesticulando, hizo sobre todo el gesto del que está contando dinero, pero el cocinero sólo se encogió de hombros y señaló el edificio principal, exactamente el lugar en el que estaba sentado Schneider; la muchacha se volvió y miró a Schneider casi a la cara; éste saltó del alféizar y oyó que en el pasillo le estaban llamando a voces.

—¡Schneider, Schneider!

Entonces hubo un momento de silencio y una vez más alguien gritó:

—¡Sargento Schneider!

Schneider echó otra mirada hacia el exterior: Szarka cogió las riendas de su caballito y lo llevó hacia el edificio principal; el chófer del jefe se encontraba en un gran charco doblando su plano de engrase. Schneider se dirigió lentamente al despacho y antes de llegar allí pensó varias cosas: que hoy tenía que hablar con la muchacha, sin falta, que los miércoles no podía lavarse el coche del jefe, y que no era posible que Szarka viniera en jueves.

Se tropezó con la visita. Ésta salía de la gran sala que ahora estaba casi vacía;

batas blancas, unas pocas enfermeras, el sargento del servicio, los enfermeros, una procesión silenciosa que no era guiada por el jefe sino por Schmitz, suboficial de sanidad, el doctor Schmitz, un hombre al que raras veces se oía hablar. Schmitz era bajo y gordo y de aspecto insignificante, pero sus ojos eran fríos y grises, y a veces, cuando bajaba un segundo los párpados, parecía querer decir algo pero nunca decía nada. Cuando Schneider llegó delante del despacho la visita se disgregó; Schneider vio entonces que Schmitz se dirigía hacia él, así que mantuvo la puerta abierta y entró con él.

El sargento mayor estaba hablando por teléfono. Su ancho rostro mostraba irritación. En aquel momento estaba diciendo: «No, doctor», entonces se oyó al jefe en el auricular, el sargento mayor miró a Schneider y al médico, con un gesto ofreció a éste una silla y al mirar a Schneider sonrió; después dijo: «Está bien, doctor», y colgó.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Schmitz—. De modo que nos largamos.

Abrió el periódico que tenía delante, lo cerró en seguida y miró por encima del hombro a Feinhals, el delineante, que estaba sentado a su lado. Schmitz miró con frialdad al sargento mayor. Había visto que Feinhals estaba esbozando un plano del lugar. «Base: Szokarhely», ponía arriba.

—Sí —dijo el sargento mayor—, tenemos la orden de llevar a cabo un cambio de posición.

Intentó permanecer tranquilo pero al mirar a Schneider había en sus ojos una desagradable excitación. También sus manos estaban temblando. Echó una mirada a las cajas de color gris que había junto a las paredes y que abriendo la tapa podían transformarse en armarios o mesas. A Schneider seguía sin ofrecerle ninguna silla.

—Déme un cigarrillo, Feinhals, hasta luego —dijo Schneider.

Feinhals se levantó, abrió la cajetilla azul y ofreció un cigarrillo a Schneider. También Schmitz tomó uno. Schneider fumó apoyado a la pared.

—Ya lo sé —dijo en el silencio—, estaré en el destacamento de retaguardia. Antes era el destacamento de exploración.

El sargento mayor se ruborizó. En la habitación contigua se oía una máquina de escribir. Sonó el teléfono, el sargento mayor descolgó, contestó y dijo:

—Está bien, doctor, la mandaré para que firme.

Colgó.

—Feinhals —dijo—, vaya a ver si ya está lista la orden del día.

Schmitz y Schneider se miraron. Schmitz miró la mesa y volvió a abrir el periódico.

«Ha empezado el proceso contra los reos de alta traición», leyó. Volvió a cerrar el periódico.

Feinhals volvió de la habitación de al lado con el escribiente. El escribiente era un

suboficial pálido y rubio que tenía los dedos amarillos de fumar.

—Otten —le gritó Schneider— ¿volverás a abrir la cantina?

—Un momento, por favor —dijo furioso el sargento mayor—, ahora tengo cosas más importantes que hacer.

Él tamboreó con los dedos sobre la mesa mientras el escribiente ordenaba los legajos de papel. Se llevó a la cara las hojas escritas a máquina y sacó el papel carbón. Eran tres veces dos caras escritas a máquina y cuatro hojas de papel carbón. Parecía que no había escrito más que nombres. Schneider pensó en la muchacha. Probablemente ahora estaba con el habilitado para cobrar su dinero. Se acercó a la ventana para poder observar la salida.

—Acuérdate de dejarnos cigarrillos —dijo a Otten.

—Calma —gritó el sargento mayor.

Dio los legajos a Feinhals y le dijo:

—Al jefe para que los firme.

Feinhals los juntó y salió.

El sargento mayor se dirigió a Schmitz y a Schneider pero éste se hallaba mirando por la ventana, era casi mediodía y la carretera estaba vacía; enfrente había un enorme campo en el que los miércoles tenía lugar el mercado: los sucios puestos se encontraban solitarios al sol. Miércoles por tanto, pensó, y se dirigió al sargento mayor el cual tenía en la mano una copia de la orden del día. Feinhals estaba ya de vuelta, se encontraba junto a la puerta.

—... Se queda aquí —dijo el sargento mayor—. Feinhals tiene un esbozo de la situación. Esta vez ha de ir todo de una manera táctica. Pura formalidad, ya sabe, Schneider —dijo—; lo mejor será que reúna en seguida a unos cuantos hombres y les mande ir a buscar las armas, en la sala de enfermedades contagiosas. Los otros servicios están informados.

—¿Armas? —preguntó Schneider—, ¿también pura formalidad?

El sargento mayor volvió a ruborizarse, Schmitz cogió otro cigarrillo de la cajetilla de Feinhals.

—Desearía ver la lista de heridos..., ¿dirigirá el jefe el destacamento de exploración?

—Sí —dijo el sargento mayor—, él es también quien ha hecho la lista.

—Quisiera verla —dijo Schmitz.

El sargento se ruborizó una vez más. Entonces metió la mano en el cajón y tendió la lista a Schmitz. Schmitz la leyó atentamente, murmurando los nombres para sí mismo; no se hablaba, todos permanecían en silencio mirando al hombre que estaba leyendo la lista. Fuera, en el pasillo, reinaba el ruido. Todos se sobresaltaron cuando de repente Schmitz dijo en voz alta:

—¡El teniente Moll y el capitán Bauer, maldita sea!

Echó estrepitosamente la lista sobre la mesa y miró al sargento mayor.

—Cualquier estudiante de medicina sabe que una hora y media después de una delicada operación cerebral un paciente no está en condiciones de ser trasladado.

Volvió a coger la lista y golpeó el papel con los dedos.

—Lo mismo es pegarles un tiro que meterlos en una ambulancia.

Miró a Schneider, luego a Feinhals, al sargento mayor y a Otten.

—Seguro que ayer ya se sabía que nos largábamos hoy... ¿Por qué no se aplazó la operación?...

—La orden no ha llegado hasta hoy, hasta hace una hora —dijo el sargento mayor.

—¡La orden! ¡La orden! —dijo Schmitz, echó la lista sobre la mesa y dijo a Schneider—: Venga, vámonos.

Una vez fuera dijo:

—No ha prestado usted atención..., soy el jefe del destacamento de retaguardia..., ya hablaremos de ello.

A toda prisa se dirigió a la habitación del jefe y Schneider fue lentamente a la suya.

Por todas las ventanas por las que pasó miró hacia fuera para asegurarse de que el carro de Szarka aún seguía en la entrada. Ahora el patio estaba lleno de camiones y de ambulancias, y en medio de ellos el coche del jefe. Ya habían empezado a cargar y Schneider vio que junto a la cocina estaban cargando también las cestas de la fruta, y el chófer del jefe arrastraba por el patio una gran caja gris con chapas de hojalata. En los pasillos había una aglomeración. Una vez en su habitación Schneider se dirigió rápidamente al armario, se echó en un vaso el licor que quedaba y después algo de gaseosa y mientras bebía oyó que fuera se estaba poniendo en marcha el primer motor. Con el vaso en la mano salió al pasillo y se colocó junto a la ventana: había notado en seguida que el primer motor que se puso en marcha era el del coche del jefe; era un motor bueno, Schneider no entendía nada de motores pero notó que era un buen motor. Entonces el jefe atravesó el patio, no llevaba equipaje y la gorra le caía algo torcida. Tenía casi el mismo aspecto de siempre; únicamente su rostro, que en general resultaba noble, pálido, con suaves resplandores rojizos, su rostro estaba colorado como un tomate. El jefe era un hombre apuesto, alto y delgado, un jinete excelente que cada mañana a las seis montaba en su caballo con la fusta en la mano y se iba galopando Pusztá adentro de una manera regular, alejándose cada vez más en esta superficie que no parecía otra cosa que el horizonte. Pero ahora su cara estaba colorada y Schneider sólo había visto la cara del jefe una vez tan colorada, en aquella ocasión en que Schmitz consiguió llevar a cabo la operación que el jefe no se había arriesgado a realizar. Ahora Schmitz iba al lado del jefe; Schmitz iba completamente tranquilo mientras que el jefe agitaba excitado las manos..., pero ahora Schneider

había visto a la muchacha, la cual estaba en el pasillo y se dirigía hacia él. Parecía confusa a causa del desorden y daba la impresión de que andaba buscando a alguien que no tomaba parte en esta marcha. Dijo en húngaro algo que él no entendió, entonces él señaló su habitación y le hizo una seña para que fuera hacia allá. El coche del jefe fue el primero en salir y la columna le siguió lentamente...

Por lo visto la muchacha creía que era el sustituto del habilitado. No se sentó en la silla que él le ofreció y al hacerlo él en el borde de la mesa ella siguió de pie muy cerca, delante suyo, y le habló gesticulando con gran energía; a él le resultó muy agradable poder mirarla sin tener que escucharla ya que era inútil querer entender su idioma. Pero la dejó hablar para poder mirarla: parecía algo delgada, tal vez era demasiado joven, mucho más joven de lo que había creído —su busto era pequeño pero su cara de una hermosura perfecta, y casi sin respirar esperó los momentos en los que sus largas pestañas descansaban sobre sus morenas mejillas— brevísimos momentos en los que su boquita también permanecía cerrada, redonda y roja, de labios quizá demasiado finos. La miró muy detenidamente y se confesó a sí mismo que estaba decepcionado —pero era encantadora y de repente levantó las manos para hacer un gesto negativo y sacudió la cabeza. Ella se calló en seguida, lo miró con recelo; él dijo en voz baja:

—Me gustaría besarte, ¿lo entiendes?

Él mismo no sabía ya si realmente lo deseaba y le resultó muy desagradable ver cómo se ruborizaba, cómo esa piel oscura empezaba de repente a arder, y comprendió que ella no había entendido ni una palabra pero sabía lo que quería decir. Mientras él se acercaba lentamente ella retrocedió y en sus atemorizados ojos y en su delgado cuello cuya vena latía con violencia vio que era tres meses demasiado joven. Se detuvo, sacudió la cabeza y dijo en voz baja:

—Perdona..., olvídalo..., ¿me entiendes?

Pero su mirada se volvió aún más temerosa y a él le entró el miedo de que se echara a gritar. Esta vez parecía entender aún menos, lanzando un suspiro se acercó a ella, le cogió sus manitas y al llevárselas a la boca vio que estaban sucias, olían a tierra y a cuero, a puerros y a cebolla, y él las besó velozmente e intentó sonreír. Ella lo miró aún más confusa hasta que él le dio unos golpecitos en el hombro, diciéndole:

—Ven, vamos a intentar que te paguen.

Sólo cuando realizó enérgicamente delante de sus ojos el gesto del que cuenta dinero sonrió un poco y lo siguió al pasillo.

En el pasillo se tropezaron con Schmitz y Otten.

—¿Adónde va? —preguntó Schmitz.

—Al habilitado —dijo Schneider—, la chica quiere dinero.

—El habilitado no está —dijo Schmitz—, se fue ya anoche, a Szolnok; allí se reunirá con el destacamento de exploración.

Bajó los párpados un momento y después miró a los hombres. Nadie dijo ni una sola palabra. La muchacha deslizó la vista del uno al otro.

—Otten —dijo Schmitz— reúna al destacamento de retaguardia, necesito unos cuantos hombres para descargar, pues han olvidado dejarnos aquí algo comestible.

Miró al patio; sólo quedaba un coche.

—¿Y la muchacha? —preguntó Schneider.

Schmitz se encogió de hombros:

—Yo no puedo darle dinero.

—¿Qué vuelva mañana?

Schmitz miró a la muchacha. Ella le sonrió.

—No —dijo—, mejor esta tarde.

—¡Preséntese al destacamento de retaguardia!

Schmitz salió al patio y se colocó al lado del coche y Schneider llevó a la muchacha a su vehículo. Intentó explicarle que debía volver por la tarde, pero ella no dejó de sacudir enérgicamente la cabeza hasta que él se dio cuenta de que no se marcharía sin el dinero.

Se quedó pues con ella mirando cómo subía al carro, ponía su caja boca abajo y sacaba un paquete marrón. Después colgó el morral al caballo y desenvolvió un trozo de pan, un bistec plano de carne picada y un puerro. En una gruesa botella verde llevaba vino. Ahora le sonrió y de repente, mientras masticaba, dijo: «Nagyvarad» y dio unos cuantos puñetazos en el aire, delante suyo, con lo que puso una cara muy seria. Schneider creyó que le estaba describiendo un combate de boxeo que alguien había perdido o tal vez —pensó— quería manifestar de algún modo que se sentía estafada. No sabía lo que quería decir Nagyvarad. El húngaro era un idioma muy difícil, ni siquiera existía en él la palabra tabaco.

La muchacha sacudió la cabeza.

—«Nagyvarad, Nagyvarad» —dijo con energía unas cuantas veces seguidas dando puñetazos de nuevo delante suyo. Sacudió la cabeza y rió masticando con ahínco y bebiendo a toda prisa su vino.

—Oh —dijo— Nagyvarad... rus... rus —e indicando el sureste imitó el ruido de los tanques al acercarse—: bru... bru... bru...

De repente Schneider asintió con la cabeza y ella rió sonoramente pero se interrumpió y puso una cara muy seria. Schneider comprendió que Nagyvarad tenía que ser una ciudad, y ahora el gesto de los empellones no dejaba lugar a dudas. Él miró a la columna que había junto al camión descargando. Schmitz estaba delante, con el conductor, firmando algo. Schneider lo llamó:

—Doctor Schmitz, cuando tenga tiempo venga por favor.

Schmitz asintió con la cabeza.

La muchacha había acabado de comer. Con todo cuidado envolvió el pan, el resto

del puerro, y volvió a cerrar la botella.

—¿Quiere agua para el caballo? —preguntó Schneider.

Ella le dirigió una mirada interrogativa.

—Agua —dijo él— para el caballo.

Se agachó un poco e intentó imitar a un caballo bebiendo.

—¡Oh! —exclamó ella—, ¡oh, sí!

Su mirada era extraña, curiosa en cierto modo, de una curiosa ternura.

Al otro lado el coche se puso en movimiento y Schmitz se acercó.

Siguieron al coche con la mirada; fuera había otra columna esperando que la entrada quedara libre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schmitz.

—Está hablando de una irrupción en una ciudad que empieza por Nagy.

Schmitz asintió con la cabeza:

—Grosswardein —dijo—, lo sé.

—¿Lo sabe usted?

—Lo he oído esta noche por la radio.

—¿Está lejos de aquí?

Schmitz contempló pensativo los coches que estaban entrando en el patio formando una larga columna.

—Lejos —dijo suspirando—, lejos no quiere decir nada en esta guerra..., serán unos cien kilómetros. Quizá que le demos a la muchacha el dinero en cigarrillos..., ahora mismo.

Schneider miró a Schmitz y notó que se ruborizaba.

—Esperemos —dijo—, me gustaría que se quedara un poco más aquí.

—Bueno —dijo Schmitz.

Se alejó lentamente en dirección al ala sur.

Cuando entraba en la habitación de los dos enfermos el capitán decía en voz baja y ahogada: «Bjeljogorsche». Schmitz sabía que era inútil mirar el reloj; ese ritmo era más exacto de lo que jamás hubiera podido ser el reloj y mientras permanecía sentado en el borde de la cama, con la historia clínica en la mano, mecido casi por esa palabra que se repetía sin cesar, intentó meditar cómo podía aparecer un ritmo así, qué mecanismo, qué engranaje en este cerebro cruelmente remendado, despedazado, producía esta monótona letanía. ¿Y qué sucedía durante los 50 segundos en los que ese hombre no decía nada y sólo respiraba? Schmitz casi no sabía nada de él: nacido en Wuppertal en marzo de 1895; grado de servicio: capitán; sección del ejército: fuerzas armadas; oficio: comerciante; religión: luterano; vivienda, cuerpo del ejército, heridas, enfermedades, tipo de herida. En la vida de este hombre tampoco había nada que hubiera resultado en cierta manera notable: no había sido un buen alumno, muy mediano, muy inseguro; sólo había suspendido una vez, y en el grado de bachiller

había tenido incluso «bien» en geografía, inglés y gimnasia. No le había gustado la guerra; sin quererlo le habían hecho teniente en 1915. Le gustaba beber pero no con desmesura y después, una vez casado, no se había decidido nunca a engañar a su mujer, aun cuando hubiera sido tan fácil de arreglar y tan atractiva la aventura. Jamás se decidió a hacerlo.

Schmitz sabía que todo lo que constaba en el historial clínico carecía casi de importancia mientras no supiera por qué ese hombre decía «Bjeljogorsche» y qué es lo que significaba para él, y Schmitz sabía que no se enteraría nunca, y, sin embargo, le hubiera gustado quedarse sentado allí eternamente esperando esa palabra.

Fuera no se oía ningún ruido, él escuchó impaciente y excitado el silencio en el cual sólo caía de vez en cuando esa palabra. Pero el silencio era más fuerte, de una fuerza aplastante, y Schmitz se levantó despacio, casi con rebeldía, y salió.

Cuando Schmitz se hubo ido, la muchacha miró a Schneider y pareció perpleja. Hizo con gran rapidez el gesto de beber.

—Ah —dijo él—, el agua.

Se fue al edificio a buscar agua. Al llegar a la entrada tuvo que retroceder de un salto: un elegantísimo coche rojo pasó, sin hacer ruido pero más de prisa de lo que estaba permitido, por su lado y, conducido con mucho cuidado, viró junto a las ambulancias que estaban aparcando hacia atrás, donde se encontraba la vivienda del director.

Al regresar con el cubo de agua Schneider tuvo que saltar otra vez hacia un lado. Enérgicos claxons sonaron en el patio, la columna se puso en movimiento. En el primer coche iba el sargento mayor, y los demás lo seguían lentamente. El sargento mayor no miró a Schneider. Schneider dejó pasar la larga hilera de coches y se fue al patio, donde reinaba una agobiante soledad y silencio. Dejó el cubo delante del caballo y miró a la muchacha; ella señaló a Schmitz, que venía del ala sur. Schmitz atravesó la entrada por su lado y ellos lo siguieron lentamente. Los tres se detuvieron allí siguiendo con la vista la columna que se alejaba en dirección a la estación.

—Los dos hombres que han venido de la sala de enfermedades contagiosas han traído armas, en efecto —dijo Schmitz en voz baja.

—Ah —exclamó Schneider—, lo había olvidado. Schmitz sacudió la cabeza.

—No vamos a necesitarlas, al contrario, nos vamos.

Se detuvo junto a la muchacha:

—Me parece que vamos a darle ahora los cigarrillos, ¿eh?... ¿Quién sabe?

Schneider asintió.

—¿No nos han dejado ningún coche aquí? ¿Cómo vamos a irnos?

—Volverá un coche —dijo Schmitz—, el jefe me lo ha prometido.

Los dos hombres se miraron.

—Por detrás vienen fugitivos —dijo Schmitz señalando el pueblo, del cual iba

acercándose una cansada caravana. Esa gente pasó lentamente por su lado sin mirarlos. Estaban cansados y tristes y no vieron a los soldados ni a la muchacha.

—Vienen de muy lejos —dijo Schmitz—, mire qué cansados están los caballos. Es inútil huir; a ese ritmo no escaparán de la guerra.

Detrás suyo se oyó una bocina muy enérgica, muy sonora y nerviosa, una bocina desvergonzada. Se separaron lentamente, Schneider fue hacia la muchacha. El coche del director se abrió paso hacia fuera; tuvo que parar porque por poco arremete contra uno de los carros de los fugitivos. Pudieron ver perfectamente a los que iban dentro, estaban sentados delante suyo como en el cine, delante, en primera fila, cuando uno tiene la pantalla insoportablemente próxima de los ojos. Al volante iba el director, su perfil duro y algo cansado no se movía; sobre el asiento de al lado se apilaban maletas y mantas atadas con cuerdas de tal modo que no pudieran caer encima suyo durante el viaje. Detrás de él iba su mujer, su hermoso rostro estaba tan inmóvil como el suyo; ambos parecían decididos a no mirar ni a derecha ni a izquierda. Tenía a su bebé en el regazo y el muchacho de seis años estaba sentado a su lado; éste era el único que miraba afuera; su cara vivaracha estaba pegada al cristal y sonreía a los soldados. El coche tardó dos minutos en poder seguir, los caballos de los fugitivos estaban cansados y en algún lugar de delante la caravana se había detenido. Vieron que el hombre del volante se ponía nervioso; estaba sudando y pestañeó y desde atrás la mujer le susurró algo. El silencio era casi absoluto, sólo podían oírse los gritos fatigados de la gente de la caravana y un niño que lloraba, pero de repente, procedente del patio, oyeron un griterío, un ronco bramido, y volvieron la vista atrás; en aquel mismo momento cayó con estrépito una piedra contra el coche, que dio sólo contra la tienda empaquetada; la segunda abolló la olla que había sujeta en lo alto como si se fueran a un fin de semana. El hombre que se acercaba corriendo y gritando era el administrador, el cual vivía detrás, en dos habitaciones contiguas a las duchas. Ahora estaba ya muy cerca, en la puerta de entrada, pero no le quedaba ninguna piedra, lanzando maldiciones se agachó, pero entonces se deshizo el estancamiento de la caravana y el coche, tocando altanero el claxon, se puso en movimiento. Una maceta atravesó el aire silbando pero cayó donde el coche había estado hacía un segundo, sobre aquel limpio empedrado formado por piedrecitas azules. La maceta de arcilla se rompió, sus pedacitos fueron rodando, con lo cual se separaron y formaron una corona de curiosa simetría alrededor de la tierra, la cual primero pareció mantener su forma, pero después, de repente, se desmoronó dejando al descubierto las raíces de un geranio cuyas flores siguieron en pie, rojas e inocentes, en el centro.

El administrador permaneció entre los soldados. Ya no profería maldiciones, ahora estaba llorando; en su sucia cara podían verse con toda claridad las lágrimas y su actitud era conmovedora y al mismo tiempo alarmante: inclinado hacia delante, con las manos agarrotadas y la vieja y sucia chaqueta muy holgada para su ahuecado

busto. Al gritar detrás, en el patio, una voz de mujer se sobresaltó, dio media vuelta y se fue llorando. Szarka lo siguió; cuando Schneider extendió los brazos hacia ella le esquivó. Cogió su caballo, lo hizo salir, se sentó encima y tomó las riendas.

—Voy a buscar los cigarrillos —exclamó Schmitz—, sujétala..., un momento.

Schneider sujetó al caballo por las riendas, la muchacha le pegó en la mano con la fusta, él sintió dolor pero no soltó las riendas. Volvió la vista atrás y le extrañó ver que Schmitz estaba corriendo. Jamás hubiera pensado que Schmitz correría alguna vez. La muchacha volvió a levantar la fusta pero no la dejó caer sino que la mantuvo sobre el pescante, a su lado, y a Schneider le asombró ver que de repente sonreía; era la sonrisa que había visto en ella tan a menudo, cariñosa y reservada; se acercó al pescante y con cuidado la hizo bajar de su cesta. Ella gritó algo dirigiéndose al caballo y mientras la besaba Schneider vio que aún tenía un poco de miedo, pero no se resistió, sólo miró inquieta a su alrededor. En la puerta de entrada reinaba la oscuridad, Schneider la besó con cuidado en las mejillas, en la nariz y apartó sus lisos cabellos negros para besarla en la nuca. Al oír a Schmitz que había llegado ya y echado los cigarrillos en el carro se asustó. La muchacha subió bruscamente y miró las cajetillas coloradas. Schmitz no miró a Schneider, dio media vuelta en seguida y volvió al patio. La muchacha se había ruborizado, miró a Schneider pero sin detenerse en sus ojos y de una manera muy súbita le gritó al caballo una palabrita muy dura y sujetó las riendas. Schneider dejó el paso libre. Esperó hasta que se hubo alejado 50 pasos, entonces pronunció en el silencio su nombre en voz alta, ella se detuvo, no se volvió, levantó sólo la fusta por encima de su cabeza en señal de saludo y siguió adelante. Schneider volvió lentamente al patio.

Los siete hombres del destacamento de retaguardia estaban sentados donde había habido la cocina, comiendo en el patio; sobre la mesa tenían sopa y al lado gruesas rebanadas de pan con carne. Al acercarse Schneider oyó sordos golpes procedentes del interior del edificio. Dirigió a los demás una mirada inquisitiva.

—El administrador está golpeando la puerta de la casa del director —dijo Feinhals; un momento después dijo—: al menos hubiera debido dejar la puerta abierta; es inútil destruirla.

Schmitz entró en el edificio con cuatro soldados para recoger todo lo que había que preparar aún para el traslado. Schneider se quedó con Feinhals y Otten donde estaban.

—Tengo una bonita misión —dijo Otten.

Feinhals bebió un licor rojo con la taza de campaña; a Schneider le tendió unas cuantas cajas de cigarrillos.

—Gracias —dijo Schneider.

—Tengo la misión de hundir la ametralladora y la pistola ametralladora y los demás cachivaches en el pozo de agua de abono, donde está el obús. Usted me

ayudará, Feinhals.

—Sí —dijo Feinhals.

Éste con una cuchara de sopa dibujó lentamente unas figuras sobre la mesa, en un charco de sopa que se extendía, marrón, del centro de la mesa hacia el borde.

—Vamos —dijo Otten.

Poco después Schneider se quedó dormido sobre la tapa de su escudilla. Su cigarrillo siguió quemando. Estaba en el borde de la mesa; el cigarrillo iba transformándose en finas cenizas, el fuego seguía arrastrándose, dejó una huella negra sobre la mesa hasta el extremo del cigarrillo y cuatro minutos más tarde allí no quedaba más que un fino palo gris de ceniza pegado a la mesa. Ese palito gris permaneció allí un buen rato, casi una hora, hasta que Schneider se despertó y lo apartó con el brazo sin haberlo visto nunca. Se despertó cuando el camión entraba en el patio. Casi al mismo tiempo que el ruido del coche al entrar oyeron los primeros tanques. Schneider se levantó de un salto, los demás, que estaban fumando por allí, querían reír pero ya no pudieron hacerlo: ese zumbido lejano no daba lugar a dudas.

—¡Hombre! —dijo Schmitz—. Si el coche ha venido de verdad. Feinhals, suba al tejado a ver si puede divisar algo.

Feinhals se dirigió al ala sur. El administrador estaba echado en la ventana de la casa del director mirándolos. Dentro oyeron a su mujer que estaba muy ocupada, se oía un suave tintineo, parecía estar contando vasos.

—Carguemos los cachivaches —dijo Schmitz.

El conductor hizo una seña negativa. Parecía muy cansado.

—Mierda —dijo—, subid y dejad ahí toda ésa porquería.

Cogió una cajetilla de la mesa, la abrió y se encendió un cigarrillo.

—A cargar —dijo Schmitz—, al fin y al cabo tenemos que esperar a que vuelva Feinhals.

El conductor se encogió de hombros, se sentó a la mesa y con la escudilla de Schneider sacó de la tinaja unas cucharadas de sopa.

Los demás cargaron todo lo que encontraron en el edificio, unas cuantas camas, la caja de efectos personales de un oficial cuyo nombre estaba pintado encima con laca negra: teniente primero doctor Greck, una estufa y un montón de bultos de los soldados, morrales, bolsas y unas cuantas armas; luego un montón de ropa interior: un lío de camisas, calzoncillos y chalecos forrados de piel.

Desde el tejado Feinhals exclamó:

—No puedo ver nada. En el pueblo hay una hilera de álamos que quita la vista. ¿Los oís? Yo los oigo bien.

—Sí —exclamó Schmitz—, los oímos. Baje.

—Sí —dijo Feinhals. Su cabeza desapareció del tragaluz.

—Tendría que ir alguien al terraplén —dijo Schmitz—, seguro que desde allí se

les puede ver.

—Inútil —replicó el conductor—, aún no es posible verlos.

—¿Y cómo es eso?

—Lo oigo. Oigo que aún no es posible verlos. Además vienen de dos direcciones.

Señaló al suroeste y su gesto pareció haber provocado el zumbido también allí: ahora los oían, en efecto.

—Maldita sea —dijo Schmitz—. ¿Qué hacemos?

—Marcharnos —respondió el conductor.

Se apartó hacia un lado y sacudiendo la cabeza contempló cómo los demás cargaban ya para terminar la mesa y el banco en el que había estado sentado.

Feinhals salió del edificio.

—Uno de los pacientes está gritando —dijo.

—Voy a verle —dijo Schmitz—, marchaos.

Ellos se detuvieron vacilantes. Luego todos excepto el conductor lo siguieron lentamente. Schmitz dio media vuelta y manifestó con calma:

—Marchaos, yo tengo que quedarme aquí, con los enfermos.

Volvieron a detenerse vacilantes y al cabo de medio segundo le siguieron de nuevo.

—Maldita sea —les gritó Schmitz—, debéis marcharos. Tenéis que llevar ventaja en esta condenada llanura.

Esta vez se detuvieron y no le siguieron. Sólo Schneider lo hizo lentamente una vez hubo desaparecido en el edificio. Los otros se dirigieron lentamente hacia el coche. Feinhals se detuvo un momento. Su vacilación fue breve, luego entró en el edificio y se encontró a Schneider.

—¿Necesitas algo más? —preguntó—. Si ya lo hemos cargado todo.

—Descargue un poco de pan, y también manteca..., y cigarrillos.

La puerta de la habitación de los enfermos se abrió. Feinhals miró adentro y exclamó:

—Santo Dios, el capitán.

—¿Lo conoce? —preguntó Schmitz.

—Sí —dijo Feinhals—, estuve medio día en su batallón.

—¿Dónde?

—No sé cómo se llamaba el lugar.

—Bueno, ahora marchaos ya —exclamó Schmitz—, no hagáis tonterías.

Feinhals dijo «adiós» y salió.

—¿Por qué se ha quedado aquí? —preguntó Schmitz, pero no parecía esperar respuesta alguna y Schneider no le contestó. Los dos escucharon el ruido del coche al marcharse, el ruido del motor se hizo más sordo al atravesar el portal de entrada, después siguió en la carretera de la estación— aún detrás de la estación siguieron

oyéndolo hasta que poco a poco llegó a hacerse apenas perceptible.

El zumbido de los tanques había cesado. Se oían disparos.

—Artilería pesada antiaérea —dijo Schmitz—, tenemos que ir al terraplén.

—Iré yo —dijo Schneider.

En la habitación el capitán dijo: «Bjeljogorsche».

Lo decía casi sin entonación, pero con cierta alegría. Era moreno, tenía una espesa barba negra, su cabeza estaba fuertemente ceñida. Schneider miró a Schmitz.

—Desconsolador —dijo—, si sana, si lo supera todo, entonces...

Se encogió de hombros.

—Bjeljogorsche —dijo el capitán. Luego se echó a llorar. Lloraba sin hacer el menor ruido, sin que su rostro sufriera transformación alguna, pero también entre las lágrimas dijo: «Bjeljogorsche».

—Le formarán consejo de guerra —dijo Schmitz—. Se cayó de la moto sin llevar el casco de acero. Era capitán.

—Voy a ver —dijo Schneider—, en el terraplén; tal vez se vea algo. Si aún regresa alguna tropa me uniré a ellos..., de modo que... Schmitz asintió.

—Bjeljogorsche —dijo el capitán.

Al llegar al patio, Schneider vio que el administrador había izado una bandera en la casa del director, un miserable trapo rojo en el que habían cosidos una hoz amarilla y un martillo blanco torpemente recortados. Oyó que el zumbido volvía a percibirse con claridad también en el sureste. No se oían disparos. Pasó lentamente junto a los parterres y no se detuvo hasta llegar al pozo de agua de abono. En el pozo de agua de abono había un obús no estallado. Hacía ya unos cuantos meses que estaba allí. Hacía unos pocos meses que las unidades de las SS habían combatido, desde la vía, a unos insurrectos húngaros que había en la escuela, pero fue un combate muy breve: en la fachada del edificio apenas se veían las huellas del tiroteo. Lo único que había quedado era ese obús sin estallar —estaba oxidado—, un trozo de hierro de la longitud de un brazo terminado en una punta esférica que apenas se veía. Parecía casi un trozo de madera que estuviera pudriéndose. Entre la crecida hierba apenas se veía, pero la esposa del director había levantado numerosas protestas contra su existencia, se habían hecho informes que jamás recibieron respuesta.

Cuando tuvo que pasar junto al obús, Schneider anduvo más despacio. En la hierba vio las pisadas de Otten y de Feinhals, que habían tirado la ametralladora al pozo de agua de abono, pero la superficie del pozo volvía a estar lisa, una lisura verde y grasienta. Schneider siguió andando a lo largo de los parterres, a través de los planteles, por la pradera y subió al terraplén. Le pareció que ese metro y medio le elevaba infinitamente lejos. Pasando la vista por el pueblo la dirigió a la amplia llanura a la izquierda de la vía férrea y no vio nada. Pero lo oyó con mayor claridad. Escuchó con atención por si aún se disparaba en alguna parte. Pero nada. El zumbido

procedía de la misma dirección en la que corrían las vías. Schneider se sentó y esperó. El pueblo estaba en completo silencio, parecía muerto con sus árboles, sus casitas y el campanario rectangular. Parecía muy pequeño porque a la izquierda del terraplén no había ni una sola casa. Schneider se sentó y empezó a fumar.

Dentro estaba Schmitz sentado al lado del hombre que decía «Bjeljogorsche». Una y otra vez. Sus lágrimas se habían secado. Ese hombre, mirando fijamente ante sí con sus oscuros ojos, decía «Bjeljogorsche», como una melodía que a Schmitz le parecía bonita. Sea como fuera hubiera podido oír esta palabra infinitas veces. El otro paciente estaba durmiendo.

El hombre que no dejaba de decir «Bjeljogorsche» se llamaba Bauer, capitán Bauer; antes había sido representante de una empresa textil y mucho antes estudiante, pero antes de ser estudiante había sido teniente, casi durante cuatro años, y después, como representante de la rama textil, no se le había dado fácil. Todo dependía de que la gente tuviera dinero, y la gente casi nunca tenía dinero. Al menos no la gente que hubiera podido comprar sus jerseys. Los jerseys caros se compraban siempre, también los baratos, pero los que él tenía que vender, esa clase intermedia, se compraba muy poco... No había conseguido una representación de jerseys baratos, tampoco una de los caros —ésas eran representaciones buenas y las representaciones buenas se las llevaban las personas que no lo necesitaban—. Había sido representante de esos pullóvers difíciles de vender durante quince años; los primeros doce años fueron una lucha constante, terrible y repugnante, una carrera de tienda en tienda, de una casa a otra —una vida agotadora—. Con eso su mujer había envejecido. Cuando la conoció tenía 23 años, él 26, él era aún estudiante, le gustaba beber, y ella era una rubia delgada que no toleraba el vino. Pero nunca le había regañado, era una mujer pacífica que tampoco dijo nada cuando renunció a sus estudios para vender jerseys. Él mismo se había extrañado a menudo al ver lo tenaz que era: ¡Vender esos jerseys durante doce años! ¡Y cómo lo soportaba todo su mujer! Luego hubo tres años en los que las cosas fueron mejor y, de repente, después de quince años, todo cambió: le dieron la representación de los jerseys caros y de los baratos conservando la de los intermedios. Se había transformado en un negocio brillante y ahora había otros que corrían por él. Él estaba siempre en casa telefoneando, firmando, y tenía un jefe de almacén, una contable y una mecanógrafa. Ahora tenía dinero, pero su mujer —que siempre había sido enfermiza y había tenido cinco abortos seguidos—, ahora su mujer tenía cáncer. Eso era definitivo. Y además ese esplendor sólo había durado cuatro meses, hasta que llegó la guerra.

—«Bjeljogorsche» —dijo el capitán.

Schmitz lo miró: le hubiera gustado saber qué es lo que estaba pensando ese hombre. Sentía una irreprimible curiosidad por conocer del todo a ese hombre, ese rostro gordo y algo enflaquecido, lívido bajo su dura barba, esos ojos fijos que

parecían decir: «Bjeljogorsche», pues la boca apenas se movía aún. Luego el hombre volvió a llorar, sus lágrimas corrieron silenciosas por sus mejillas. No había sido un héroe, había sido muy amargo para él cuando el teniente coronel le gritó por teléfono que debía ocuparse de su destacamento, en Rossapfel había algo que no marchaba bien, y al tener que ir hacia adelante con ese casco de acero en la cabeza que él sabía que le hacía ridículo. No era un héroe, tampoco lo había afirmado nunca, sabía incluso que no lo era. Y al encontrarse cerca de la primera línea se había quitado el casco porque no quería tener un aspecto ridículo al llegar adelante y tener que echar gritos. Con el casco en la mano pensó: arriégate, lánzate, y al ir acercándose cada vez más a ese estúpido caos había perdido el miedo. Maldita sea, si todos sabían que no podía hacer nada más, que nadie podía hacer nada más porque tenían demasiada poca artillería y ni un solo tanque. ¿A qué, pues, ese estúpido griterío? Todos los oficiales sabían que se habían mandado demasiados tanques y demasiada artillería para cubrir el cuartel general. Mierda, pensó —sin saber que era valiente—. Y entonces se cayó y se le abrió todo el cráneo, y todo lo que tenía dentro era la palabra «Bjeljogorsche». Eso era todo. Parecía suficiente para que siguiera hablando durante el resto de su vida, para él era un mundo que nadie conocía y que nadie llegaría a conocer.

Como es natural, no sabía que se le estaba formando consejo de guerra por automutilación, por haberse quitado el casco de acero durante el combate y aun encima yendo en moto. No lo sabía —y no lo sabría nunca. El papel que llevaba su nombre y un número de referencia, todo tipo de informes, ese papel era inútil— no se enteraría nunca, ya no le llegaría. Lo único que hacía era decir cada cincuenta segundos «Bjeljogorsche».

Schmitz lo miraba impertérrito. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué sucedía en el cerebro de este hombre. Y al mismo tiempo le envidiaba.

Cuando Schneider abrió la puerta se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schmitz.

—Ya vienen —dijo Schneider— ya están ahí. No ha pasado ya ninguna de nuestras tropas.

Schmitz no había oído nada, ahora los oía, estaban allí. Por la izquierda se encontraban ya en el lugar. Entonces comprendió que el conductor había dicho: «Oigo que aún no se les ve». Ahora se oía que se les podía ver, se les podía ver con toda claridad.

—La bandera —dijo Schmitz—, hubiéramos debido enarbolar la bandera de la cruz roja..., intentarlo al menos.

—Aún podemos hacerlo.

—Aquí está —dijo Schmitz.

La sacó de debajo de su maleta, que estaba sobre la mesa. Schneider la cogió.

—Venga —dijo.

Se fueron. Schneider sacó la cabeza por la ventana y volvió a meterla en seguida. Estaba pálido.

—Ahí están —añadió—, en el terraplén.

—Les saldré al encuentro —replicó Schmitz.

Schneider sacudió la cabeza. Levantó la bandera por encima de su cabeza y salió. Dio media vuelta hacia la derecha y se dirigió rígidamente hacia el terraplén. La calma era absoluta, tampoco los tanques se movían, se encontraban a la salida de la localidad. La escuela era el último edificio antes de la estación. Hacia allí tenían dirigidos sus cañones, pero Schneider no los vio. No vio los tanques, no vio nada. Se sentía ridículo, con la bandera así delante del vientre como en un desfile, y notó que su sangre era miedo. No era más que miedo. Siguió rígido hacia delante, lentamente, casi como un muñeco, con la bandera delante del vientre. Iba despacio hasta que tropezó. Despertó. Había tropezado con un alambre que unía los palos de un plantío muestra de cepas. Ahora lo veía todo. Eran dos tanques, estaban detrás del terraplén y en aquel momento el de delante estaba girando su atalaya hacia él. Luego, cuando hubo pasado ya junto a los árboles, vio que había varios. Estaban escalonados uno detrás de otro y también de lado en el campo y las estrellas rojas que tenían le parecieron repugnantes y muy inusitadas. Aún no las había visto nunca. Entonces llegó al pozo de agua de abono. No había más que pasar por los parterres, atravesar el plantel, la pradera y subir al terraplén —pero al llegar al pozo se detuvo; de repente volvía a tener miedo, mucho peor que hacía un momento. Hacía un momento no lo había sabido; había creído que su sangre se había transformado en hielo y no había sabido que era miedo— ahora su sangre era como el fuego y él no veía más que rojo —nada más—, gigantescas estrellas rojas que lo llenaban de espanto. Entonces pisó el obús y el obús estalló.

Primero no sucedió nada. En aquel silencio la explosión hizo un ruido espantoso. Los rusos sólo sabían que el proyectil no era suyo y que de repente el hombre de la bandera había desaparecido en una nube de polvo. Poco después dispararon como locos en dirección al edificio. Hicieron girar todos sus cañones, cambiaron de posición para disparar, dispararon primero contra el ala sur, luego al edificio central y al ala norte, en la cual la diminuta bandera del administrador colgaba floja de la ventana. Se cayó en medio de la suciedad que se desprendía de la casa y finalmente volvieron a disparar contra el ala sur, mucho rato y con furia; hacía tiempo que no habían disparado y arremetieron la fina pared del edificio hasta que éste se desplomó. Sólo entonces se dieron cuenta de que del otro lado no vino ni un solo disparo.

Sólo quedaban dos grandes manchas de color; una verde, el gran depósito del vendedor de pepinos, y una amarillo rojizo, albaricoques. En el centro del mercado estaban los columpios. Siempre estaban allí. Habían perdido el color, gastado y sucio este azul y este rojo como los colores de un buen barco viejo que está anclado en el puerto esperando paciente transformarse en chatarra. Los columpios colgaban rígidos, no se movía ni uno solo, y del carro-vivienda que había al lado de los columpios salía humo.

La mancha de color fue disolviéndose poco a poco; ese mosaico formado por la mezcla de verde oscuro y claro del vendedor de pepinos disminuyó de tamaño muy de prisa: desde lejos Greck vio que dos personas estaban descomponiéndolo. Con los albaricoques iba más despacio, muy despacio: era una mujer, una mujer sola que cogía la fruta pieza por pieza y la metía con cuidado en los cestos. Es que los pepinos no eran tan delicados como los albaricoques. Greck anduvo más despacio. Negar, pensó, negar sin ceremonias y sin ceder. Eso es lo único que se puede hacer cuando se descubre. Lo único. La vida bien valía una denegación. Pero no se descubrió, lo sabía. Le asombraba mucho la cantidad de judíos que aún quedaban aquí. El empedrado entre los bajos árboles y las casitas era desigual, pero él no lo notó. Estaba muy excitado y le daba esta sensación: cuanto más de prisa me vaya de aquí tanto más me alejo de la posibilidad de llamar la atención y es probable que no tenga que negar nada. Aprisa, más aprisa. Fue de nuevo más aprisa, aún más aprisa. Ahora se encontraba ya muy cerca la plaza del mercado: por su lado pasó ya el carro de los pepinos y allí abajo seguía todavía esa mujer tan prudente que ponía con cuidado sus albaricoques en las cajas. Su montón aún no se había vuelto ni la mitad de pequeño.

Greck vio los columpios. En toda su vida aún no se había columpiado nunca. Esos placeres no le fueron dados; en su familia estaban prohibidos, primero porque estaba enfermo y segundo porque no estaba bien balancearse así como un tonto en público. Y él nunca había hecho nada prohibido, hoy por primera vez, e inmediatamente algo tan espantoso, casi lo peor de todo, algo que costaba en seguida la vida. Greck notó que la excitación lo ahogaba y a toda prisa, con energía y al mismo tiempo tambaleándose, atravesó la plaza vacía en dirección a los columpios. Del carro vivienda salía el humo con mayor ímpetu. Parece que acaben de añadir combustible, carbón, pensó, no, leña. No sabía qué es lo que se ponía en las estufas en Hungría. Además le era indiferente. Llamó a la puerta del carro vivienda: apareció un hombre de torso desnudo, era rubio, corpulento y sin afeitarse, su cara tenía casi algo de holandés; sólo la nariz era singularmente estrecha y sus ojos eran oscuros.

—¿Qué ocurre? —preguntó en alemán.

Greck notó que el sudor le corría hacia la boca; se lamió, se limpió pasando la palma de la mano por la cara y dijo:

—Columpiarme, quisiera columpiarme.

El hombre que estaba en la puerta del carro apretó los ojos, luego asintió. Regañó con la lengua; detrás suyo apareció su mujer, iba en combinación, el sudor le corría por la cara y los tirantes de color rojo oscuro estaban manchados de sudor. En una mano tenía un cucharón de madera, en el otro brazo un niño. El niño estaba sucio. La mujer era muy morena, a Greck le pareció sombría. Esa gente tenía un algo amenazador, no cabía duda. Tal vez les resultaba sospechoso. A Greck se le pasaron las ganas de columpiarse, pero el hombre, cuya lengua se calmó por fin, dijo:

—Por mí..., con ese calor..., a mediodía.

Bajó las escaleras, Greck se apartó y lo siguió los pocos pasos que había hasta llegar a los columpios.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó indeciso.

Va usted a creer que he perdido el juicio, pensó. El sudor le volvía loco. Se restregó la cara con la manga y subió las escaleras del tablado. El hombre soltó un freno y el columpio de en medio se balanceó suavemente.

—Supongo que no querrá elevarse demasiado —dijo el hombre—, de lo contrario tendré que quedarme aquí y vigilar. Es de rigor.

A Greck su alemán le resultaba odioso. Era de una extraña suavidad y al mismo tiempo impertinente, lo hablaba como si pronunciara un idioma completamente extraño con palabras alemanas.

—Elevarme, no —dijo—, váyase..., ¿cuánto cuesta?

El hombre se encogió de hombros.

—Déme un pengo —dijo.

Greck le dio su último pengo y subió con cuidado. La barquita era más ancha de lo que había pensado. Se sentía seguro y empezó a poner en práctica la técnica que había podido observar tantas veces sin realizarla. Se agarró a las barras, volvió a soltar los dedos para secarse el sudor y flexionó las rodillas hacia delante, las recogió, las flexionó y se quedó asombrado al ver que el barco se movía. Era muy sencillo, lo único que había que hacer era no obstaculizar el ritmo del vaivén que daba el columpio con esa flexión de las rodillas sino activarlo, cuando el columpio se balanceaba hacia delante había que echarse atrás con las rodillas tendidas, y cuando iba hacia atrás dejarse caer hacia delante. Era muy fácil y bonito. Greck vio que el hombre se quedaba a su lado y le gritó:

—¿Qué sucede? Váyase tranquilo.

El hombre sacudió la cabeza y Greck dejó de preocuparse por él. De repente se dio cuenta de que en su vida se había perdido algo esencial: columpiarse. Era realmente magnífico. El sudor de su frente se secó y el suave frescor del vaivén secó

también el sudor de su cuerpo, con cada movimiento recorría su ser una sensación de vitalidad y hechizo, y además: el mundo había cambiado. Primero estaba formado sólo por unas pocas tablas sucias con anchas ranuras, y en el vuelo de regreso tenía todo el cielo para él.

—¡Cuidado! —gritó el hombre desde abajo— sujétese.

Greck notó que el hombre frenaba; una suave sacudida que interrumpía su vaivén.

—Déjeme, hombre —exclamó.

Pero el hombre sacudió la cabeza. Greck volvió a elevarse a toda prisa. Esto era magnífico: estar paralelo a la tierra cuando el columpio iba hacia atrás —ver esas sucias tablas que significaban el mundo— y después, al tomar ímpetu hacia delante entrar torpemente en el cielo y verlo encima suyo como si estuviera echado en una pradera pero teniéndolo de este modo más cerca, infinitamente más cerca. La que quedaba en medio carecía de importancia. A su izquierda la mujer estaba guardando con cuidado sus albaricoques; su montón no parecía disminuir nunca. A la derecha estaba ese sujeto gordo y rubio que tenía la orden de frenarle; a través de su campo visual se movían unos pollos, detrás estaba una calle. La gorra le voló de la cabeza.

Negar lo, pensó al tranquilizarse, sólo negarlo; si lo niego no se lo creerán. Esas cosas yo nunca las hago. Nadie va a suponer de mí que haga una cosa así. Tengo buena fama. Ya sé que me tienen en poco porque padezco de una enfermedad crónica del estómago, pero a su manera me tienen simpatía, y una cosa así nadie va a creerla de mí. Era orgulloso y tímido al mismo tiempo y encontraba que era magnífico haber tenido el valor de ir a ese columpio. Se lo escribiría a su madre. No, mejor no hacerlo. Mamá no comprendía estas cosas. ¡Una actitud digna en todas las situaciones de la vida! —era su lema. No comprendería que su hijo, el teniente primero doctor Greck, se hubiera columpiado a mediodía, con un calor enorme, en una sucia plaza de mercado húngara, de una manera tan ostensible que sencillamente todos, todos los que pasaban por allí tenían que verlo. No, no— la vio sacudiendo la cabeza, un mujer sin sentido del humor, lo sabía, y él no podía hacerle nada malo. Y lo otro: ¡Santo Dios! Aunque no quería tuvo que recordar cómo se había desnudado en la trastienda de aquel sastre judío: un cuarto que olía a moho, en el que había remiendos aquí y allá, trajes empezados, con la entretela cosida, y una grande y repugnante fuente de ensalada de pepino llena de moscas que estaban ahogándose —notó que la boca se le llenaba de agua y supo que perdió el color, agua repugnante la que tenía en la boca— pero aún se veía quitándose los pantalones quedando al descubierto los otros, recibiendo el dinero, y la sonrisa irónica del desdentado viejo mientras él salía de la tienda a toda prisa. De repente todo dio vueltas a su alrededor.

—¡Pare! —gritó—. ¡Pare!

El hombre que había abajo frenó con energía, él lo notó, esos duros tirones rítmicos. Luego el barco quedó quieto, él sabía que tenía un aspecto ridículo y

lamentable, descendió con cuidado, se dirigió a la parte posterior del armazón y escupió: su estómago se había tranquilizado, pero en su boca seguía ese repugnante sabor. Le daba vueltas la cabeza, se sentó en un escalón y cerró los ojos, en sus ojos estaba aún el ritmo del vaivén, notó que sus pupilas se contraían, tuvo que escupir otra vez. La oscilación de sus pupilas no se calmó más que muy lentamente. Se levantó y cogió su boina que estaba en el suelo. El hombre se encontraba a su lado; lo miró con frialdad, luego vino su mujer, a Greck le asombró ver lo baja que era. Un ser diminuto y negro como la pez, de cara enflaquecida. La mujer tenía un cuenco en la mano. El rubio se lo quitó y se lo tendió a Greck:

—Beba —dijo con frialdad.

Greck sacudió la cabeza.

—Beba —dijo el hombre—, le hará bien.

Greck cogió el cuenco, la bebida tenía un sabor amargo pero aliviaba. La gente sonreía, sonreía mecánicamente porque ante un panorama así estaban acostumbrados a sonreír, no porque le quisieran o se compadecieran de él. Se levantó.

—Muchas gracias —dijo.

Buscó dinero en el bolsillo, no lo encontró, sólo ese horrible billete grande, y desconcertado se encogió de hombros. Notó que se ruborizaba.

—Está bien —dijo el hombre—, ya está bien.

—Heil Hitler —dijo Greck.

El hombre sólo asintió con la cabeza.

Greck ya no se volvió. El sudor empezó a correrle de nuevo. Parecía hervir a través de sus poros. Frente a la plaza del mercado había una taberna. Necesitaba lavarse.

En el comedor se estaba singularmente fresco y se olía a moho. Estaba casi vacío. Greck observó que lo primero que hizo el hombre que había detrás del mostrador fue mirar sus condecoraciones. Los ojos de este hombre siguieron fríos, no poco amables, pero sí fríos. En el rincón de la izquierda estaba sentada una parejita con platos sucios y una garrafa de vino sobre la mesa, también había una botella de cerveza. Greck se sentó en el rincón de la izquierda de modo que podía dominar la calle. Sintió un alivio. Su reloj señalaba la una y tenía salida hasta las seis. El hombre salió de detrás del mostrador y se dirigió hacia él. Greck pensó qué iba a beber. En realidad, no le apetecía tomar nada. Sólo lavarse. El alcohol no le decía nada, además no le sentaba bien. No en vano su madre le había prevenido contra él, igual que contra los cumplidos. El sujeto que se encontraba ahora delante suyo volvió a mirar primero la parte izquierda de su pecho.

—Buenos días —dijo el hombre—. ¿Qué desea?

—Café —dijo Greck—. ¿Tiene café?

El hombre asintió. Ese gesto de cabeza lo decía todo, decía que la mirada a la

parte izquierda de su pecho y la palabra café lo decía todo.

—Y licor —dijo Greck. Pero parecía que era demasiado tarde.

—¿De cuál? —preguntó el hombre.

—De albaricoque —dijo Greck.

El hombre se fue. Era gordo. En sus posaderas los pantalones formaban gruesos abombamientos, y llevaba zapatillas.

—Ese abandono típico de los austríacos —pensó Greck. Miró a la pareja. Sobre los sucios platos llenos de restos de comida, huesos de chuletas, montoncitos de verdura y ensalada marchita en fuentes de tierra, había enjambres de moscas. Repugnantes, pensó Greck.

Entró un soldado, miró tímidamente a su alrededor, saludó a Greck y se dirigió al mostrador. El soldado no llevaba condecoración alguna. Y no obstante la mirada del dueño mostraba una benevolencia que molestó a Greck. Tal vez de mí, como soy oficial, se espera que tenga más condecoraciones, bonitas, de oro y de plata..., esos húngaros tan infantiles. Tal vez tengo aspecto de llevar condecoraciones: soy alto y delgado, rubio. Maldita sea, pensó, qué asunto tan repugnante. Miró afuera.

La mujer de los albaricoques estaba a punto de terminar, y él de repente se dio cuenta de lo que le apetecía de verdad: fruta. Oh, le haría bien. En la época en que era barata su madre le había dado siempre mucha fruta y le había hecho mucho bien. Aquí la fruta era barata, y él tenía dinero, quería comer mucha fruta. Al pensar en el dinero se detuvo; sus pensamientos se detuvieron. El sudor le salió de nuevo con mayor ímpetu.

No sucedería nada, y si sucedía algo: negarlo, negarlo, negarlo sin miramientos. Nadie le daría la razón a un judío sucio que afirmara que él, Greck, le había vendido sus pantalones. Nadie lo creería si lo desmentía y aun cuando se identificaran los pantalones como suyos podía decir que eran robados o cualquier otra cosa. Pero no se darían tanto trabajo. Por otra parte: ¿por qué había de descubrirse precisamente en él? Ese asunto le había abierto los ojos de repente: todos vendían una cosa u otra, maldita sea. Todos. Ahora sabía dónde estaba el combustible que faltaba para los tanques, dónde se había quedado la ropa de invierno, y él, él de todos modos había vendido sus propios pantalones que le había hecho el sastre Grunk, Grunk de Coelsde, con su propio dinero.

¿De dónde iban a salir todos esos pengos? Con la paga nadie podía hacer semejantes excesos como ese desvergonzado tenientecillo que había en su habitación, que por la tarde comía tortitas de crema, al atardecer bebía whisky auténtico, se iba con mujeres y no se contentaba con cualquier cigarrillo sino que fumaba una marca muy concreta que mientras tanto se había vuelto cara.

Maldita sea, pensó, he sido muy tonto, siempre tonto. Eternamente decente y correcto, y los demás, los demás siempre han vivido bien. Maldita sea.

El dueño llevó café y licor.

—¿Algo de comer? —preguntó.

—Gracias —dijo Greck.

El café tenía un olor extraño. Lo probó: era suave, de una curiosa suavidad. Un sucedáneo simpático cualquiera. El licor era fuerte y ardiente, pero le hizo bien. Lo bebió despacio, gota a gota. Eso era: tenía que beber alcohol como una medicina.

Los albaricoques del mercado ya habían desaparecido. Greck se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

—Un momento —gritó dirigiéndose al dueño.

La vieja estaba atravesando la plaza lentamente con su carro, ahora estaba a la altura de los columpios y hacía que el caballo fuera a un trote tranquilo. Greck la hizo parar cuando doblaba hacia la calle. Ella sujetó las riendas. Él la miró a la cara: una mujer ampulosa, de mediana edad y de facciones bonitas, su cara era muy morena y robusta. Greck se acercó al carro.

—Fruta —dijo— déme albaricoques por favor.

Ella lo miró sonriendo. Su sonrisa era en cierto modo fría. Entonces echó una mirada a sus cestos y preguntó:

—¿Una bolsa?

Greck sacudió la cabeza. La voz de ella era cálida y profunda. Él la contempló mientras se subía al coche por el pescante; sus piernas eran de una sorprendente robustez. Eso le llamó la atención. Al ver la fruta a Greck se le hizo la boca agua: era magnífica. Pensó en su hogar. Albaricoques, pensó. ¡Si mamá pudiera tener albaricoques! Y aquí, aquí volvían a llevárselos del mercado. También los pepinos. Cogió una pieza del coche y comió: era agria y dulce al mismo tiempo, un poquitín demasiado blanda y caliente ya, pero le gustó.

—¡Estupendo! —exclamó.

La mujer volvió a sonreírle. Con trozos de papel hizo hábilmente una especie de bolsa y con mucho cuidado fue metiendo la fruta. Su mirada le resultaba extraña.

—¿Suficiente? —preguntó.

Él asintió. Ella juntó los extremos de los papeles, los arrolló y le dio el paquete. Él sacó su billete del bolsillo.

—Tenga —dijo.

Los ojos de la mujer se agrandaron y ella dijo:

—Oh, oh.

Luego sacudió la cabeza. Pero cogió el billete y por un momento mantuvo su mano sujeta, la rodeó por la muñeca aunque no hubiera sido necesario, en el pulso, sólo un fugaz segundo, cogió el billete, se lo metió entre los labios y sacó su cartera de debajo de la falda.

—No —exclamó Greck—, no, no, guarde el billete.

Ella miró temerosa a su alrededor. Ese billete grande y rojo tenía que llamar la atención de todo el mundo. La calle estaba animada, pasaba incluso un tranvía.

—Escándalo —exclamó—, guárdelo.

Se lo arrancó de la boca. Ella se mordió los labios. Él no sabía si era ira o diversión.

Furioso cogió otro albaricoque, hincó los dientes en él y esperó. Su frente estaba bañada de gruesas gotas de sudor. Le costó lo suyo mantener los albaricoques en la bolsa suelta. Le pareció que la vieja iba despacio a posta —él pensó en escapar corriendo, pero probablemente ella armaría un griterío de locura y la gente correría en seguida hacia allá. Los húngaros eran aliados, no enemigos. Suspiró y esperó. De la taberna salió un soldado; no era el mismo que había entrado hacía un rato. Ése llevaba condecoraciones: tres— y además una placa en la manga. Saludó a Greck y Greck le devolvió el saludo con un gesto de cabeza. Volvió a pasar el tranvía; ahora al otro lado pasaba gente, mucha gente, y detrás suyo, detrás de esa valla llena de agujeros, empezaron a sonar los columpios. La vieja alisó un billete tras otro hasta que pareció que en su billetero ya no quedaba ninguno más. Entonces les tocó el turno a las monedas. Con paciencia hizo montañitas de níquel en el pescante. Entonces le cogió de la mano con cuidado el billete y le dio primero los billetes y después los montoncitos de níquel.

—Noventa y ocho —dijo.

Él quería irse pero de repente ella puso la mano sobre su antebrazo: su mano era ancha y caliente y completamente seca, y su rostro se acercó a él.

—¿Muchachas? —preguntó en un susurro sonriéndole—. Muchachas bonitas, ¿eh?

—No, no —se apresuró a decir él—, no, de verdad.

Con gran ligereza metió la mano debajo de la falda, sacó un papel y se lo pasó rápidamente a escondidas.

—Aquí —dijo—, aquí.

Él guardó el papel con los billetes, ella soltó las riendas y él atravesó con cuidado la calle con su paquete suelto.

La mesa de la parejita seguía sin despejar. Él no entendía a esa gente; sobre los platos, los bordes de los vasos, se posaban enjambres de moscas, y ese joven, haciendo salvajes gestos, susurraba algo al oído de la muchacha. El dueño se dirigió hacia Greck. Greck dejó la fruta sobre su mesa. El dueño se acercó.

—¿Puedo lavarme? —preguntó Greck.

El dueño lo miró asombrado.

—Lavarme —dijo Greck irritado—, maldita sea, lavarme.

Se frotó con ira las manos. De repente el dueño asintió con la cabeza, dio media vuelta e hizo una seña a Greck para que lo siguiera. Greck lo siguió, dejó que le

mantuviera abierta la cortina verde oscura —la mirada del dueño se le antojó cambiada—. Parecía preguntar algo. Atravesaron un pasillo corto y estrecho y el dueño abrió una puerta.

—Aquí —dijo.

Greck entró. La pulcritud del aseo le sorprendió. Los lavabos estaban cementados con esmero, las puertas pintadas de blanco. Junto al lavabo colgaba una toalla. El dueño trajo un trozo de jabón verde del ejército.

—Aquí tiene —dijo otra vez.

Greck estaba confuso. El dueño volvió a salir. Greck olió la toalla, parecía limpia. Entonces se quitó rápidamente la chaqueta, se lavó a fondo cuello, nuca y cara y también los brazos. Vaciló un momento, luego volvió a ponerse la chaqueta y se lavó con calma las manos. Entró el soldado de antes, el que no llevaba condecoraciones. Greck se apartó a un lado para que el soldado pudiera ir al retrete. Se abrochó la chaqueta, cogió el jabón y se fue. En el mostrador le dio el jabón al dueño, dijo «gracias» y volvió a sentarse.

La cara del dueño tenía un aspecto duro. Greck se preguntó qué estaba haciendo el soldado. La parejita del rincón se había ido. La mesa seguía puesta, un sucio caos. Greck bebió de un trago el café frío y fue sorbiendo el licor. Entonces empezó a comer la fruta. Sentía un loco deseo de comer esa sustancia jugosa y carnosa y comió a toda prisa seis albaricoques uno tras otro —y de repente sintió asco: estaban demasiado calientes—. Bebió un poco más de licor, pero el licor estaba caliente. El tabernero estaba fumando y dormitando detrás del mostrador. Entonces entró otro soldado en la taberna. Parecía que el dueño lo conocía, ambos estuvieron cuchicheando. El soldado tomó cerveza, llevaba una condecoración, la cruz al mérito de guerra. Ahora salió el soldado que acababa de estar en el lavabo, pagó en el mostrador y se fue. Al llegar a la puerta saludó. Greck le devolvió el saludo, y entonces el último soldado que había llegado se fue al lavabo. Fuera zumbaba el columpio. Su sonido salvaje y, sin embargo, lento le llenaba de melancolía. Jamás olvidaría ese vaivén. Lástima que se había encontrado mal. Fuera el tráfico parecía haberse animado: en frente había una heladería delante de la cual la gente se agolpaba. La tienda de cigarrillos que había al lado estaba vacía. La cortina verde sucia del rincón se apartó a un lado y salió una muchacha. El tabernero miró en seguida a Greck. También la muchacha lo miró. Él no podía verla con claridad, su vestido parecía colorado, con esa fuerte luz verdosa daba la impresión de que estaba descolorido, lo único que vio claro fue su cara de blanquísimo maquillaje con la boca llamativamente dibujada. No podía verse la expresión de esa cara, a él le pareció que sonreía ligeramente, pero tal vez se equivocaba; casi no se la podía distinguir. Tenía un billete en la mano, lo mantenía completamente recto, como una niña, tal como hubiera sostenido una flor o un bastón. El tabernero le dio una botella de vino y

cigarrillos sin apartar la vista de Greck. A la muchacha no la miró, no se hablaron ni una sola palabra. Greck sacó del bolsillo el dinero y buscó el papel que le había dado la vieja. Lo dejó sobre la mesa y volvió a guardar el dinero. Notaba con claridad la mirada del tabernero y levantó la vista, pero ahora estaba clarísimo: la muchacha estaba sonriéndole, permanecía allí con la botella verde en la mano, unos cuantos cigarrillos entre los dedos, palitos blancos que hacían juego con su cara. En esa oscuridad para él no había más que su rostro chillonamente blanco, su oscura boca y los insoportables cigarrillos blancos en su mano. Antes de separar la cortina y salir sonrió brevemente. Ahora el tabernero miraba a Greck de hito en hito. Su rostro era duro y tenía algo de agresividad. A Greck le daba miedo. Ése es el aspecto de los asesinos, pensó, y le hubiera gustado poder irse en seguida. Fuera estaba zumbando el columpio y el tranvía pasó chirriando y a él le llenó una extraña y seria tristeza. La fruta repugnante, blanda y caliente estaba sobre la mesa delante suyo y en su taza había moscas pegadas. No las apartó. De repente se levantó y exclamó:

—La cuenta, por favor.

Lo dijo en voz alta para infundirse valor. El dueño acudió rápidamente, Greck sacó el dinero del bolsillo. Vio que ahora las moscas se amontonaban poco a poco sobre la fruta, viscosos puntos negros sobre ese rosa repugnante, casi se encontró mal al pensar que la había comido.

—Tres pengos —dijo el tabernero.

Greck se los dio. El tabernero miró la copa de licor que estaba aún medio llena, luego el pecho de Greck, el papel que había sobre la mesa y lo cogió a pesar de que en el mismo momento Greck extendía la mano para agarrarlo. El tabernero sonrió irónicamente, su rostro grande, gordo y pálido tenía un aspecto repugnante. Su sonrisa se hizo aún más fea. Greck volvió a sudar.

—¿Le hace falta aún el papel? —preguntó el tabernero.

—No —dijo Greck y añadió—: Adiós.

Y pensó que tenía que decir Heil Hitler, y cuando estaba en la puerta dijo «¡Heil Hitler!». El tabernero no le contestó. Al volverse Greck vio que el tabernero echaba al suelo con un movimiento brusco el licor que quedaba en la copa. La fruta despedía un brillo cálido y rosa, como las heridas rosas de un cuerpo moreno...

Greck estaba contento de encontrarse en la calle y siguió andando de prisa. Se avergonzaba de volver al hospital antes de que hubiera terminado su permiso, el desvergonzado tenientecillo se reiría de él. Pero lo que en estos momentos hubiera preferido era volver a echarse en cama. Le apetecía comer algo sustancioso pero al pensar en la comida le vino a la mente la fruta de un rosa repugnante y sus náuseas aumentaron. Pensó en la mujer con la que había estado a mediodía cuando acababa de salir del hospital. De repente le dolieron sus besos mecánicos y comprendió el motivo por el cual la fruta se le había transformado en algo tan asqueroso: era del mismo

color que su ropa interior, ella había sudado un poco y su cuerpo estaba cálido. Era una tontería ir con una mujer a mediodía con ese calor. Pero al hacerlo seguía el consejo de su padre, el cual le había dicho que tenía que hacer por ir con una mujer al menos una vez al mes. Esa mujer no estaba mal, era robusta y baja y es probable que por la noche hubiera resultado seductora. Se había quedado con el dinero que le quedaba y al ver que llevaba un pantalón encima del otro había adivinado en seguida sus intenciones. Había reído y le había dado el nombre del sastre judío, donde podía venderlos. Retardó el paso. Se encontraba mal. Lo sabía. Hubiera debido comer algo razonable. Ahora era demasiado tarde, ya no podría comer nada. Todo era: la mujer, el judío sucio, el columpio incluso, a pesar de ser lo más nuevo, pero era también repugnante, repugnantes los albaricoques, el tabernero, el soldado. La muchacha le había gustado. Le había gustado mucho. Pero no podía irse con una mujer dos veces al día. Parecía muy hermosa en la oscuridad en aquel rincón verde con su cara blanca, pero seguro que de cerca también estaba sudorosa y olía mal. Además estas chicas no tenían dinero para no estar sudorosas ni oler mal a mediodía con ese calor.

Pasó junto a un restaurante. En la calle había sillas entre grandes macetas con rígidas plantas verdes. Se sentó en el rincón y pidió agua mineral.

—Con hielo —gritó cuando el camarero ya se iba. El camarero asintió con la cabeza. Al lado de Greck había un matrimonio que hablaba en rumano.

Ahora Greck tenía 33 años y a los 16 ya estaba enfermo del estómago. Por suerte su padre era médico, no un médico bueno pero el único de la villa, y tenían suficiente dinero. Pero mamá era ahorradora. En verano habían ido a balnearios a los Alpes, a menudo también al mar, y en invierno, cuando estaba en casa, comían mal. Sólo comían bien cuando tenían invitados, pero tenían pocos invitados. En su villa toda la vida social se desarrollaba en la fonda, y a él no se le permitía ir a la fonda con los demás. Cuando tenían invitados también había vino, pero cuando llegó a la edad en que hubiera podido beber vino estaba ya enfermo del estómago. Siempre habían comido mucha ensalada de patatas. En realidad no sabía exactamente con qué frecuencia, si tres o cuatro veces por semana, pero había días en los que le daba la sensación de que en su juventud no había comido más que ensalada de patatas. Más adelante el médico le había dicho una vez que en cierto modo los síntomas de su enfermedad se tocaban con los del hambre y que la ensalada de patatas era veneno para él. En su ciudad natal había corrido pronto la voz de que estaba enfermo, además se le notaba, y las chicas casi no le hacían caso. Su padre no tenía tanto dinero como para compensar su enfermedad. En la escuela tampoco era brillante. Al terminar el bachillerato, en 1931, se le concedió un deseo y lo que deseó fue hacer un viaje. Se apeó ya en Hagen, tomó habitación en un hotel y por la noche recorrió febrilmente la ciudad, pero en Hagen no encontró ninguna prostituta, al día siguiente salió para Frankfurt y allí permaneció ocho días. Al cabo de ocho días ya no le quedaba dinero

y tuvo que regresar a casa. En el tren pensó que iba a morir. En casa le recibieron con asombro y consternación; se había llevado dinero para un viaje de tres semanas. Su padre lo miró, su mamá lloró y hubo una escena espantosa con su padre, que le obligó a desnudarse y dejarse reconocer. Era sábado por la tarde, no lo olvidó jamás; fuera, reinaba absoluto silencio en las limpias calles, eran antiguas e idílicas, cálidas y bajas, las campanas sonaron un buen rato y él, desnudo delante de su padre, tenía que dejarse palpar. En la sala de consulta. Odiaba esta cara mofletuda y ese aliento que olía siempre un poco a cerveza, y se propuso quitarse la vida. Su padre le auscultaba golpeando con los dedos. Esa cabeza de recio pelo gris se pasó un buen rato moviéndose por debajo de su pecho.

—Estás loco —dijo el padre cuando levantó definitivamente la cabeza sonriendo un poco con ironía—. Estás loco. Una mujer una o dos veces al mes es suficiente para ti.

Él sabía que su padre tenía razón.

Por la noche tomó un té suave con su madre. Ella no dijo ni palabra, sólo que de repente se echó a llorar. Él dejó el periódico y se fue a su habitación.

Dos semanas después se fue a Margburg, a la Universidad. Aunque odiaba a su padre siguió su consejo escrupulosamente. Tres años más tarde aprobó su examen de licenciatura, dos años después era asesor y un año después se doctoró. En 1937 había hecho el primer ejercicio, en 1938 el segundo y en 1939, dos años después de obtener una plaza en el juzgado de primera instancia de su cabeza de partido, entró en campaña como sargento abanderado. No le gustaba la guerra. La guerra creaba nuevas exigencias. Ya no bastaba con ser asesor y doctor en derecho ni tampoco tener una colocación y ser pronto consejero del juzgado municipal. Ahora todos le miraban el pecho cuando iba a casa. La decoración de su pecho era escasa. Su madre le escribía que se cuidara y al mismo tiempo hacía insinuaciones que le herían cual alfilerazos.

«Beckers Hugo ha estado de permiso aquí. Tiene la Cruz de Hierro de primera clase. Más de lo que podía esperarse de un alumno que suspendió el cuarto curso y que ni siquiera aprobó el examen de aprendiz de carnicero. Dicen incluso que va a ascender a oficial. Lo encuentro increíble. Wesendonk está herido de gravedad, dicen que va a perder una pierna». Vaya cosa también, perder una pierna.

Pidió otra agua mineral. El agua mineral le hizo bien. Estaba helada. Hubiera deseado anularlo todo, esa estúpida historia con un judío y la imbécil ocurrencia de comprar un poco de fruta en una calle animada con un billete de cien. Al pensar en esta escena volvía a sudar. De repente notó que su estómago empezaba a rebelarse. Siguió sentado y buscó el lavabo con la vista. En ese local todo el mundo estaba charlando tranquilamente. No se movía nadie. Miró tímidamente a su alrededor hasta que descubrió una cortina verde junto al mostrador, se levantó despacio y se dirigió

rígidamente a la cortina verde. Mientras andaba tuvo que saludar otra vez, allí había un capitán sentado con una mujer, saludó de prisa y con energía y al llegar a la cortina verde sintió alegría.

A las cuatro ya estaba en el hospital. El tenientecillo desvergonzado estaba a punto de marcha. Llevaba su uniforme negro de conductor de tanque, en su pecho brillaban muchas condecoraciones. Greck las conocía perfectamente. Eran cinco. El teniente estaba bebiendo vino y comiendo pan con carne. A voces le dijo a Greck:

—Ha llegado su caja.

—Bien —dijo Greck.

Se dirigió hacia su cama y cogiendo la caja por la asidera la arrastró cerca de la ventana.

—Dicho sea de paso —dijo el teniente—, su batallonero ha tenido que quedarse en Szokarhely, Schmitz se ha quedado con él. No estaba en condiciones de ser trasladado, su capitán.

—Lo siento —dijo Greck.

Empezó a abrir la caja.

—Yo la dejaría cerrada —dijo el teniente—, tenemos que irnos, todos, usted también.

—¿Yo también?

—Sí —el teniente rió, después su cara infantil se puso seria—, dentro de poco se pondrán en camino tropas de enfermos del estómago.

Greck notó que su estómago volvía a dar señales. Al ver con tal claridad los bocadillos de carne ante sí respiró con fatiga. Esos granulosos trozos de grasa de la carne en conserva se le antojaban como huevos de mosca. Fue presuroso a la ventana para tomar aire. Fuera pasaba un carro de albaricoques. Greck devolvió, sintió un alivio increíble.

—¡Qué aproveche! —exclamó el tenientecillo.

Feinhals se había ido a la ciudad a comprar alfileres, cajas de cartón y tinta china, pero sólo había encontrado cartón, cartón rosa oscuro, como le gustaba al sargento mayor, para hacer letreros. Cuando regresaba de la ciudad llovía. La lluvia era cálida. Feinhals intentó meterse el enorme rollo debajo de la chaqueta del uniforme pero el rollo era demasiado largo, también demasiado grueso, y cuando vio que el envoltorio empezaba a mojarse por todos los lados y teñía la cartulina rosa aceleró la marcha. En una esquina tuvo que esperar. Había tanques dando pesadamente la vuelta, girando lentamente sus cañones, la parte de atrás, y prosiguiendo en dirección sureste. La gente contemplaba tranquilamente los tanques. Feinhals siguió adelante. La lluvia caía espesa y abundante, los árboles goteaban y al llegar a la calle donde se encontraba su punto de concentración vio ya grandes charcas en el suelo negro.

En la puerta había colgado el gran cartel blanco en el que había pintado con lápiz rojo claro: «Punto de concentración de enfermos de Szentgyörgy». Pronto habría allí un cartel mejor, grueso, rosa oscuro, letras redondas pintadas en tinta china. Todos podrían verlo. Aún estaba todo en silencio. Feinhals llamó al timbre, abrieron desde dentro y él saludó hacia la portería y se fue al pasillo. En las perchas del pasillo había colgadas una pistola ametralladora y un fusil. Junto a las puertas había pequeñas mirillas de cristal detrás de las cuales se encontraba un termómetro. Todo estaba limpio, reinaba un gran silencio y Feinhals caminó sin hacer ruido. Detrás de la primera puerta oyó al sargento mayor hablando por teléfono. En el pasillo había colgadas fotos de maestras y una gran vista de colores de Szentgyörgy.

Feinhals dio media vuelta a la derecha, atravesó una puerta y se encontró en el patio de la escuela. El patio de la escuela estaba bordeado de grandes árboles y detrás de sus paredes se apelotonaban casas altas. Feinhals miró una ventana del tercer piso: la ventana estaba abierta. Volvió a entrar de prisa en el edificio y subió la escalera. En la escalera había colgados cuadros de promociones que habían salido de la escuela. Toda una serie de grandes marcos marrones y dorados en los que había pegados retratos de medio cuerpo de muchachas: cartulinas gruesas y ovaladas en las que había la foto de una muchacha. La primera promoción era la del año 1918. El de 1918 parecía ser el año del primer examen de bachillerato. Las muchachas llevaban almidonadas blusas blancas y sonreían con tristeza. Feinhals ya las había mirado muchas veces, cada día durante casi una semana. Entre los retratos de las muchachas, en el centro, había una señora negra y severa que llevaba lentes, tenía que ser la directora. De 1918 a 1932 era la misma, parecía no haber cambiado en estos catorce años. Era siempre el mismo retrato, probablemente cogía una y otra vez la misma foto y le decía al fotógrafo que la pegara en el centro. Delante de la promoción de

1929 Feinhals se detuvo. Aquí había una muchacha que le llamó la atención por su figura, se llamaba Maria Kartök, llevaba un flequillo largo, casi hasta las cejas, y su rostro parecía seguro y era muy lindo. Feinhals sonrió. Estaba ya en la segunda escalera y siguió adelante hasta la promoción de 1932. Él también había acabado el bachillerato en 1932. Miró por orden a las muchachas que entonces debían tener 19 años, la misma edad que él, y que ahora tenían 32: en esta promoción también había una muchacha que llevaba flequillo, sólo hasta media frente, y su rostro mostraba seguridad en sí misma y cierta breve ternura. Se llamaba Ilona Kartök y se parecía mucho a su hermana, sólo que parecía que hubiera sido más delgada y menos vanidosa. La blusa almidonada le sentaba bien y era la única del cuadro que no estaba sonriendo. Feinhals permaneció allí unos segundos, volvió a sonreír y subió lentamente al tercer piso. Estaba sudando pero no tenía ninguna mano libre para quitarse la gorra, y siguió adelante. En el lado transversal de la escalera había una estatua de la Virgen metida en una hornacina. Era de yeso, delante suyo había un jarro con flores frescas; por la mañana había habido tulipanes en el jarro, ahora había rosas amarillas y rojas con capullos apenas abiertos. Feinhals se detuvo y miró abajo al pasillo. En conjunto ese pasillo lleno de retratos de muchachas resultaba monótono: todas esas muchachas parecían mariposas, innumerables mariposas de cabeza algo más oscura, disecadas y coleccionadas en grandes marcos. Parecían siempre las mismas, sólo la oscura parte central cambiaba alguna que otra vez. Cambiaba en 1932, en 1940 y en 1944. Al final de la escalera del tercer piso había aún la promoción de 1944, muchachas de blanca blusa almidonada sonrientes y desgraciadas, y en el centro una señora oscura de mediana edad que también sonreía y que también parecía desgraciada. Al pasar Feinhals echó una fugaz ojeada a la promoción de 1942; allí volvía a haber una Kartök, se llamaba Szorna, pero no llamaba la atención: su peinado no se diferenciaba del de las demás, su cara era redonda y tierna. Al llegar arriba, en este pasillo que estaba tan silencioso como el resto de la casa oyó autos que pasaban por la calle. Tiró sus trastos en una repisa, abrió una ventana y se asomó. Abajo estaba el sargento mayor delante de una columna de coches, los motores aún no se habían parado. Soldados con vendajes saltaron a la calle y detrás salieron muchos soldados con su bagaje de un gran coche de mudanzas pintado de rojo. La calle se llenó muy de prisa. El sargento mayor gritó:

—Aquí, entrar aquí..., todos al pasillo..., esperar.

Una irregular comitiva gris fue entrando lentamente por las puertas. Al otro lado de la calle se abrieron ventanas, la gente sacó la cabeza para mirar, y en la esquina se formó una aglomeración de personas.

Algunas mujeres lloraban.

Feinhals cerró la ventana. En el edificio reinaba aún el silencio... el primer ruido procedente del pasillo de abajo no llegó sino muy débilmente; fue despacio hasta el

final del pasillo, allí dio una patada a una puerta y dentro una voz femenina dijo:

—¿Sí?

Él notó que al bajar el mango de la puerta con el codo se ruborizaba. Primero no la vio, la habitación estaba llena de animales disecados, en unos estantes grandes había mapas enrollados, grandes cajas pulcramente revestidas de zinc con muestras de minerales debajo de tapaderas de cristal, y en la pared un grabado con modelos de bordados y una serie numerada de ilustraciones con todas las fases del cuidado del bebé.

—Hola —exclamó Feinhals.

—¿Sí? —dijo ella.

Él se acercó a la ventana, donde entre armarios y estantes había un estrecho pasillo libre. Ella estaba sentada junto a una mesita. Su cara era más redonda que abajo, en la foto, la severidad parecía haberse suavizado y la ternura aumentado. Cuando él le dijo «Buenos días» se quedó perpleja y al mismo tiempo divertida y le hizo una seña para que se acercara. Él echó el enorme rollo de papel en la repisa, también el paquete de la mano izquierda, tiró la gorra a su lado y se secó el sudor.

—Tiene que ayudarme, Ilona —dijo— estaría muy bien que tuviera un poco de tinta china para mí.

Ella se levantó y cerró el libro que tenía delante.

—Tinta china —dijo—, no conozco la tinta china.

—Me parece que el alemán es una de sus asignaturas, ¿no?

Ella rió.

—Tinta china —dijo él— es algo así como la tinta. Bueno, ¿sabe lo que es una pluma para redondilla?

—Puedo imaginármelo —dijo ella sonriendo—, pluma-escribir-redondo sé lo que es.

—¿Podría dejarme algo así?

—Creo que sí.

Señaló el armario que había detrás de él, pero él vio que ella nunca saldría del rincón de detrás de la mesa.

La había descubierto hacía tres días en esta habitación y cada día había pasado horas con ella, pero ella aún no se había acercado a él: parecía tener miedo de él. Era muy piadosa, muy ingenua e inteligente, había hablado ya mucho con ella y notaba que le tenía simpatía..., pero acercarse a él de modo que hubiera podido abrazarla y besarla, acercarse a él, eso aún no lo había hecho; había hablado mucho con ella, había pasado con ella horas y horas, unas cuantas veces habían hablado de religión, pero a él le hubiera gustado besarla; sólo que ella nunca se acercaba a él.

Él arrugó la frente y se encogió de hombros.

—Sólo una palabra —dijo con voz ronca— sólo tiene que decir una palabra y no

volveré a su habitación.

El rostro de ella se puso serio. Bajó los párpados, apretó los labios y volvió a levantar la vista:

—No sé —dijo en voz baja— si me gustaría..., y además no serviría de nada, ¿no es cierto?

—No —dijo él. Ella asintió con la cabeza.

Él volvió al pasillo que llevaba a la puerta y dijo:

—No comprendo cómo se puede ser maestra de una escuela en la que se ha sido alumno durante nueve años.

—¿Por qué no? —exclamó ella—. A mí siempre me gustó ir a la escuela, ahora todavía me gusta.

—¿No hay escuela ahora?

—Sí..., nos hemos juntado con otra escuela.

—Y usted tiene que quedarse aquí y vigilar, lo sé..., muy inteligente por parte de su directora dejar aquí a su maestra más bonita —vio que ella se ruborizaba— y al mismo tiempo la más digna de confianza, lo sé...

Echó una ojeada al material escolar.

—¿Tiene por aquí un mapa de Europa?

—Claro —dijo ella.

—¿Y alfileres?

Ella lo miró asombrada y asintió con la cabeza.

—Sea buena conmigo —dijo él—, déme el mapa de Europa y unos cuantos alfileres.

Se desabrochó el bolsillo izquierdo, sacó una bolsita de pergamino y vació su contenido en su mano; eran unas banderitas rojas, una de ellas la levantó y se la enseñó.

—Venga —exclamó—, vamos a jugar a estado mayor, un juego maravilloso.

Vio que ella vacilaba.

—Venga —exclamó—, le prometo que no voy a tocarla.

Ella salió lentamente y se dirigió al estante en el que se encontraban los mapas. Mientras pasaba junto a él, él miró al patio, luego dio media vuelta y la ayudó a colocar el portamapas que ella estaba estirando de algún lugar. Ella encajó el mapa, soltó la cuerda y lo hizo subir lentamente. Él estaba a su lado con las banderitas rojas en la mano.

—Dios mío —murmuró—, ¿acaso somos como animales que tenéis tanto miedo?

—Sí —dijo sin alzar la voz y le miró; él vio que seguía teniendo miedo—. Como lobos —dijo respirando con dificultad—, lobos que en cualquier momento pueden empezar con el amor. Un tipo de persona inquietante. Se lo ruego —dijo en voz muy baja—, no lo haga.

—¿Qué?

—Hablar de amor —dijo en voz muy baja...

—De momento no, se lo prometo.

Miró atentamente el mapa y no se dio cuenta de que ella, de lado, le sonreía.

—Por favor —dijo sin volverse—, los alfileres.

Siguió impaciente delante del mapa con la vista fija en la superficie irregular impresa con tanta vida y pasó la mano por encima. La gran línea del rincón oriental del este de Prusia llevaba casi exactamente y en línea recta hasta Grosswardein, sólo en el centro, por Lemberg, había una sinuosidad, pero nadie sabía nada con exactitud.

Él miró impaciente hacia ella; ella estaba revolviendo un gran cajón de un pesado armario de nogal: ropa interior, pañales, una gran muñeca desnuda..., entonces volvió en seguida y le tendió una caja grande de hojalata llena de alfileres. Él buscó presuroso con los dedos y cogió los que tenían la cabeza roja o azul. Ella lo miró con interés mientras atravesaba las banderitas con las agujas y las clavaba con cuidado en el mapa.

Se miraron; fuera, en el pasillo, se oía ruido, portazos, botas al andar, la voz del sargento mayor y de los soldados.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella asustada.

—Nada —dijo él tranquilo—, han llegado los primeros pacientes.

Plantó una banderita abajo, donde había un punto negro: Nagyvarad..., pasó la mano con cuidado sobre Yugoslavia y con cuidado clavó una en Belgrado, luego otra en Roma y se asombró al ver lo cerca de la frontera alemana que estaba París. Dejó la mano izquierda sobre París y con la derecha deshizo despacio el camino hasta Stalingrado. La distancia entre Stalingrado y Grosswardein era mayor que la que había entre París y Grosswardein. Se encogió de hombros y con cuidado fue llenando de banderitas los espacios que quedaban entre los puntos marcados.

—¡Oh! —exclamó ella.

Él la miró; ella parecía estar en tensión, excitada, daba la impresión de que se le había adelgazado la cara, era lisa y morena y se le veía el vello en sus hermosas mejillas hasta cerca de sus ojos oscuros. Seguía llevando flequillo, sólo que quedaba aún más alto que en la foto de abajo. Respiró con dificultad.

—¿No es un juego maravilloso? —preguntó él en voz baja.

—Sí —dijo ella—, espantoso..., todo así..., dígalos..., así..., como un relieve.

—Plástico, quiere decir —dijo él.

—Sí, sí —dijo ella animada—, muy plástico..., se ve como dentro de una habitación.

El ruido del pasillo había disminuido, las puertas parecían estar cerradas pero de repente Feinhals oyó su nombre con toda claridad.

—¡Feinhals! —gritó el sargento mayor—, maldita sea, ¿dónde está?

Ilona lo miró inquisitivamente.

—¿Le llaman a usted?

—Sí.

—Váyase —dijo ella sin alzar la voz—, se lo ruego, no quiero que le encuentren aquí.

—¿Cuánto rato se queda aquí?

—Hasta las siete.

—Espéreme..., volveré.

Ella asintió con la cabeza, se puso coloradísima y siguió delante suyo hasta que él le dejó sitio para que se fuera a su rincón.

—Hay pastel en el paquete de la repisa —dijo—; es para usted.

Abrió la puerta, miró hacia fuera y salió de prisa al pasillo.

Bajó la escalera despacio a pesar de que cuando estaba en el descanso de en medio oyó que el sargento mayor gritaba «Feinhals». Al pasar junto a la promoción del 42 dirigió una sonrisa a Szorna, pero ahora ya estaba todo más oscuro y no pudo ver la cara de Ilona; el gran marco estaba colgado en el centro del descanso y las sombras eran ya densas. Y abajo, al final de la escalera, estaba el sargento mayor gritándole:

—Dios mío, dónde se había metido, hace una hora que ando buscándole.

—Sí, estaba en la ciudad, he comprado cartulina para los letreros.

—Sí, sí, pero hace ya media hora que está en la casa. Venga.

Cogió a Feinhals del brazo y bajó con él al piso de abajo. En las habitaciones estaban cantando y las enfermeras rusas corrían por el pasillo con bandejas.

El sargento mayor era muy benévolo con Feinhals desde que éste había regresado de Szokarhely, era benévolo con todos y al mismo tiempo estaba nervioso desde que le habían encargado que organizara un punto de concentración de enfermos. Al sargento mayor le preocupaban cosas que Feinhals no podía saber. Hacía unas semanas que en este ejército había sucedido algo que Feinhals no podía controlar y cuyas consecuencias no podía apreciar. Pero el sargento mayor vivía de estas cosas, sólo gracias a ellas, y el hecho de que ya no funcionaran le preocupaba mucho. Antes la posibilidad de un traslado o de unas disposiciones de mando poco favorables habían sido relativamente improbables, las órdenes se evitaban todas antes de que llegaran a la tropa. La autoridad que creaba la orden era la primera en sustraerse a ella, y conversaciones confidenciales daban a las unidades a las que se iba transmitiendo el conocimiento de la posibilidad de sustraerse a ella..., y mientras las órdenes y las leyes se hacían cada vez más amenazadoras y se formulaban de una manera cada vez más sombría se hacía mucho más fácil pasarlas por alto, en realidad quien no quería usarlas para deshacerse de gente que gozara de pocas simpatías no se atenía a ellas. En casos extremos un reconocimiento médico o una conversación

telefónica..., y todo seguía su curso. Pero esas cosas habían cambiado: las conversaciones telefónicas ya no servían de nada porque las personas con las que uno estaba acostumbrado a hablar ya no existían o estaban en alguna parte en la que no era posible encontrarlas..., y aquéllos con los que ahora uno hablaba por teléfono no lo conocían y no tenían ningún interés en ayudarle a uno porque sabían que tampoco a ellos se les podía ayudar. Los hilos estaban embrollados o llenos de nudos y lo único que uno podía hacer era salvar día a día el propio pellejo. Hasta entonces la guerra se había desarrollado por teléfono, pero ahora era la guerra quien empezaba a dominar el teléfono. Las atribuciones, los nombres falsos, los superiores cambiaban cada día y podía suceder que uno estuviera destinado a una división que al día siguiente constara sólo de un general, tres oficiales del estado mayor y unos pocos escribientes...

Cuando llegaron abajo el sargento mayor soltó el brazo de Feinhals y abrió la puerta él mismo. Otten estaba fumando sentado a la mesa. La mesa a la que estaba sentado tenía una clara marca negra de fuego causada por un cigarrillo. Otten estaba leyendo un periódico.

—Vaya, por fin —dijo dejando el periódico.

El sargento mayor miró a Feinhals, y éste a Otten.

—No hay nada que hacer —dijo el sargento mayor encogiéndose de hombros—, he de entregar a todos los soldados que no llegan a los cuarenta años y que no forman parte del personal estable ni se les puede considerar ya más como pacientes. De verdad..., nada que hacer. Tenéis que iros.

—¿Adónde? —preguntó Feinhals.

—Al puesto de mando del frente y en seguida además —dijo Otten.

Otten entregó a Feinhals la orden de marcha. Feinhals la leyó.

—En seguida —dijo Feinhals—, en seguida..., en seguida no ha sucedido nunca nada sensato.

Sujetando con la mano la orden de marcha dijo:

—¿Tenemos que constar los dos en una misma orden de marcha..., quiero decir juntos...?

El sargento mayor lo miró con detención:

—¿Cómo? ¡No haga tonterías! —dijo sin alzar la voz.

—Casi las siete —dijo Otten. Se levantó, ya se había abrochado el cinturón y tenía su mochila junto a la mesa.

El sargento mayor se sentó a la mesa, abrió el cajón y miró a Otten.

—A mí me importa un rábano —dijo—, cuando estéis en marcha ya no me importaréis nada.

Se encogió de hombros.

—Bueno, por mí..., voy a hacer una copia para cada uno.

—Voy a buscar mi bagaje —manifestó Feinhals.

Al ver a Ilona arriba se detuvo en el pasillo y contempló cómo cerraba la puerta, sacudía luego el mango y asentía con la cabeza. Llevaba sombrero y abrigo y en la mano el paquete del pastel. Llevaba un abrigo verde y una gorra marrón y él encontró que estaba aún más bonita que con su chaleco rojizo. Era baja, casi un poco demasiado rolliza, pero al ver su cara, la línea de su cuello, sentía algo que no había sentido nunca al ver a una mujer: la amaba y quería poseerla. Ella sacudió una vez más el mango de la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada y luego fue lentamente pasillo abajo. Él la contemplaba ansioso y se dio cuenta de que al encontrarse de repente delante suyo sonrió y se asustó al mismo tiempo.

—Pensaba esperar, ¿no? —dijo él.

—Había olvidado que tenía que irme por fuerza. Quería dejar el recado abajo de que volveré dentro de una hora.

—¿Pensaba volver de verdad?

—Sí —dijo ella en voz baja, lo miró y sonrió.

—Voy con usted —dijo él—. Espere. Es sólo un minuto.

—Usted no puede venir conmigo. Déjelo estar —sacudió cansada la cabeza—. Seguro que vuelvo.

—¿Adónde va?

Ella permaneció en silencio, miró a su alrededor pero el pasillo estaba vacío, era la hora de cenar y de las habitaciones salía un ligero ruido.

Entonces volvió a mirarle.

—A la judería —dijo—, tengo que ir a la judería con mi madre.

Lo miró excitada pero él sólo preguntó:

—¿Y qué hace allí?

—Hoy la desalojan. Nuestros pacientes están allí. Vamos a llevarles algo. También el pastel.

Miró el paquete que tenía en la mano y se lo enseñó.

—No se enfadará porque lo regale, ¿verdad?

—Sus parientes —dijo él cogiéndola del brazo—, venga..., vámonos.

Bajó la escalera a su lado sujetándola por el brazo.

—¿Son judíos sus parientes? ¿Su madre?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo también —dijo—, todos nosotros.

Se detuvo.

—Espere un momento.

Se soltó de su brazo, cogió el ramo del jarro que había delante de la imagen de la Virgen y quitó con cuidado las flores que estaban marchitas.

—¿Me promete que cambiará el agua del jarro? Mañana no vendré. Tengo que ir

a la escuela. ¿Me lo promete..., flores quizá también?

—No puedo prometerlo. Tengo que irme esta noche. Si no...

—¿Si no lo haría?

Él asintió con la cabeza.

—Haría lo que fuera para que usted estuviera contenta.

—¿Sólo para que estuviera contenta? —dijo ella.

Él sonrió.

—No sé..., también lo haría, creo, pero jamás se me hubiera ocurrido hacerlo. ¡Espere! —dijo con energía.

Habían llegado al descanso del segundo piso. Él echó a correr pasillo adentro, hacia su habitación, y metió en su bolsa a toda prisa algunas chucherías que había por allí. Luego se abrochó el cinturón y salió corriendo. Ella había seguido andando despacio y él la alcanzó cuando estaba delante del cuadro de la promoción de 1932. Ella parecía pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Nada —dijo ella en voz baja—. Me gustaría ser sentimental..., no puedo. Esa foto no me emociona, me resulta completamente extraña. Sigamos.

Ella le prometió esperar delante de la puerta y él corrió al despacho para recoger su orden de marcha. Otten ya se había ido. El sargento mayor agarró a Feinhals por la manga:

—No haga tonterías —dijo—, y que vaya bien.

—Gracias —dijo Feinhals y salió corriendo.

Ella le estaba esperando en la esquina de la calle. Él la cogió del brazo y fue con ella lentamente ciudad adentro. La lluvia había cesado pero el aire aún era húmedo, el olor era dulce, y ellos fueron por callejas muy tranquilas que corrían casi paralelas a las calles principales, pero eran muy tranquilas, casas pequeñas con árboles bajos delante.

—¿Cómo es que no está usted en la judería? —preguntó él.

—Por mi padre. Era oficial en la guerra y le dieron importantes condecoraciones y perdió las dos piernas. Pero ayer devolvió sus condecoraciones al comandante de la plaza, también sus prótesis..., un enorme paquete marrón. Ahora déjeme sola —dijo con energía.

—¿Por qué?

—Quiero ir sola a casa.

—Yo voy con usted.

—Es inútil. Lo verán, alguien de la familia lo verá... —ella lo miró—, y después ya no me dejarán salir nunca más.

—¿Volverá?

—Sí —dijo con calma—, seguro. Se lo prometo.

—Déme un beso —dijo él.

Ella sonrojándose se detuvo. La calle estaba vacía y silenciosa. Se encontraban junto a una pared de la que colgaban ramas de acerolo rojo.

—¿Para qué besar? —dijo sin alzar la voz, le miró con tristeza y a él le dio miedo de que echara a llorar—. El amor me da miedo.

—¿Por qué? —preguntó él con voz baja.

—Porque no existe..., sólo durante algún momento.

—Mucho más que unos pocos momentos no vamos a tener —dijo él suavemente.

Dejó su bolsa en el suelo, le cogió el paquete de la mano y la abrazó. La besó en el cuello y detrás de las orejas y notó la boca de ella en su mejilla.

—No te vayas —le dijo suavemente al oído—, no te vayas. No está bien irse cuando hay guerra. Quédate aquí.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—, mi madre se muere de miedo si no soy puntual.

Ella volvió a besarle en la mejilla y le extrañó que no le importara..., le gustó.

—Ven —dijo.

Inclinándole la cabeza, que descansaba sobre su hombro, lo besó en la comisura de los labios. Ahora notaba que le alegraba pensar que volvería a estar en seguida con él.

Volvió a besarle en la comisura de los labios y lo miró un momento; antes siempre había pensado que tenía que ser bonito tener marido e hijos; siempre había pensado en ambas cosas juntas, pero ahora ya no pensaba en los hijos..., no, al besarle y darse cuenta de que volvería a verle pronto no había pensado en los hijos. Le daba tristeza y no obstante le gustaba.

—Ven —dijo en voz baja—, tengo que irme, de verdad...

Él miró la calle por encima de su hombro, estaba vacía y silenciosa y el ruido de la calle contigua parecía muy lejano. Los arbolitos estaban cuidadosamente desmochados. La mano de Ilona buscó su nuca y él notó que esta mano era muy pequeña, firme y delgada.

—Quédate aquí —dijo él— o déjame ir contigo. No importa lo que pase. No va a ir bien, tú no conoces la guerra, no conoces a los que la hacen. No está bien separarse ni que sea sólo un minuto cuando no es necesario.

—Es necesario —dijo ella—, compréndelo.

—Entonces déjame ir contigo.

—No, no —dijo ella con resolución—, no puedo hacerle eso a mi padre. ¿Comprendes?

—Comprendo —dijo él besándole el cuello—, lo comprendo todo, demasiado. Pero te amo y quisiera que te quedaras aquí. Quédate aquí.

Ella se soltó, lo miró y dijo:

—No me lo pidas. Por favor.

—No —dijo él en voz baja—, vete. ¿Dónde te espero?

—Ven un poco más conmigo, te enseñaré una tabernita donde puedes esperar.

Él intentó andar despacio pero ella se lo llevaba y al atravesar de repente una calle muy animada sintió extrañeza. Ella señaló una casita y dijo:

—Espérame allí.

—¿Volverás?

—Seguro —dijo ella sonriendo—; en cuanto pueda. Te quiero.

De repente lo agarró por el cuello y lo besó en la boca. Luego se alejó a toda prisa y él no quiso seguirla con la vista y se dirigió a la pequeña fonda. Al entrar se sintió muy desgraciado, muy vacío, y le dio la sensación de que se había perdido algo. Sabía que era inútil esperar, y al mismo tiempo sabía que tenía que esperar. Tenía que darle a Dios esa oportunidad de llevarlo todo por el derrotero que hubiera sido bonito, a pesar de que estaba seguro que hacía rato que había tomado ya su camino: ella no volvería. Sucedería algo que le impediría volver..., tal vez era tener muchas pretensiones eso de amar a una judía durante esta guerra y esperar que volvería. Ni siquiera sabía su dirección y tenía que practicar la esperanza aguardándola aquí a pesar de que no tenía ninguna esperanza. Tal vez hubiera podido correr tras ella y obligarla a quedarse..., pero no se podía obligar a ninguna persona, a las personas sólo se las podía matar, ésa era la única violencia que se les podía hacer. A vivir no se podía obligar a nadie, ni tampoco a amar, era inútil; lo único que tenía fuerza sobre ellos era la muerte. Y él ahora tenía que esperar aunque sabía que era inútil. Sabía también que esperaría más de una hora, más que toda la noche, porque eso era lo único que les unía: esa pequeña taberna que su dedo había señalado, y lo único seguro era que ella no había mentido. Ella vendría, en seguida y a toda prisa, lo más de prisa que pudiera, cuando estuviera en sus manos disponer que así fuera...

Vio por el reloj que había sobre el mostrador que eran las ocho menos veinte. No le apetecía ni comer ni beber, y cuando llegó la tabernera pidió agua mineral, y al ver que quedaba decepcionada pidió una botella de vino. En la parte de delante de la taberna había un soldado húngaro con su novia y en medio un sujeto gordo de cara amarilla con un puro negrísimo en la boca. Él vació muy de prisa la botella de vino para tranquilizar a la tabernera y pidió otra. La tabernera le sonrió amablemente; era algo entrada en años, delgada y rubia.

Durante algunos momentos pensó aún que vendría. Entonces imaginó adónde iría con ella: tomarían una habitación en cualquier parte y delante de la puerta él le diría que era su mujer. La habitación era oscura, la cama vieja, marrón y ancha, y en la pared había un cuadro piadoso, había una cómoda con una palangana de porcelana azul en la que había agua tibia y la ventana daba al huerto. Esa habitación existía, lo sabía, sólo tenía que ir a la ciudad, buscarla y la encontraría, exactamente esta

habitación, en un apeadero, en un hotel, en una pensión, esa habitación que por un momento estuvo destinada a acogerlos durante esta noche existía..., pero ellos no irían nunca a esa habitación: con dolorosa claridad vio la sucia alfombra delante de la cama y la ventanita que daba al huerto, la pintura marrón se había desprendido del crucero; era una habitación encantadora con una gran cama marrón y ancha en la que por poco se acuestan los dos. Pero ahora esta habitación se quedaría vacía.

Sin embargo, había momentos en los que creía que aún no se había decidido. Si no hubiera sido judía..., era muy difícil amar a una judía en esta guerra, precisamente a una judía, pero él la quería, la quería mucho, de modo que podría acostarse y también charlar con ella, mucho rato y con mucha frecuencia y una y otra vez..., y sabía que no había muchas mujeres con las que se puede uno acostar y también hablar. Con ella hubiera sido posible..., muchas cosas hubieran sido posibles con ella.

Pidió otra botella de vino. La botella de agua mineral aún no la había abierto. El sujeto del puro negro salió y ahora él se encontraba solo en la taberna con la tabernera rubia y algo entrada en años que tenía un cuello delgado, con el soldado húngaro y su novia. Bebió vino e intentó pensar en otra cosa. Pensó en su casa..., pero él no había estado casi nunca en casa. Después de salir de la escuela no había estado casi nunca en casa; además en casa tenía miedo..., su pueblecito se encontraba entre el ferrocarril y el río como en una enorme cinta, en las carreteras que llevaban a aquel lugar y que lo atravesaban no había árboles, asfalto, y sólo había la sombra enrarecida y bochornosa de los frutales en verano. No refrescaba ni siquiera al atardecer. En otoño generalmente había ido a casa a ayudar en la cosecha porque le divertía: esos huertos llenos de fruta, grandes camiones llenos, muchos camiones llenos de peras y manzanas y ciruelas iban a las grandes ciudades pasando junto al Rhin; se estaba bien en casa en otoño, y él se entendía bien con su madre y con su padre, y cuando su hermana se casó con un hortelano le dio igual..., pero en otoño se estaba bien en casa. En invierno el villorrio volvía a quedar plano y abandonado en el frío entre el río y el ferrocarril y el fatigante olor dulzón de la fábrica de mermelada atravesaba la llanura en forma de nubes bajas dificultando la respiración. No, cuando volvía a estar fuera se alegraba. Él construía casas y escuelas, fábricas y bloques de viviendas por encargo de una firma importante, también cuarteles...

Pero era inútil querer pensar en estas cosas. Ahora tenía que pensar en que había olvidado pedir a Ilona su dirección..., por lo que pudiera pasar. Pero podía enterarse de ella, podía decírsela el administrador de la escuela o su directora, y de todos modos siempre quedaba la posibilidad de averiguar dónde estaba, de buscarla, de hablar con ella, tal vez de ir a verla. Pero todo esto formaba parte de las cosas inútiles que había que hacer para dar a Dios una oportunidad, había que hacerlas por fuerza, y parecía que tomaba un sentido. Aun cuando había que reconocer que podía adquirir un sentido, que podían ser eficaces, aun cuando había que reconocerlo, uno estaba

perdido. Y había que hacerlas una y otra vez. Buscar y esperar..., ésa era toda la esperanza, y era espantosa. Él no sabía qué estaban haciendo con los judíos húngaros. Había oído decir que por esta causa había habido conflictos entre el gobierno húngaro y el alemán, pero jamás podía saberse lo que hacían los alemanes. Y él había olvidado pedirle a Ilona que le diera su dirección. Lo más importante que podía hacerse en la guerra, intercambiar direcciones, eso lo había olvidado, y para ella era aún más importante tener una dirección. Pero todo esto era inútil: ella no volvería.

Prefirió pensar en la habitación en la que hubieran estado juntos...

Vio que eran cerca de las nueve: la hora había transcurrido hacía rato. La manecilla del reloj iba muy despacio cuando se la miraba, pero si se la dejaba de mirar un momento parecía saltar. Eran las nueve y hacía ya casi una hora y media que estaba esperando allí, tenía que seguir esperando, o bien podía ir corriendo a la escuela y preguntar su dirección al administrador e ir hacia allí. Pidió otra botella de vino y vio que la tabernera estaba contenta.

A las nueve y cinco pasó la patrulla por el local. La formaban un oficial con un soldado, un cabo primero. Al principio sólo echaron un rápido vistazo al local y se disponían a marcharse..., él los vio perfectamente porque había empezado a mirar fijamente a la puerta. Había algo maravilloso en el hecho de mirar fijamente a la puerta: la puerta era la esperanza, pero lo único que vio fue ese oficial con el casco de acero y el soldado detrás suyo, los cuales sólo echaron un vistazo y se dispusieron a marcharse hasta que de repente el oficial le descubrió y se dirigió despacio hacia él. Sabía que estaba perdido: esa gente disponía del único medio eficaz, ellos tenían a su cargo la administración de la muerte, la cual les obedecía a ciegas. Y estar muerto significaba no poder hacer nada más en este mundo, y él tenía intención de hacer aún algo en este mundo: quería esperar a Ilona, buscarla y amarla..., aunque sabía que era inútil quería hacerlo porque existía una remota posibilidad de que pudiera salir bien. Esos hombres del casco de acero tenían la muerte en sus manos, se encontraba en sus pequeñas pistolas, en sus caras serias y si no querían tomarse la molestia ellos mismos detrás suyo había miles dispuestos, bien dispuestos a dar también a la muerte una oportunidad con patíbulos y ametralladoras..., eran los administradores de la muerte. El oficial lo miró sin decir nada y sólo extendió la mano. El oficial estaba cansado, casi indiferente, lo hacía todo de una manera mecánica, probablemente no le hacía ninguna gracia pero lo hacía y lo hacía de modo consecuente y serio. Feinhals le tendió su libreta y su orden de marcha. El cabo primero le hizo una señal para que se levantara. Feinhals se encogió de hombros y se levantó. Vio que la taberna estaba temblando y que el soldado húngaro estaba asustado.

—Venga —dijo el oficial sin levantar la voz.

—Aún tengo que pagar —dijo Feinhals.

—Pague allí delante.

Feinhals se abrochó el cinturón, cogió su bolsa y fue hacia delante entre los dos. La tabernera cogió el dinero y el cabo primero se adelantó y abrió la puerta. Feinhals salió: sabía que no podían hacerle nada; a pesar de todo hubiera podido tener miedo pero no tenía miedo. Fuera reinaba la oscuridad, las tiendas y restaurantes estaban iluminados y todo parecía muy bonito y veraniego. En la calle, delante de la taberna había un enorme coche de mudanzas rojo: la puerta de atrás estaba abierta, una de sus partes estaba bajada y se encontraba sobre el burdo empedrado cual rampa. En la calle había gente mirando temerosa: delante de la abertura había un centinela con una pistola ametralladora en la mano.

—Suba —dijo el oficial.

Feinhals se metió en el coche subiendo por la rampa, en la oscuridad vio muchas cabezas, armas..., pero dentro nadie decía ni palabra. Una vez dentro vio que el coche estaba lleno.

El coche de mudanzas rojo atravesó lentamente la ciudad; estaba completamente cerrado, las mamparas de cuero con cerrojo, y a ambos lados llevaba la inscripción negra: «Hermanos Göros, Budapest, Transportes de todas clases». El coche ya no se detuvo. Por la abertura de la cubierta del coche sacaba la cabeza para mirar un hombre que examinaba atentamente la zona y de vez en cuando se inclinaba hacia abajo y parecía gritar algo. Ese hombre vio cafés iluminados, heladerías, personas vestidas de verano, pero de repente su atención quedó fija en un coche de mudanzas verde que intentaba pasarles en la amplia avenida sin conseguirlo. El conductor del coche de mudanzas verde era un hombre vestido de gris, a su lado iba otro hombre vestido de color gris con una pistola ametralladora en el regazo, pero la abertura de la cubierta del coche de mudanzas verde estaba cerrada con una tupida alambrada. El conductor del coche de mudanzas verde tocó enérgicamente el claxon detrás del coche de mudanzas rojo, el cual se arrastraba pesado a través de la ciudad. Al llegar a un gran cruce la calle se hizo más ancha y abierta y el coche verde pudo adelantarles, pasó ágil por su lado y el hombre que estaba mirando por la ventanilla de la cubierta vio que el coche verde torcía por una calle ancha que tenía que llevar en dirección norte mientras que el coche de transporte rojo iba hacia el sur, casi directo hacia el sur. El hombre de la ventanilla se puso cada vez más serio. Era bajo y delgado y su cara de aspecto viejo, y después que el coche rojo hubo recorrido otro trecho inclinó la cabeza hacia el interior del coche:

—Está bastante claro que salimos de la ciudad, ya no hay tantas casas.

Desde abajo le contestó un murmullo sordo y entonces el coche de mudanzas rojo corrió más de prisa de lo que se le hubiera creído capaz. La calle estaba vacía y oscura y entre las ramas de los tupidos árboles colgaban el aire húmedo, pesado y dulce, y el hombre de la ventanilla de arriba se inclinó y gritó:

—Ya no se ven más casas, carretera..., dirección sur.

Abajo el griterío aumentó aún más, pero el coche de mudanzas rojo fue acelerando más. El hombre de la ventanilla estaba cansado, tenía tras de sí un largo viaje en ferrocarril y se encontraba de pie encima del hombro de dos hombres de distinto tamaño, esto aún le cansaba más, y ya no tenía ganas de nada, pero era el más bajo y delgado de los que había en el coche y lo habían elegido para que mirara qué pasaba fuera. Durante un buen rato no vio nada. Le pareció que durante mucho rato... y cuando los de abajo le tiraron de la pierna y le preguntaron qué pasaba, dijo que no pasaba nada, que sólo veía los árboles de la carretera y los oscuros campos. Luego vio dos soldados en la carretera junto a una ambulancia, los soldados estaban iluminando un mapa con una linterna. Cuando el coche de mudanzas rojo pasó por su

lado levantaron la vista. Luego, durante otro buen rato, el hombre de la ventanilla tampoco vio nada hasta que pasaron junto a una columna de tanques que estaba parada. Parecía que uno de los tanques estaba averiado, debajo había alguien boca arriba y otro iluminaba con una lámpara de acetileno. A toda prisa se deslizaron por su lado casas de labranza, casas de labranza oscuras, y por la izquierda les adelantó una columna de camiones que iba muy de prisa; en los camiones había soldados. Detrás de los camiones iba un pequeño coche gris con una bandera de comandante. El coche del comandante iba aún más de prisa que los camiones. Junto a un granero había sentados soldados de infantería que parecían muy cansados, algunos estaban echados sobre la tierra fumando. Después atravesaron un pueblo y poco después del pueblo el hombre de la ventanilla oyó por primera vez que estaban disparando: era una batería pesada que se encontraba a la derecha de la carretera; grandes cañones se levantaban rectos y negros en el oscuro cielo azul. Los sangrientos fogonazos que se veían en los cañones echaban un suave reflejo rojizo en la pared de un granero. El hombre se asustó, aún no había oído nunca un tiroteo y tenía miedo. Estaba enfermo del estómago, muy enfermo del estómago, se llamaba cabo Finck y era cantinero de un gran hospital de Linz del Danubio, y cuando el jefe le mandó a Hungría a buscar vino de Tokay auténtico, vino de Tokay auténtico y licor y todo el champaña posible, vio en seguida que aquí había gato encerrado. Precisamente a Hungría por champaña. Sea como fuera: él, Finck, era el único hombre del hospital del que se suponía que sabría distinguir vino de Tokay auténtico del falso, y al fin y al cabo: en Tokay tenía que haber vino de Tokay auténtico. A su jefe, el médico del Estado Mayor doctor Ginzler, le gustaba mucho el vino de Tokay auténtico, pero seguro que sobre todo iba por su compinche con el que bebía y jugaba al tresillo, ese coronel que se llamaba Bressen, pero al que sin querer llamaban von Bressen porque tenía un aspecto tan aristocrático con su cara delgada y seria y la preciada condecoración al cuello. Él, Finck, en casa tenía una taberna y conocía a las personas y sabía que no era sino del jefe que le mandara a buscar cincuenta botellas de vino de Tokay auténtico..., una apuesta o algo parecido a lo cual ese coronel probablemente había incitado al jefe.

Finck había estado en Tokay y se había llevado cincuenta botellas de vino, auténtico incluso, para gran asombro suyo..., él era tabernero, tabernero en una ciudad vinícola, tenía también un viñedo y sabía lo que era vino. No se fiaba tampoco del vino de Tokay que había comprado como auténtico en Tokay, una maleta y una canasta con candado llenas había comprado. La maleta se la había podido llevar, estaba abajo, en el coche de mudanzas, pero la canasta no se la había podido llevar. En Szentgyörgy no había tenido tiempo, los habían llevado directamente del tren al coche de mudanzas, no había protesta que sirviera de nada, ninguna alusión a alguna enfermedad, todo el andén había estado cerrado y nada servía de nada, tuvieron que marchar y meterse en el coche de mudanzas que había afuera delante de la estación.

Algunos habían empezado a sublevarse y a gritar, pero los centinelas parecían mudos y sordos.

Finck temía por su vino de Tokay... el jefe era un hombre susceptible respecto al vino y aún más susceptible respecto a lo que él llamaba su honor. Era bastante seguro que había dado su palabra o algo parecido a ese coronel de que el domingo bebería con él vino de Tokay. Es probable incluso que indicara la hora exacta. Pero ahora ya era jueves, probablemente viernes por la mañana —al menos tenía que ser ya cerca de la medianoche— y se dirigían hacia el sur, bastante aprisa, y no había ninguna probabilidad de que el domingo estuviera con el vino donde debía. Finck tenía miedo, tenía miedo del jefe y del coronel. Ese coronel no le gustaba. De ese coronel sabía algo que aún no había dicho a nadie y que jamás podría decir a nadie porque nadie lo creería, algo repugnante que Finck nunca hubiera creído posible. Él mismo, Finck, lo había visto, con toda claridad..., y sabía qué es lo que significaba para él el hecho de que el coronel no supiera que lo había visto. Todos los días tenía que ir a la habitación de ese coronel a llevarle comida, algo de beber o libros. Y al coronel se le trataba con gran cuidado. Una vez, al atardecer, fue a la habitación del coronel sin llamar, entonces es cuando lo vio, en la penumbra, esa expresión atroz en el rostro del pálido anciano..., aquella noche Finck no pudo disfrutar de la comida. En casa cuando pescaban a un chico con algo así le daban en seguida una ducha de agua fría, e iban bien...

Abajo volvieron a tirarle de la pierna y él les gritó que había visto cañones, cañones disparando, y abajo el griterío aumentó aún más. Los fogonazos de la artillería junto a la cual acababan de pasar iban desapareciendo cada vez más y los disparos que primero habían estado tan horriblemente cerca ahora se oían tan lejos como hacía un poco el impacto, mientras que ahora se estaban acercando cada vez más a los impactos. Volvieron a pasar junto a unos tanques, columnas paradas..., y luego vinieron otros cañones, parecían más pequeños, estaban junto a una noria y sus fogonazos iluminaban con la suficiente claridad ese sombrío patíbulo. Luego hubo otro rato sin nada hasta que volvieron a pasar junto a unas columnas, otra vez nada..., y entonces Finck oyó los disparos de las ametralladoras. Se estaban dirigiendo exactamente al lugar desde donde disparaban las ametralladoras.

Y de repente se detuvieron en un pueblo. Finck se desencaramó y salió del coche con los demás. En el pueblo reinaba el caos, había coches por todas partes, se oían gritos, los soldados corrían por la calle y los disparos de las ametralladoras se hacían cada vez más perceptibles. Feinhals iba detrás del pequeño suboficial que había estado en lo alto, en la ventanilla, el cual arrastraba su pesada maleta, tan bajo era y andaba tan inclinado que la culata de su fusil se arrastraba por el suelo. Feinhals abrochó su bolsa a la correa, dio un paso largo para alcanzar al pequeño suboficial:

—Anda, trae —dijo—, ¿qué es lo que hay dentro?

—Vino —dijo jadeando el bajito—, vino para nuestro jefe.

—Déjalo, es una tontería —dijo Feinhals—, si no puedes arrastrar hacia delante ninguna maleta llena de vino.

El bajito sacudió obstinado la cabeza. Apenas podía andar de fatiga, se tambaleó, sacudió tristemente la cabeza y cuando Feinhals agarró el asa hizo con la cabeza un gesto de agradecimiento. Feinhals encontró la maleta increíblemente pesada.

La ametralladora de la derecha había dejado de disparar, ahora los tanques lo estaban haciendo en dirección al pueblo. Detrás suyo se oyó el estruendo de vigas al volar en pedazos y un suave resplandor del fuego iluminó ligeramente la sucia y escarbada calle.

—Tira ya ese trasto, hombre —dijo Feinhals—, estás loco.

El suboficial no le contestó; pareció sujetar aún más el asa. Detrás suyo empezó a arder otra casa.

De repente el teniente que iba delante suyo se detuvo y gritó:

—Colocaos cerca de la casa.

Se acercaron a la casa, delante de la cual se detuvieron. El pequeño suboficial fue tambaleándose contra la pared y se acurrucó encima de su maleta. Ahora también había dejado de disparar la ametralladora de la izquierda. El teniente entró en la casa y volvió a salir en seguida con un teniente primero. Feinhals reconoció al teniente primero. Tuvieron que formar y Feinhals sabía que entonces en aquella penumbra rojiza el sargento primero estaba intentando ver sus condecoraciones. Él mismo tenía una más, ahora una buena, al menos su cinta, ese rojo, blanco y negro que adornaba su pecho. Menos mal que al menos tiene esta condecoración, pensó Feinhals. El teniente primero los miró sonriendo, luego dijo «bien», volvió a sonreír, dijo otra vez «bien, ¿no?», dirigiéndose al teniente que estaba detrás suyo. Pero el teniente no dijo nada. Ahora lo veían perfectamente. Era bajo y pálido, parecía que había pasado la juventud y su rostro estaba sucio y serio. No llevaba ni una sola condecoración en el pecho.

—Señor Brecht —le dijo el teniente primero—, llévese a dos hombres como refuerzo. Llévese también lanzagranadas antitanque. A los demás se los mandaremos a Undolf —cuatro, creo—, el resto me lo quedo aquí.

—Dos —dijo Brecht—, sí señor, dos y llevarse también lanzagranadas antitanque.

—Muy bien —dijo el teniente primero—, ya sabe donde están.

—Sí, señor.

—Presentación dentro de media hora, por favor.

—Sí, señor —respondió el teniente.

Dio unos golpecitos en el pecho a Feinhals y a Finck, que eran los primeros que había allí, y dijo: «Vengan», dio media vuelta y se fue inmediatamente. Ellos tuvieron

que apresurarse para alcanzarlo. El pequeño suboficial cogió la maleta, Feinhals lo ayudó y siguieron al pequeño teniente tan aprisa como pudieron. A la derecha, detrás de la casa, torcieron hacia una callejuela que entre setos y praderas parecía llevar al campo abierto. El lugar hacia el cual se dirigían estaba tranquilo, pero detrás suyo aquel tanque seguía disparando con regularidad hacia el pueblo y la pequeña batería junto a la que habían pasado al final seguía disparando hacia la derecha, aproximadamente en la dirección hacia la cual ellos iban ahora.

De repente Feinhals se tiró al suelo y gritó a los otros dos:

—Cuidado.

Al soltar la maleta se oyó un tintineo y el teniente, que iba delante, también se echó al suelo. Desde el lugar hacia el cual se dirigían estaban disparando morteros hacia el pueblo, ahora disparaban rápidamente y seguido, parecía que había muchos. Las granadas atravesaban el aire zumbando, daban contra las paredes de las casas y unas piezas mayores volaron ruidosamente no muy lejos de ellos.

—En pie —exclamó el teniente que iba el primero—, adelante.

—Un momento —gritó Feinhals.

Había vuelto a oír ese ligero clac ronco y casi alegre y tenía miedo. Cuando la granada cayó en la maleta de Finck hubo un estallido espantoso, la tapa de la maleta, que salió despedida, causó un salvaje resoplido, fue a dar contra un árbol a veinte metros de ellos, pedazos de cristal volaron por el aire cual bandada de pájaros enloquecidos, Feinhals notó que el vino le salpicaba en la nuca y asustado se agachó: estos disparos le habían pasado por alto, estaban retumbando delante suyo, en la pradera que quedaba encima de un pequeño declive. Un montón de heno, cuya negra silueta se distinguía por delante del fondo rojizo, se desplomó y empezó a echar humo, su interior estaba ardiendo cual yesca, el fuego fue en aumento hasta que salieron las llamas.

El teniente bajó, arrastrándose por la hondonada.

—Mierda —susurró dirigiéndose a Feinhals—, ¿qué es lo que ha pasado aquí?

—Llevaba vino en la maleta —susurró Feinhals—. Eh —exclamó con suavidad dirigiéndose a Finck... una masa oscura que yacía acurrucada al lado de la maleta. No se movió nada.

—Maldita sea —dijo el teniente sin alzar la voz—, no estará...

Feinhals se acercó a Finck arrastrándose un par de pasos, se dio en la cabeza contra su pie, se apoyó sobre los codos y se acercó más. La luz del montón de heno en llamas no llegaba a esa hondonada que era como una garganta, ese hoyo plano quedaba a oscuras mientras que la pradera del borde estaba ya completamente bañada por una luz rojiza.

—Eh —dijo Feinhals en voz baja.

Percibió las fuertes emanaciones dulzonas de una charca de vino, retiró las manos

porque estaban tocando pedazos de vidrio, palpó con cuidado y empezando por los zapatos y le asombró notar lo bajo que era ese suboficial; sus piernas eran cortas, su cuerpo flaco.

—Eh —exclamó sin alzar la voz—, eh, compañero.

Pero Finck no contestó. El teniente se había acercado a rastras y dijo:

—¿Qué es lo que ocurre?

Feinhals siguió palpando hasta que notó sangre —eso no era vino—, retiró la mano y dijo en voz baja:

—Creo que esta muerto. Una gran herida en la espalda, empapado de sangre, ¿tiene una lámpara?

—Quiere decir que se podría...

—O levantarlo hacia allí delante en la pradera...

—Vino —dijo el teniente—, una maleta de vino..., qué quería hacer con él...

—Para una cantina, creo.

Finck no pesaba mucho. Andando a gachas lo llevaron por el camino, lo extendieron en la explanada de la pradera hasta que quedó plano, oscuro y plano en medio de la luz. Su espalda estaba completamente negra de sangre. Feinhals le dio la vuelta con cuidado —por primera vez le vio la cara—, era delicada, muy delicada, delgada, algo húmeda de sudor todavía, su espeso cabello negro estaba aún pegado a la frente.

—Dios mío —dijo Feinhals.

—¿Qué pasa?

—Le ha dado en el pecho. Un casco tan grande como un puño.

—¿En el pecho?

—Seguro..., debía estar arrodillado sobre su maleta.

—Contra lo que manda el reglamento —dijo el teniente, pero su propio chiste pareció no gustarle—, cójale la libreta y la chapa de identificación...

Feinhals desabrochó con cuidado la ensangrentada chaqueta, palpó hacia el cuello hasta que tuvo en la mano una ensangrentada pieza de hojalata. La libreta también la encontró en seguida, estaba en el bolsillo interior izquierdo y parecía limpia.

—Maldita sea —dijo el teniente detrás suyo—, cuanto pesa la maleta..., todavía.

La había arrastrado por el camino y tiraba también por la correa del fusil de Finck.

—¿Lo tiene todo?

—Sí —contestó Feinhals.

—Sigamos adelante.

El teniente arrastró la maleta detrás suyo por un ángulo hasta que terminó la hondonada y la tierra se allanaba, entonces dirigiéndose a Feinhals susurró:

—A la izquierda, detrás de la pared —y siguió arrastrándose hacia adelante.

—Empuje la maleta.

Feinhals empujó la maleta y subió la pequeña cuesta arrastrándose lentamente. Detrás de la pared que corría en dirección transversal a su camino pudieron ponerse derechos y se miraron un momento.

—¿Cómo se llama? —preguntó el teniente.

—Feinhals.

—Yo me llamo Brecht —dijo el teniente. Sonrió torpemente—. Confieso que tengo una sed mortal.

Se inclinó sobre la maleta, la puso sobre las cintas de crecida hierba y la volvió con cuidado. Se oyó un ligero tintineo y estampido.

—Santo cielo —dijo el teniente levantando una botellita que estaba intacta—. Vino de Tokay.

La etiqueta estaba manchada de sangre y empapada de vino. Feinhals contempló cómo el teniente apartaba los trozos de vidrio con cuidado —parecía que había cinco o seis botellas enteras—. Brecht sacó su navaja y abrió una. Bebió.

—Magnífico —dijo al dejar la botella—. ¿Quiere?

—Gracias —dijo Feinhals.

Tomó la botella y bebió un trago, lo encontró demasiado dulce, devolvió la botella y volvió a decir:

—Gracias.

Los lanzagranadas volvían a disparar en dirección al pueblo, ahora más lejos, y de repente una ametralladora disparó de nuevo muy cerca de ellos.

—Gracias a Dios —dijo Brecht—, ya pensaba que también usted había volado.

Acabó de beber el contenido de la botella y la hizo rodar hacia la hondonada.

—Tenemos que pasar esta pared hacia la izquierda.

Ahora el montón de heno estaba ardiendo en llamas, pero la parte baja seguía consumiéndose sin esparcer ningún vivo resplandor. Las chispas saltaban.

—Parece usted muy sensato —dijo el teniente.

Feinhals permaneció en silencio.

—Quiero decir —dijo el teniente empezando a abrir la segunda botella—, quiero decir lo suficientemente sensato como para saber que esta guerra es una mierda.

Feinhals permaneció en silencio.

—Cuando digo que es una mierda de guerra —dijo el teniente—, quiero decir que una guerra que uno gana no es una mierda, y ésta —quiero decir— es una guerra muy, muy mala.

—Sí —dijo Feinhals—, es una guerra muy, muy mala.

El enérgico tiroteo de la ametralladora tan cerca suyo le ponía nervioso.

—¿Dónde está la ametralladora? —preguntó en voz baja.

—Allí, al final de esta pared —es una hacienda—, ahora estamos delante de ella

—la ametralladora está detrás...

La ametralladora lanzó unas pocas veces más breves y agudos disparos, luego dejó de disparar. Entonces disparó una ametralladora rusa, luego oyeron disparos de fusil y de nuevo volvieron a disparar juntas la ametralladora alemana y la rusa. Y de repente se hizo el silencio.

—Mierda —dijo el teniente.

El montón de heno empezó a hundirse, las llamas ya no se elevaban, hubo un suave crujido y la oscuridad se hizo más profunda. El teniente tendió una botella a Feinhals. Feinhals sacudió la cabeza.

—Gracias, lo encuentro demasiado dulce —dijo.

—¿Hace mucho tiempo que es soldado de infantería? —preguntó el teniente.

—Sí —dijo Feinhals—, cuatro años.

—¡Hombre! —dijo el teniente—, lo absurdo es que yo no sé gran cosa de la infantería..., no es práctico, y si dijera lo contrario me parecería estúpido. Yo he pasado dos años entrenándome como caza nocturno —acabo de terminar—, mi preparación le ha costado al Estado algunas bonitas villas para dejarme dar ahora una buena paliza como soldado de infantería, para exhalar mi alma y marchar al Walhala. Mierda, ¿no?

Volvió a beber. Feinhals permaneció en silencio.

—¿Qué se hace prácticamente cuando el enemigo es superior? —prosiguió tercamente el teniente—. Hace dos días estábamos a veinte kilómetros de aquí y siempre decían que no nos retiraríamos. Pero nos retiramos, conozco el reglamento perfectamente, dice: el soldado de infantería alemán no se retira nunca, se deja matar..., algo parecido, creo, pero no soy ciego ni sordo. Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó serio.

—Probablemente largarnos —dijo Feinhals.

—Magnífico —dijo el teniente—. Largarnos. Magnífico..., largarnos —rió suavemente—. Nuestro buen reglamento prusiano tiene una laguna: la retirada no está prevista en la instrucción, por esto tenemos que ejercitarla tan bien en la práctica. Creo que nuestro reglamento es el único que no contiene nada referente a la retirada, sólo dar largas resistiendo, pero a esos hermanos ya no se les puede detener más. Venga —dijo y se metió dos botellas en los bolsillos de la chaqueta—, venga, vamos a volver a esa bonita guerra. Dios mío —dijo—, ese pobre diablo iba arrastrando el vino hacia acá..., ese pobre diablo...

Feinhals le siguió lentamente. Al doblar por la esquina de la pared oyeron que había unos hombres que les salían corriendo al encuentro. Se oían los pasos con toda claridad, muy cerca ya. El teniente retrocedió de un salto detrás de la esquina, cogió su pistola ametralladora debajo del brazo y dirigiéndose a Feinhals susurró:

—Me parece que por dieciocho céntimos hay hojalata que ganar para el pecho.

Pero Feinhals vio que estaba temblando.

—Maldita sea —susurró el teniente—, ahora la cosa se pone seria, ahora hay guerra.

Los pasos se acercaron, ahora los hombres habían dejado de correr.

—Qué tontería —dijo Feinhals en voz baja—, no son rusos.

El teniente permaneció en silencio.

—No sé por qué habían de ir corriendo..., y haciendo tanto ruido...

El teniente permaneció en silencio.

—Son sus hombres —dijo Feinhals. Ahora los pasos estaban muy cerca.

A pesar de que por la silueta vieron que eran alemanes con sus cascos de acero que daban la vuelta a la esquina, el teniente exclamó, sin alzar la voz:

—¡Alto! ¡Santo y seña!

Los hombres se asustaron; Feinhals vio que se detenían sobresaltados.

—Mierda —dijo uno—. Santo y seña mierda.

—Tannenberg —dijo otra voz.

—Maldita sea —dijo el teniente—. ¿Qué estáis buscando aquí? Poneos en seguida detrás de la pared. Que uno se quede en la esquina y esté alerta.

Feinhals se quedó atónito al ver cuántos eran. Intentó contarlos en la oscuridad, parecía que habían seis o siete. Se sentaron en la hierba.

—Esto es vino —dijo el teniente buscando las botellas y pasándoselas—; repartíloslo.

—Prinz —dijo—, sargento Prinz, ¿qué sucede?

Prinz era el que se había quedado en la esquina. Cuando se volvió, Feinhals vio sus condecoraciones reluciendo en la oscuridad.

—Teniente —dijo Prinz—, es absurdo aquí eso. Ya han pasado por nuestro lado a derecha e izquierda, y no va a querer hacerme creer que el frente ha de detenerse aquí, precisamente aquí, en esta cochina finca, precisamente aquí, donde está nuestra ametralladora, teniente, el frente tiene una amplitud de unos cuantos cientos de kilómetros y ya hace un buen rato que se está deslizando..., no creo que esos ciento cincuenta metros estén destinados a hacer conseguir una venera..., es ya hora de que nos vayamos, de lo contrario nos quedaremos aquí en medio y no habrá desgraciado que se ocupe de nosotros...

—Bueno, en alguna parte tiene que detenerse el frente... ¿estáis todos ahí?

—Sí —dijo Prinz—, todos ahí..., no creo que se pueda detener un frente con soldados con licencia y convalecientes. Dicho sea de paso el pequeño Genzki está herido..., lo ha atravesado una bala..., Genzki —gritó sin alzar la voz—, ¿dónde estás?

Una delgada figura se desprendió de la pared.

—Bien —dijo el teniente—, vuelva atrás, Feinhals, vaya con él, el puesto de

socorro está allí, donde ha pasado el ómnibus. Comuníquele al jefe que he retirado la ametralladora treinta metros..., y traiga granadas antitanque..., otro hombre, Prinz.

—Wecke —dijo Prinz—, vete con ellos. ¿También habéis venido con el coche de mudanzas? —preguntó a Feinhals.

—Sí.

—Nosotros también.

—Adelante —dijo el teniente—, váyanse, entregue la libreta al jefe...

—¿Un muerto? —preguntó Prinz.

—Sí —respondió el teniente con impaciencia—. Vamos, váyanse.

Feinhals se dirigió lentamente al pueblo con los otros dos. Ahora había varios tanques disparando desde el sur y desde el este. A su izquierda, por la carretera principal que iba al pueblo, oyeron un tiroteo y un griterío salvajes y deteniéndose un momento se miraron.

—Magnífico —dijo el bajo del brazo herido.

Siguieron más aprisa pero en cuanto salieron de la hondonada una voz gritó:

—¿Santo y seña?

—Tannenberg —gruñeron ellos.

—¿Brecht? ¿Unidad de Brecht?

—Sí —exclamó Feinhals.

—¡Atrás! ¡A volver todos al pueblo en seguida, a concentrarse en la calle principal!

—Vuelve tú corriendo —dijo Wecke a Feinhals—, vuelve tú corriendo...

Feinhals corrió hondonada abajo, volvió a subir y gritó a media altura:

—¡Eh, teniente Brecht!

—¿Qué sucede?

—Que vuelvan todos..., todos al pueblo, a concentrarse en la calle principal...

Regresaron todos juntos lentamente.

El coche rojo de mudanzas ya volvía a estar casi lleno. Feinhals subió despacio por la rampa, se sentó delante, se recostó e intentó dormir. El salvaje tiroteo le parecía en cierto modo ridículo..., ahora oía que se trataba de tanques alemanes que estaban intentando despejar la calle. Disparaban demasiado, en toda la guerra se disparaba más de lo necesario, pero probablemente eso era propio de esta guerra. Ahora habían subido todos excepto un mayor que estaba dando órdenes y el puñado de hombres a los cuales les estaba dando las órdenes. Un sargento, un cabo y tres soldados había delante del pequeño y canoso mayor que llevaba la cabeza descubierta y estaba entregándoles las cruces y los documentos. De vez en cuando gritaba:

—Doctor Greck..., teniente primero doctor Greck. Luego gritó:

—¡Brecht!, ¿dónde está el teniente Brecht?

Brecht gritó desde el interior del coche:

—¡Sí, señor!

Caminó despacio hacia delante, se llevó la mano a la gorra y de pie sobre la rampa exclamó:

—Teniente Brecht, mayor.

—¿Dónde está el jefe de su compañía? —preguntó el mayor.

El mayor no parecía enfurecido pero sí de mal humor. Los soldados a los que había condecorado subieron lentamente la rampa y abriéndose paso junto a Brecht penetraron en el interior.

Y el mayor se encontraba completamente solo en la calle del pueblo con su cruz de hierro de primera clase en la mano, y poniendo una cara muy tonta, Brecht dijo:

—Ni idea, mayor. El doctor Greck acababa de darme la orden de llevar la compañía al punto de concentración, tenía que... —Brecht calló y titubeó—, el doctor Greck padecía un fuerte cólico...

—¡Greck! —gritó el mayor en dirección al pueblo—, ¡Greck! —sacudiendo la cabeza se volvió y dijo a Brecht—: Su compañía ha peleado de una manera magnífica..., pero tenemos que salir de aquí...

Un segundo carro de combate alemán disparó desde la calle que había delante suyo hacia la derecha y la pequeña batería de detrás pareció haber girado, estaba disparando hacia el mismo lugar que los tanques. Ahora en el pueblo había muchas casas en llamas..., también la iglesia, que se encontraba en el centro del pueblo y que predominaba sobre todas las casas, estaba llena de una transparencia rojiza. El motor del coche de mudanzas empezó a zumbar. Indeciso al borde de la calle el mayor gritó, dirigiéndose al conductor del coche de mudanzas:

—Váyanse...

Feinhals abrió la libreta y leyó: «Finck, Gustav, cabo, profesión: mesonero. Lugar de residencia: Heidesheim...».

«Heidesheim», pensó Feinhals..., y se asustó. Heidesheim estaba a tres kilómetros de su pueblo y él conocía la fonda del cartel parduzco: «Tabernas Finck desde 1710». Había pasado muchas veces por allí pero sin apearse..., le cerraron la puerta en las narices y el coche de mudanzas rojo partió.

Greck intentó una y otra vez levantarse y correr a la salida del pueblo, donde le estaban esperando, pero no podía más. Al incorporarse, un torturante dolor de vientre le obligaba a retorcerse y sentía la necesidad de descargarlo..., se agachó junto a la pequeña pared que encerraba el pozo de agua de abono: la defecación no salía más que en trozos minúsculos, apenas del tamaño de una cuchara sopera, mientras que la necesidad de su atormentado cuerpo era gigantesca; no podía sentarse como es debido, la única posición que soportaba consistía en estar agachado completamente retorcido sintiendo un ligero alivio cuando la defecación salía en pequeñas porciones de su intestino..., en estos momentos confiaba, confiaba en que tal vez la convulsión

habría pasado, pero sólo había pasado en aquel momento. Esa atroz convulsión le dejaba tan paralizado que no podía andar, ni siquiera hubiera podido arrastrarse despacio, la única posibilidad de moverse hubiera consistido en dejarse caer hacia adelante y avanzar penosamente con ayuda de las manos, pero tampoco entonces hubiera llegado a tiempo. Quedaban trescientos metros hasta el punto de partida y en medio de los disparos oyó de vez en cuando que el mayor Krenz le estaba llamando..., pero ahora le era ya casi todo indiferente: tenía dolor de vientre, mucho, un dolor de vientre muy fuerte. Se agarró a la pared mientras sus desnudas posaderas se helaban y en sus intestinos se formaba ese dolor punzante una y otra vez cual material explosivo acumulándose lentamente, el cual produciría efectos gigantescos, pero que luego resultaban diminutos, para volver a acumularse prometiendo traer repetidas veces la liberación definitiva y limitándose no obstante a soltar un trocito insignificante de defecación...

Las lágrimas le corrían por la cara: no pensaba ya en nada más que estuviera relacionado con esta guerra a pesar de que a su alrededor iban cayendo granadas y de que oyó con toda claridad que el coche se iba del pueblo. Incluso los carros de combate retrocedieron hacia la carretera y sin dejar de disparar se dirigieron a la ciudad, lo oyó todo, era muy plástico, y el cerco del pueblo se le ofrecía con toda claridad. Pero el dolor de su vientre era mayor, más próximo, más importante, monstruoso, y él pensó en este dolor que no disminuía, que le paralizaba..., y formando salvaje y sonriente procesión pasaron por su lado todos los médicos a los que había consultado a causa de su dolorosa enfermedad con su repugnante padre a la cabeza, lo rodearon, esas cabezas desesperantes que nunca se habían atrevido a decirle claramente que su enfermedad había que achacarla sencillamente a la constante falta de alimentación durante su juventud.

Cayó una granada en el pozo de agua de abono, una ola se derramó encima suyo y lo dejó completamente impregnado de ese líquido repugnante, él lo notó en sus labios y lloró con mayor ímpetu hasta que se dio cuenta de que los tanques estaban disparando directamente contra la granja. Los proyectiles casi le rozaban al pasar silbando encima suyo y a su lado, unas bolas de increíble dureza que producían un gigantesco remolino. Detrás suyo se oyó un retintín de cristales, el maderamen saltó en astillas y en el edificio una mujer se echó a gritar, trozos de fango y astillas volaron a su alrededor. Él se dejó caer, se agachó detrás de la pared que encerraba el pozo de agua de abono y se abrochó los pantalones con cuidado. A pesar de que sus intestinos seguían soltando diminutas y convulsivas cantidades del espantoso dolor, descendió arrastrándose lentamente por el empinado camino empedrado para salir del área de la casa. Sus pantalones estaban abrochados. Pero no pudo seguir arrastrándose, el dolor le paralizaba, permaneció echado —y por espacio de unos momentos toda su vida giró delante suyo— un calidoscopio formado por tormentos y

humillaciones de inexpresable monotonía. Lo único que le parecía importante y real eran las lágrimas que corrían impetuosamente por su cara para caer en la porquería, en ésa porquería que aún sentía en sus labios —paja, agua de abono, suciedad y heno. Seguía llorando cuando un disparo atravesó el soporte del techo de un granero y la gran coraza de madera con sus bultos de paja comprimida le sepultó.

El coche de mudanzas verde tenía un motor magnífico. Los dos hombres que iban delante, en la cabina, y que se turnaban en el volante, no hablaban mucho, pero cuando lo hacían hablaban casi exclusivamente del motor. «¡Qué trasto tan estupendo!», decían una y otra vez sacudiendo con asombro la cabeza pendientes de ese fuerte y oscuro zumbido tan regular en el que no surgía ningún tono falso o inquietante. La noche era cálida y oscura y la carretera por la que se dirigían imperturbables hacia el norte a veces estaba obstruida por vehículos del ejército, coches de caballos, y unas cuantas veces sucedió que tuvieron que frenar de repente por haber visto demasiado tarde columnas en marcha, con lo que por poco hubieran arremetido contra esa masa singularmente deforme formada por figuras oscuras cuyos rostros iluminaban ellos con sus faros. Las carreteras eran estrechas, demasiado estrechas para que pudieran pasar al mismo tiempo coches de mudanzas, carros de combate y columnas en marcha, pero cuanto más al norte llegaban tanto más vacía quedó la carretera y durante un buen rato pudieron correr al máximo con su coche de mudanzas verde sin ningún impedimento: el cono luminoso de sus faros iluminaba árboles y casas, de vez en cuando en alguna curva caía sobre un campo haciendo resaltar con claridad y nitidez las plantas, tallos de maíz o tomates. Al final la carretera quedó desierta, los hombres bostezaron y se detuvieron en algún pueblo de una carretera secundaria para descansar; abrieron sus morrales, bebieron de sus cantimploras a sorbos el café que estaba muy fuerte y caliente, abrieron unas delgadas latas redondas de las cuales sacaron chocolate, y con toda tranquilidad se untaron el pan de mantequilla, abrieron sus latas de mantequilla, olieron su contenido, dejaron el pan bien untado antes de echar encima grandes lonchas de salchicha, la salchicha era roja y estaba llena de granitos de pimienta. Esos hombres comieron con toda comodidad. Sus caras grises y cansadas se animaron y uno de ellos, que ahora estaba sentado a la izquierda y había terminado el primero, encendió un cigarrillo y sacó una carta del bolsillo; la desdobló y extrajo de en medio una foto: en la foto se veía una encantadora niña que estaba jugando con un conejo en un prado. Tendió la foto al que estaba a su lado y dijo:

—Mira, bonita, ¿eh?... mi pequeña —rió— nacida gracias a un permiso.

El otro contestó masticando, y con la vista fija en la foto murmuró:

—Bonita..., ¿nacida gracias a un permiso?... ¿Qué edad tiene?

—Tres años.

—¿No tienes ninguna foto de tu mujer?

—Sí.

El que estaba sentado a la izquierda sacó su cartera, pero de repente se detuvo y

dijo:

—Oye, parece que se hayan vuelto locos...

Del interior del coche de mudanzas verde salió un fuerte y oscuro murmullo y los estridentes gritos de una voz femenina.

—Hazlos callar —dijo el que iba al volante.

El otro abrió la portezuela y miró hacia la carretera del pueblo —fuera hacía calor y reinaba la oscuridad y las casas no estaban iluminadas, olía a excrementos, a excrementos de vaca, y en una de las casas estaba ladrando un perro. El hombre salió, profirió en voz baja unas cuantas maldiciones por la profunda y blanda porquería de la calle del pueblo y lentamente dio la vuelta al coche. Afuera el murmullo se oía muy débil y era más bien como un suave zumbido en el interior de una caja, pero entonces en el pueblo ya había dos perros ladrando, luego tres, y de repente, no importa en qué lugar, se iluminó una ventana y pudo verse la silueta de un hombre. El conductor— se llamaba Schröder —no tenía ganas de abrir las pesadas puertas de detrás, le parecía que no valía la pena, cogió su pistola ametralladora y con el mango de acero dio unos cuantos golpes fuertes contra la pared del coche, en el acto se hizo el silencio. Luego Schröder saltó sobre los neumáticos para ver si la alambrada que había encima de la ventanilla, que estaba cerrada, aún seguía fija. La alambrada aún seguía fija.

Volvió a la cabina: Plorin ya había acabado de comer, estaba tomando café y fumando con la foto de la niña de tres años y el conejo delante.

—Una niña bonita de verdad —dijo levantando un momento la cabeza—; ya se han callado..., ¿no tienes una foto de tu mujer?

—Sí.

Entonces Schröder volvió a sacar la cartera, la abrió y mostró una foto gastada: en la foto se veía una mujer baja, que había engordado algo, con un abrigo de pieles. La mujer sonreía tontamente, su rostro era algo envejecido y cansado y se hubiera podido pensar que los zapatos negros de tacones demasiado altos le hacían daño. Tenía una cabellera espesa rubia oscura y llevaba la permanente.

—Guapa mujer —dijo Plorin—. Sigamos.

—Sí —dijo Schröder—, adelante.

Echó otra ojeada hacia afuera: ahora en el pueblo ladraban muchos perros y muchas ventanas estaban iluminadas y la gente iba dando gritos en la oscuridad.

—Vamos —dijo cerrando bruscamente la puerta— adelante.

Plorin empezó a poner el contacto y el motor se puso en marcha en el acto; Plorin lo dejó funcionar unos segundos, luego dio gas y el coche de mudanzas verde se puso en marcha lentamente hacia la carretera.

—Un trasto fantástico —dijo Plorin—, un trasto fantástico ese motor.

El ruido del motor llenó toda la cabina, sus oídos estaban llenos de ese zumbido,

pero al cabo de un rato volvieron a oír aquel oscuro murmullo procedente del interior del coche.

—Canta algo —dijo Plorin a Schröder.

Schröder cantó. Cantó con voz alta y potente, no de una manera muy bonita y tampoco del todo bien, pero con mucho sentimiento. Las partes patéticas de las canciones las cantaba con particular fervor y en algunos pasajes se hubiera podido creer que iba a echarse a llorar, tal era el sentimiento con que cantaba, pero no se echaba a llorar. Una canción que parecía gustarle mucho era «Heidemarie», parecía ser su canción preferida. Durante casi media hora cantó alzando mucho la voz y después de una hora se cambiaron de sitio y entonces fue Plorin quien cantó.

—Qué bien que el viejo no nos oye cantar —dijo Plorin, riendo.

Schröder rió también y Plorin volvió a cantar. Cantó casi las mismas canciones que había cantado Schröder pero por lo visto la que más le gustaba cantar era «Columnas grises», esta canción es la que cantó más veces, la cantó despacio, la cantó de prisa, y los pasajes particularmente bonitos en los que se ponía de manifiesto con mayor claridad el desconsuelo y la grandeza de la vida del héroe, esos pasajes los cantaba con especial lentitud e insistencia y en ocasiones los repetía varias veces seguidas. Schröder, que ahora estaba sentado al volante, tenía la vista fija en la carretera, dejó correr el coche lo más aprisa posible y fue silbando con él. Ahora ya no oían nada procedente del interior del coche verde de mudanzas.

Poco a poco delante iba refrescando, se echaron unas mantas sobre las piernas y durante el viaje fueron bebiendo de vez en cuando un trago de café de sus botellas. Habían dejado de cantar, pero ahora dentro del coche de mudanzas verde se estaba en silencio. En todas partes reinaba el silencio; fuera todo el mundo estaba durmiendo, la carretera estaba desierta y mojada, aquí parecía que había llovido, y los pueblos que atravesaron estaban como muertos. Se iluminaban brevemente en la oscuridad, cosas sueltas, a veces una iglesia junto a la carretera..., surgían un momento de la oscuridad para quedar detrás suyo.

Hacia las cuatro de la madrugada hicieron el segundo descanso. Ahora los dos estaban cansados, su cara gris, flaca y sucia, y apenas charlaron; la hora que aún les quedaba por recorrer les pareció eterna. Hicieron sólo una breve parada en la carretera, se lavaron la cara con un poco de licor, comieron sin ganas sus bocadillos y después se acabaron el café que les quedaba. Se acabaron el chocolate reanimador de sus cajitas de hojalata y encendieron un cigarrillo. Al continuar el viaje se sintieron mejor y Schröder, que ahora estaba sentado al volante, silbó suavemente para sí mientras que Plorin, envuelto con una manta, dormía. En el interior del coche de mudanzas verde había calma absoluta.

Empezó a caer una lluvia fina y al apartarse de la carretera principal y pasar con penas y trabajos las estrechas callejuelas de un pueblo para llegar al campo abierto y

al empezar a atravesar despacio un bosque estaba amaneciendo. Se levantaba niebla, y cuando el coche salió del bosque llegó una pradera en la que había barracones, y luego vino otro bosque pequeño, una pradera, y el coche tocando con energía el claxon se detuvo delante de un gran portal formado por vigas y alambrada. Junto al portal había una garita blanca y negra y una gran torre de vigía en la que se encontraba un hombre con casco de acero junto a una ametralladora. El centinela abrió la puerta, dirigió una sonrisa al interior de la cabina del conductor y el coche de mudanzas verde se internó lentamente en la empalizada.

Dando un golpe a su compañero el conductor dijo:

—Ya hemos llegado.

Y abriendo la cabina salieron con su bagaje.

En el bosque cantaban los pájaros, el sol estaba saliendo al este e iluminaba los verdes árboles. Un ligero vapor lo cubría todo.

Schröder y Plorin se dirigieron fatigados a un barracón que había detrás de la torre de vigía. Al subir los escalones del barracón vieron toda una columna de coches dispuestos para la marcha en la calle del campo.

El campo estaba en completo silencio, no se movía nada, sólo de las chimeneas del crematorio salía humo impetuosamente.

El sargento estaba acurrucado junto a una mesa y se había quedado dormido. Se despertó sobresaltado; los dos hombres le sonrieron cansados y dijeron:

—Aquí estamos.

Él se levantó, se enderezó y, bostezando, dijo: «Bien», medio dormido encendió un cigarrillo, se pasó la mano por el cabello, se puso la gorra, enderezó el cinturón, echó una ojeada al espejo y se quitó la suciedad del ángulo de los ojos.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Sesenta y siete —dijo Schröder echando sobre la mesa un legajo de papel.

—¿El resto?

—Sí..., el resto —dijo Schröder—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nos largamos..., esta tarde.

—¿Seguro?

—Sí..., el aire se está calentando demasiado.

—¿Adónde?

—En dirección a la Gran Alemania, departamento de la Marca Oriental.

El sargento rió.

—Id a dormir —dijo—, esta noche volverá a ser muy cansada; nos vamos a las siete en punto de la tarde.

—¿Y el campo? —preguntó Plorin.

El sargento se quitó la gorra, se peinó con esmero y se arregló el tupé con la mano derecha. Era un muchacho bien parecido, de pelo castaño y delgado. Suspiró.

—El campo —dijo—, ya no existe el campo..., esta tarde ya no habrá campo..., está vacío.

—¿Vacío? —preguntó Plorin.

Se había sentado y pasó la manga por la pistolera que había quedado húmeda.

—Vacío —dijo el sargento, sonrió ligeramente y se encogió de hombros—, os digo que el campo está vacío..., ¿no tenéis bastante?

—¿Trasladado? —preguntó Schröder ya en la puerta.

—Maldita sea —dijo el sargento—, dejadme en paz de una vez, he dicho vacío, no trasladado..., excepto el coro —sonrió con ironía—, el viejo está verdaderamente loco con su coro. Fijaos, se lo lleva otra vez...

—Vaya —dijeron los dos a la vez—, vaya...

Y Schröder añadió:

—Realmente el viejo está loco con sus cantos.

Los tres rieron.

—Bien, vámonos —dijo Plorin—, dejo la jaula donde está, no puedo más.

—Déjala —dijo el sargento—, Willi puede llevársela.

—Bueno... nos vamos.

Los dos conductores salieron.

El sargento asintió con la cabeza, se acercó a la ventana y miró el coche de mudanzas verde, que estaba en la calle del campo, en el lugar donde empezaba la columna dispuesta para la marcha. El campo estaba en completo silencio. El coche de mudanzas verde no lo abrieron hasta una hora después, cuando llegó al campo el teniente Filskeit. Filskeit tenía el pelo negro, era de estatura mediana y su cara pálida e inteligente despedía un efluvio de castidad. Era severo, procuraba que hubiera orden y no toleraba incorrecciones de ninguna clase. Actuaba sólo de acuerdo con el reglamento. Cuando el centinela le saludó hizo un gesto afirmativo con la cabeza, echó una mirada al coche de mudanzas verde y entró en el puesto de guardia. El sargento le dio el parte.

—¿Cuántos son? —preguntó Filskeit.

—Sesenta y siete, mi teniente.

—Bien —dijo Filskeit—, los espero dentro de una hora para cantar.

Con un negligente gesto de cabeza salió del puesto de guardia y atravesó la plaza del campo. El campo era rectangular, un cuadrado compuesto por cuatro veces cuatro barracones con una pequeña abertura en la parte sur, en el lugar en el que se encontraba el portal. En las esquinas había torres de vigía. En el centro se encontraban los barracones de la cocina, un barracón donde estaba el lavabo, y en el ángulo izquierdo del campo, al lado de la torre de vigía del sureste estaba el baño y al lado del baño el crematorio. El campo estaba en completo silencio, sólo uno de los centinelas —el de la torre de vigía del nordeste— iba cantando para sí; fuera de esto

reinaba un silencio absoluto. Ahora procedente del barracón de la cocina ascendía un fino humo azul y del crematorio una espesa humareda negra que por suerte se iba hacia el sur; ya hacía rato que el crematorio estaba humeando entre fuertes y densos vapores. Filskeit echó una ojeada global, hizo con la cabeza un gesto afirmativo y se fue a su despacho, que se encontraba al lado de la cocina. Tirando su gorra sobre la mesa hizo un gesto de satisfacción: todo estaba como debía. Al pensar en eso hubiera podido sonreír, pero Filskeit no sonreía nunca. Encontraba la vida muy seria, el servicio aún más serio, pero para él lo más serio de todo era el arte.

El teniente Filskeit era un amante del arte, de la música. Era de mediana estatura, de pelo negro, y algunos encontraban bello su rostro pálido e inteligente, pero su mandíbula angulosa y demasiado grande hacía bajar demasiado la parte suave de su rostro dando a su inteligente semblante una expresión de brutalidad tan terrible como sorprendente.

En otros tiempos Filskeit había estudiado música, pero la música le gustaba demasiado para conseguir aquel vestigio de sobriedad que no puede faltar al profesional: se hizo empleado de banca y siguió siendo un apasionado amante de la música. Su flaco era el canto coral.

Era un hombre trabajador y ambicioso, muy formal, y como empleado de banco consiguió ser muy pronto jefe de departamento. Pero su verdadera pasión era la música, el canto coral. Primero pura y simplemente el canto de voces masculinas.

En una época que quedaba ya muy atrás había sido director del orfeón Concordia, entonces tenía 28 años, pero de esto hacía ya quince..., y aunque no era más que aficionado lo habían elegido como director. No se hubiera podido encontrar ningún músico profesional que hubiera activado con mayor celo los objetivos del orfeón. Resultaba fascinante ver su rostro pálido que se contraía ligeramente y sus finas manos mientras dirigía el coro. Los orfeonistas le temían por su exactitud, no se le escapaba ninguna nota equivocada, cuando alguien cometía alguna suciedad se ponía hecho una furia y llegó un momento en que aquellos orfeonistas de pro se cansaron de su severidad y de su infatigable empeño y eligieron a otro director. Al mismo tiempo había dirigido el coro de su parroquia a pesar de que la liturgia no era cosa de su agrado. Pero en aquella época había buscado cualquier oportunidad para tener en sus manos un coro. Al párroco la gente le llamaba el «santo», era un hombre benévolo, un poco necio, que en ocasiones podía parecer muy severo: de pelo blanco ya y mayor, y de música no entendía nada. Pero asistía siempre a los ensayos del coro y de vez en cuando sonreía ligeramente, y Filskeit odiaba esta sonrisa: era la sonrisa del amor, de un amor compasivo, doloroso. A veces el rostro del párroco se ponía también severo y Filskeit sentía que su repugnancia por la liturgia aumentaba al mismo tiempo que su odio por esta sonrisa. Esta sonrisa del «santo» parecía decir: inútil..., inútil..., pero yo te quiero. Él no quería que le amaran y cada vez odiaba

más esos cantos eclesiásticos y la sonrisa del párroco, y cuando el Concordia le despidió dejó el coro de la iglesia. Pensaba a menudo en esta sonrisa, en esta severidad pasajera y esa amorosa mirada «judía», como él la llamaba, que le parecía sobria y al mismo tiempo afectuosa, y el odio y la tortura le invadían...

Su sucesor fue un profesor de segunda enseñanza al cual le gustaba fumar buenos puros, que bebía cerveza y pedía que le contaran chistes sucios. Todo esto Filskeit lo había detestado: no fumaba, no bebía y las mujeres no le interesaban.

Atraído por las ideas raciales que concordaban con sus ideales secretos entró poco después en las Juventudes Hitlerianas, ascendió pronto a director de canto de su zona, creó corales, coros hablados y descubrió su afición: el coro mixto. Cuando estaba en casa —tenía una habitación sencilla arreglada como si fuera un cuartel en un arrabal de Düsseldorf— se entregaba a la literatura que trataba el tema de los coros y a todas las obras sobre la idea racial con las que podía hacerse. El resultado de ese largo y minucioso estudio fue una obra propia que tituló «Relaciones entre el coro y la raza». La presentó a un Conservatorio del Estado y se la devolvieron con unas irónicas observaciones marginales. Hasta más adelante no se enteró de que el director de esta Escuela se llamaba Neumann y era judío.

En 1933 dejó definitivamente su trabajo en el banco para dedicarse exclusivamente a su tarea musical dentro del partido. Una Escuela de Música dio una opinión favorable sobre su obra y después de llevar a cabo algunas supresiones se publicó en una revista especializada. Tenía la categoría de jefe de sección de las Juventudes Hitlerianas pero atendía también a las SA y a las SS, era especialista en coro hablado, coro masculino y coro mixto. Sus facultades de jefe eran indiscutibles. Al estallar la guerra se resistió a que lo eximieran, solicitó varias veces entrar en las unidades de la calavera y por dos veces no lo aceptaron porque tenía el pelo negro, era demasiado bajo y por lo visto pertenecía al tipo pícnico. Nadie sabía que muchas veces se había pasado horas y horas en casa desesperado delante del espejo viendo lo que no podía dejar de verse: que no pertenecía a esta raza que veneraba con tanta pasión y a la que había pertenecido Lohengrin.

Pero la tercera vez que se presentó las asociaciones de la calavera lo aceptaron porque mostró magníficos certificados de todas las organizaciones del partido.

Durante los primeros años de la guerra sufrió mucho a causa de su fama como músico: en vez de mandarlo al frente lo enviaron de cursillos, luego como director de cursos y después como director de un curso para directores de cursos, él fue quien dirigió la formación vocal de todo el ejército de las SS y uno de sus máximos logros fue un coro de legendarios de trece naciones distintas y dieciocho lenguas diferentes, pero que, no obstante, cantaban una parte coral de «Tannhäuser» con una armonía vocal magnífica. Le concedieron la cruz del mérito de la guerra de primera clase, una de las más raras condecoraciones del ejército, pero hasta que se presentó voluntario

para el servicio en la tropa por vigésima vez no lo destacaron para un cursillo y llegó por fin al frente: en 1943 le dieron un pequeño campo de concentración de Alemania y por fin en 1944 le hicieron jefe de una judería de Hungría y más adelante, cuando hubo que abandonar ésta judería porque los rusos estaban ya muy cerca, le dieron este pequeño campo del norte.

Su ambición era cumplir todas las órdenes bien. Pronto descubrió las enormes facultades musicales de los reclusos: siendo judíos le sorprendió, e implantó el principio de selección haciendo cantar a cada recién llegado y apuntando en su ficha sus facultades vocales con notas del cero al diez. Muy pocos eran los que se llevaban un diez..., éstos pasaban en seguida al coro del campo, y el que tenía un cero tenía pocas probabilidades de vivir más de dos días. Cuando tenía que suprimir un grupo que le llevaban elegía a los presos de tal modo que siempre le quedaba un plantel de buenos cantantes de ambos sexos y su coro seguía siempre completo. De este coro que dirigía él mismo con una severidad que tenía su origen en la época del orfeón Concordia, de ese coro estaba orgulloso. Con este coro hubiera vencido cualquier competencia, pero por desgracia el público lo formaban únicamente los presos moribundos y el cuerpo de guardia.

Pero las órdenes eran para él más sagradas que la música, y en los últimos tiempos habían llegado muchas órdenes que debilitaron su coro: se evacuaron las juderías y los campamentos de Hungría y como que los grandes campos a los que antes habían enviado a los judíos ya no existían y su pequeño campo no tenía comunicación ferroviaria, tenía que matarlos a todos en el campo, pero aún quedaban suficientes comandos —cocina y crematorio y baño—, suficientes comandos para asegurarse al menos a los mejores cantantes.

A Filskeit no le gustaba matar. Él mismo jamás había matado y ésta fue una de sus decepciones: no podía hacerlo. Se daba cuenta de que era necesario y sentía admiración por las órdenes que él hacía ejecutar con todo rigor; lo que importaba no era que a uno le gustara ejecutar las órdenes sino darse cuenta de la necesidad de estas órdenes, respetarlas y cumplirlas...

Filskeit se acercó a la ventana y miró hacia fuera: detrás del coche de mudanzas verde había parados dos camiones, los conductores acababan de salir y estaban subiendo fatigados las escaleras del puesto de guardia.

El brigada Blauert atravesó el portal con cinco hombres y abrió las grandes y pesadas puertas del coche de mudanzas: la gente que había dentro empezó a gritar —la luz del día les hería los ojos—, estuvieron gritando un buen rato y los que entonces saltaron a tierra fueron tambaleándose al lugar que Blauert les indicaba.

La primera fue una joven de abrigo verde y pelo oscuro; estaba sucia y parecía que tuviera el vestido roto, temerosa se tapaba con el abrigo y llevaba del brazo a una niña de doce o trece años. Ninguna de las dos tenía equipaje.

La gente que salía tambaleándose del coche se colocó en el lugar destinado a pasar revista y Filskeit fue contándolos también en voz baja: eran 61 hombres, mujeres y niños, de muy variada indumentaria, posición y edad. Del coche de mudanzas verde no salió nada más: parecía que seis estaban muertos. El coche de mudanzas verde se puso lentamente en movimiento y se detuvo arriba delante del crematorio. Filskeit hizo con la cabeza un gesto de satisfacción: allí descargaron seis cadáveres y los arrastraron al barracón.

El equipaje de los que habían salido del camión lo apilaron delante del puesto de guardia. También descargaron los dos camiones: Filskeit contó las filas de a cinco que iban llenándose poco a poco: eran 29 filas de a cinco. El brigada Blauert dijo por el altavoz:

—¡Escuchen todos! Se encuentran en un campo de paso. Su estancia aquí será muy breve. Irán uno por uno al registro de presos, luego al comandante del campo el cual les someterá a un examen personal..., después han de ir todos al baño y a despiojarse, luego habrá café caliente para todos. El que ofrezca la menor resistencia será fusilado en el acto.

Señaló las torres de vigía cuyas ametralladoras habían girado en dirección al puesto de llamada, y a los cinco hombres que se encontraban detrás de ellos con las pistolas amartilladas.

Filskeit se paseaba impaciente de un lado a otro detrás de su ventana. Había descubierto algunos judíos rubios. Había muchos judíos rubios en Hungría. A Filskeit aún le gustaban menos que los morenos a pesar de que entre ellos había ejemplares que hubieran podido ilustrar cualquier libro sobre la raza nórdica.

Vio que la primera mujer, la del abrigo verde y el vestido rojo, entraba en el barracón donde se encontraba el archivo, y se sentó y quitó el seguro de la pistola que tenía al lado sobre la mesa. Dentro de unos minutos ella estaría aquí y cantaría.

Hacía ya diez horas que Ilona estaba esperando el miedo. Pero el miedo no llegó. Muchas eran las cosas que había tenido que sufrir y que había sentido en estas diez horas: asco y consternación, hambre y sed, ahogo y desesperación cuando le dio la luz y una especie de felicidad singularmente fría cuando conseguía estar sola unos minutos o unos cuartos de hora..., pero el miedo lo esperó en vano. El miedo no llegó. Ese mundo en el que vivía desde hacía diez horas era fantasmagórico, tan fantasmagórico como la realidad..., fantasmagórico como las cosas que había oído decir de él. Pero oír hablar de él le había causado más miedo que encontrarse en él. Ya no le quedaban muchos deseos, uno de estos deseos era estar sola para poder rezar de verdad.

Había imaginado su vida muy distinta. Hasta entonces había transcurrido limpia y hermosa, regular, bastante tal como ella se la había imaginado —e incluso cuando sus planes resultaban equivocados—, pero esto no lo había esperado. Había contado con

que esto se lo ahorraría.

Si todo iba bien dentro de media hora estaría muerta. Tenía suerte, era la primera. Sabía lo que eran estos baños de los que había hablado aquel hombre, tenía que contar con soportar diez minutos de angustias mortales, pero esto le parecía aún tan lejano que tampoco le daba miedo. También en el coche había aguantado muchas cosas que la afectaban personalmente pero que no influyeron en ella. Alguien había intentado violarla, un sujeto cuya lascivia ella olió en la oscuridad y al que ahora estaba intentando en vano reconocer. Otro la había protegido contra él, un hombre mayor que después le dijo en un susurro que lo habían detenido por unos pantalones, sólo por unos pantalones que le había comprado a un oficial; pero tampoco a éste lo había reconocido ahora. El otro tipo había buscado su pecho en la oscuridad, le había roto el vestido y la había besado en la nuca —pero por suerte el otro la había separado de él. También el pastel se lo habían quitado de las manos, ese paquetito, lo único que se había llevado..., se había caído al suelo y en la oscuridad, palpando el suelo con la mano, había encontrado sólo algunos trozos de pasta llenos de porquería y crema de mantequilla. Se los había comido con María— un trozo del pastel había quedado aplastado en el bolsillo de su abrigo —pero unas horas después había encontrado que sabía de maravilla, fue cuando le dio a la niña pegajosos pedacitos de su bolsillo, y ella misma comió y encontró que sabía de maravilla este pastel sucio y aplastado que iba sacando sin parar rascando en el bolsillo de su abrigo. Algunos se habían quitado la vida, se desangraron casi sin hacer ruido, jadeando y gimiendo de extraña manera en el rincón, hasta que los que estaban a su lado patinaron en la sangre que se iba derramando y empezaron a gritar como locos. Pero cuando el centinela dio unos golpes en la puerta dejaron de gritar— esos golpes sonaron amenazadores y espantosos, era imposible que fuera una persona quien llamaba, hacía rato que no estaban ya entre personas...

También en vano esperó que llegara el arrepentimiento; había sido absurdo separarse de aquel soldado al que quería tanto, cuyo nombre ni siquiera sabía exactamente, era completamente absurdo. La casa de sus padres ya estaba vacía y allí no encontró más que a la desorientada y asustada niña de su hermana, a la pequeña María, que al salir de la escuela había encontrado la casa vacía. Sus padres y abuelos ya se habían ido... los vecinos le dijeron que se los habían llevado ya a mediodía. Y fue absurdo correr entonces hacia la judería para buscar a sus padres y a sus abuelos: entraron como siempre por la trastienda de una peluquería, atravesaron corriendo las calles vacías y llegaron justo a tiempo de que se las llevara ese coche de mudanzas que estaba allí dispuesto para partir y en el que esperaban encontrar a sus familiares. A sus padres y abuelos no los encontraron, no estaban en ese coche. Ilona encontró asombroso que a ninguno de los vecinos se le ocurriera correr a la escuela para prevenirla, pero tampoco a María se le había ocurrido. Probablemente tampoco

hubiera servido de nada que alguien la hubiera prevenido... En el coche alguien le metió un cigarrillo en la boca, después se enteró de que era el hombre que se habían llevado por los pantalones. Fue el primer cigarrillo que fumó y encontró que era muy reanimador y agradable. No sabía cómo se llamaba su bienhechor, nadie se dio a conocer, ni ese tipo jadeante y lascivo ni su bienhechor, y cuando se encendía una cerilla todas las caras parecían iguales: rostros espantosos llenos de miedo.

Pero también había podido rezar un buen rato: en el convento había aprendido de memoria todas las oraciones, todas las letanías y muchas partes de la liturgia de los días de fiesta, y ahora se alegraba de saberlas. Rezar la llenaba de una fresca serenidad. No rezó para recibir nada ni para que se la preservara de nada, para tener una muerte rápida y sin dolor, para vivir, rezó sencillamente, y al poder arrimarse a la mampara de cuero y tener la espalda al menos sola sintió gran contento —primero había estado al revés, de espaldas a la marcha, y cuando al sentirse cansada se dejó caer, sencillamente hacia atrás, es probable que su cuerpo despertara en el hombre sobre el que cayó aquel deseo loco que la asustó pero que no la ofendió— casi al contrario, notó algo, como si compartiera algo con él, con ese desconocido...

Al quedar libre, al menos con la espalda sola contra ese acolchado que servía para proteger muebles buenos, se alegró. Tenía a María estrechamente sujeta contra sí y le alegró que la niña durmiera. Intentó rezar con el mismo fervor de siempre pero no lo consiguió, no pasó de una fría meditación ideológica. Había imaginado su vida muy distinta: a los 23 años se había licenciado, luego se fue al convento..., sus parientes estaban decepcionados pero admitieron su decisión. Había estado un año entero en el convento, fue una época muy hermosa, y si se hubiera hecho monja de verdad ahora estaría en un colegio en Argentina, en un convento muy bonito, seguro; pero no se hizo monja, su deseo de casarse y tener hijos era tan fuerte que ni al cabo de un año lo había vencido..., y volvió al mundo. Se hizo profesora, una profesora muy buena, y le gustaba serlo, sus dos asignaturas, alemán y música, le gustaban mucho y quería a los niños, casi no podía imaginar nada más bonito que un coro infantil, fue muy afortunada con su coro infantil que fundó en la escuela, y los cantos de los niños, esos cantos en latín que enseñaba para las fiestas, tenían realmente una neutralidad angelical —con libre alegría interior era como cantaban los niños, cantaban unas letras que no entendían y que eran hermosas. Ella encontraba la vida hermosa..., mucho tiempo, casi siempre. Lo que le producía dolor era ese deseo de ternura y de hijos, le producía dolor porque no encontraba a nadie; había muchos hombres que se interesaban por ella, algunos le declararon su amor y a algunos les dejó que la besaran, pero ella esperaba algo que no hubiera podido describir, no lo llamaba amor — había muchas clases de amor, hubiera preferido llamarlo sorpresa y cuando el soldado cuyo nombre desconocía estaba a su lado clavando las banderitas creyó sentir esta sorpresa. Sabía que él estaba enamorado de ella, hacía dos días que iba a pasar

varias horas charlando con ella y ella lo encontraba simpático a pesar de que su uniforme la inquietaba y asustaba un poco, pero de repente, durante aquellos pocos minutos que estuvo a su lado, en que él parecía haberla olvidado, su cara seria y dolorosa y sus manos, con las que estaba palpando el mapa de Europa, la habían sorprendido, ella había sentido alegría y hubiera podido cantar. Fue el primero que volvió a besarla...

Subió lentamente las escaleras del barracón arrastrando a María detrás suyo; cuando el centinela le dio un golpe en el costado con la boca de su pistola gritando: «Más aprisa..., más aprisa», levantó la vista asombrada. Dentro había tres escribientes sentados en las mesas: delante tenían grandes montones de fichas, las fichas eran del tamaño de la tapa de las cajas de puros. A ella la empujaron en la primera mesa, a María a la segunda y a la tercera llegó un hombre mayor andrajoso y sin afeitar que le sonrió fugazmente, ella le devolvió la sonrisa, parecía que fuera su bienhechor.

Ella dijo su nombre, su profesión, la fecha de su nacimiento y su religión y cuando el escribiente le preguntó la edad se asombró.

—Veintitrés —dijo.

Media hora todavía, pensó. Tal vez tendría aún ocasión de estar un poco sola. Se quedó asombrada al ver con qué tranquilidad iba sucediendo todo en este negociado de la muerte. Todo iba de manera mecánica, algo excitada, impaciente: esos hombres hacían su trabajo con el mismo tedio con que hubieran hecho cualquier otro trabajo de oficina, cumplían sencillamente su obligación, una obligación que les fastidiaba pero que cumplían. No le hicieron nada, ella seguía esperando el miedo que tanto había temido. Había tenido mucho miedo entonces, al salir del convento, mucho miedo mientras iba con la maleta a buscar el tranvía agarrando el dinero con sus dedos mojados: ese mundo al que había anhelado volver para tener un marido e hijos..., una serie de alegrías que no podía encontrar en el convento y que entonces, al ir a buscar el tranvía, ya no confiaba encontrar, le pareció extraño y feo, pero tenía mucha vergüenza, se avergonzaba de este miedo...

Al dirigirse al segundo barracón buscó conocidos en las filas de los que estaban esperando, pero no descubrió ninguno, subió las escaleras, el centinela le hizo impaciente una seña para que entrara cuando delante de la puerta vaciló, y entró arrastrando a María detrás suyo: parecía que esto no estaba bien, por segunda vez descubrió la brutalidad cuando el centinela se la arrancó y la tiró por los cabellos al ofrecer resistencia. Oyó que María gritaba y entró en la habitación con su ficha. En la habitación no había más que un hombre, el cual llevaba uniforme de oficial; en el pecho llevaba una condecoración de plata muy impresionante y estrecha en forma de cruz, su rostro estaba pálido y de aspecto enfermo y cuando levantó la cabeza para mirarla, su mandíbula, tan pesada que casi lo desfiguraba, la asustó. Él extendió la

mano sin decir nada, ella le dio la ficha y esperó: seguía sin sentir miedo. El hombre leyó la ficha, la miró y dijo con calma:

—Cante algo.

Ella se quedó perpleja.

—Vamos —dijo él impaciente—, cante algo..., lo que sea...

Ella lo miró y abrió la boca. Cantó la letanía de los Santos con una música que había descubierto hacía poco y arreglado para estudiarla con los niños. Mientras cantaba miró atentamente al hombre y de repente, cuando él se levantó y la miró, supo lo que era el miedo.

Siguió cantando mientras el rostro que tenía delante se desfiguraba como si fuera un ser espantoso al que parecía que fuera a darle una convulsión. Cantó muy bien, y ella no sabía que estaba sonriendo a pesar del miedo que iba aumentando poco a poco quedándosele encallado en el cuello como si fuera a vomitar...

Desde que había empezado a cantar se había hecho el silencio, también afuera, Filskeit la miraba fijamente: era hermosa —una mujer—, él aún no había tenido nunca una mujer —su vida había transcurrido en una mortal castidad—, se había reflejado muchas veces cuando estaba solo en el espejo en el que en vano buscaba belleza y grandeza y perfección racial —aquí estaba: belleza y grandeza y perfección racial unidas a algo que le dejó completamente paralizado: fe—. No comprendía cómo dejaba que siguiera cantando, que pasara de la antífona —tal vez estaba soñando— y en su mirada, aunque vio que estaba temblando, en su mirada había algo que era casi como amor —o era burla—, Fili, Redemptor mundi, Deus, estaba cantando —nunca había oído a una mujer que cantara así.

Spiritus Sancte, Deus —su voz era robusta, cálida y de increíble claridad. Por lo visto estaba soñando— ahora cantaría: Sancta Trinitas, unus Deus —aún se acordaba— y ella lo cantó:

Sancta Trinitas... «¿Judíos católicos?», pensó..., me estoy volviendo loco. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par: afuera estaban todos escuchándola, nadie se movía. Filskeit notó que se estremecía, intentó gritar, pero de su garganta no salió más que un resoplido ronco y sordo, y de fuera venía ese asfixiante silencio mientras la mujer seguía cantando:

Sancta Dei Genitrix..., con temblorosos dedos cogió la pistola, dio media vuelta, disparó a ciegas contra la mujer, la cual se desplomó y empezó a gritar —entonces, después que ella dejó de cantar—, volvió a encontrar su propia voz.

—¡Matarlos! —gritó—. ¡Matarlos a todos! ¡Maldita sea! ¡El coro también! ¡Háganlo salir! ¡Qué salgan del barracón!

Vació todo el cargador sobre la mujer que yacía en el suelo vomitando torturada su miedo...

Fuera empezó la matanza.

La señora Susan contemplaba la guerra desde hacía ya tres años. Primero habían llegado soldados alemanes y coches del ejército, también caballería —aquel polvorienta otoño pasaron por el puente en dirección a los pasos que conducían a la zona polaca. Realmente esto tenía aspecto bélico, soldados sucios, oficiales cansados a caballo o en moto que iban de un lado a otro, guerra durante una tarde entera, con ciertos descansos: una imagen casi hermosa— y los soldados habían marchado por el puente, los coches habían pasado antes, detrás y al frente las motos, y la señora Susan no los había vuelto a ver.

Después volvió la calma: sólo de vez en cuando llegaba un camión militar alemán que pasaba por el puente, desaparecía al otro lado, en los bosques, y el ruido de cuyo motor ella oía aún un buen rato en el silencio mientras subía monte arriba soplando penosamente, gimiendo, con ciertos descansos —durante un buen rato— hasta que parecía haber desaparecido al otro lado de la cima. Pensó que los coches pasaban por el pueblo en el que había nacido, allí arriba, donde había pasado su infancia, el verano en los pastos y el invierno junto a la rueda —en lo más alto, completamente sola, en verano en esas secas praderas pedregosas. Muy a menudo se inclinaba por encima de la cresta para ver si había algo subiendo o bajando por la carretera. Pero entonces aquí no había aún coches, sólo raras veces llegaba algún carro, en general eran gitanos o judíos que pasaban a la zona polaca. Hasta mucho más adelante, cuando ya hacía tiempo que ella se había ido, no se instaló la vía férrea, la cual pasaba por el puente en Szarny y corría exactamente por el valle que ella en otros tiempos mirara desde los pastos. Hacía tiempo que no había estado arriba, casi diez años, y ella escuchaba atentamente el ruido de los coches mientras podía oírlos— y los oía aún cuando habían pasado ya la cima y corrían en lo alto por la carretera que tal vez ahora contemplaban los niños de su sobrino desde arriba para ver pasar los coches militares de los alemanes que se movían con penas y trabajos. Pero muy raras veces pasaban coches. El camión cruzaba regularmente cada dos meses, y en este intervalo pasaban pocos, a veces uno lleno de soldados que se detenían allí y tomaban cerveza en su casa antes de subir cordillera arriba, y por la tarde bajaba entonces el coche con los otros soldados, los cuales se detenían allí y tomaban cerveza en su casa antes de salir a la llanura. Pero no había muchos soldados allá arriba, en total el camión sólo pasó tres veces, pues medio año después de que la guerra pasara junto a ella en dirección a las montañas voló el puente que había casi detrás de su casa y debajo del cual corría el río. Sucedió por la noche y ella no olvidaría nunca ese estallido y el grito que profirió, las voces de los vecinos al otro lado y el incesante griterío de su hija María, que entonces tenía 28 años y se estaba volviendo cada vez

más rara. Los cristales de las ventanas estaban hechos pedazos, las vacas mugían en el establo y el perro se pasó la noche ladrando, y al despuntar el día lo vieron: el puente había desaparecido, los pilares de cemento seguían aún allí, acera, calzada y parapeto habían sido volados con todo cuidado y los oxidados herrajes se encontraban abajo, en el río, distinguiéndose en algunos lugares. Aquella misma mañana llegó un oficial alemán con cinco soldados que registraron todo Berczaba, primero su casa, todas las habitaciones, los establos e incluso la cama de su hija María que desde el estallido de la noche gemía echada en su habitación. También registraron la casa de los Temann, al otro lado; cada una de las habitaciones, cada uno de los montones de heno y de paja del granero, e incluso la casa de Brachy registraron, a pesar de que estaba deshabitada desde hacía tres años y se iba desmoronando poco a poco. Los Brachy se habían ido a Pressburg, trabajaban allí y hasta el momento no se había presentado nadie que quisiera comprar la casa y el campo.

Los alemanes estaban furiosísimos pero no encontraron nada ni a nadie y se habían llevado la barca que tenían en el cobertizo y por el río se habían ido a Tzenkoschik, el pueblecito que había en el lugar en que la carretera empezaba a ascender: desde su tragaluz se veía el campanario detrás de los bosques. Pero tampoco en Tzenkoschik habían encontrado nada ni a nadie, ni tampoco en Tesarzy, claro que tal vez no sabían que los dos Swortschik habían volado el puente.

Ella encontraba ridículo eso de volar el puente: sólo cada dos meses más o menos pasaba el camión alemán y mientras tanto raras veces algún coche de soldados, y el puente sólo servía para los campesinos que tenían pastos al otro lado, y bosque. Seguro que a los alemanes no les importaba hacer cada dos meses un rodeo de media hora hasta llegar a Szarny, que quedaba sólo a cinco kilómetros, donde había el puente del ferrocarril.

Hasta unos días después no se dio cuenta de lo que significaba para ella que el puente estuviera destruido. Primero vinieron un buen número de curiosos que tomaban su licor y cerveza en su casa y querían que se les explicara todo, pero luego en Berczaba se hizo la calma, una gran calma, los campesinos y mozos que tenían que ir al otro lado al bosque o a los pastos no fueron más, tampoco la gente que los domingos iba a Tzenkoschik, las parejas que se iban a los bosques, ni tampoco los soldados, y lo único que vendió durante quince días fue una cerveza a Temann, a ese avaro que se destilaba el licor él mismo. Era muy desconsolador pensar que en el futuro sólo iba a vender un vaso de cerveza cada quince días al avaro Temann. Todo el mundo sabía lo avaro que era.

Pero ese período tan tranquilo sólo duró tres semanas. Un día llegó un coche militar alemán gris, pequeño y muy ligero con tres oficiales que reconocieron el puente destruido marchando durante media hora orilla arriba, orilla abajo con unos

prismáticos en la mano, observaron la zona primero en casa de Temann y luego, subiendo al tejado de su propia casa, desde arriba miraron la zona con unos prismáticos y después se fueron sin tomar ni siquiera una copa.

Y dos días más tarde llegó a Berczaba una lenta polvareda procedente de Tesarzy..., eran soldados, siete y un sargento, que intentaron hacerle comprender que habían de vivir, dormir y comer en su casa. Ella primero se asustó, pero después se dio cuenta de lo bueno que era eso para ella y subió corriendo a ver a María, que seguía aún en la habitación.

Los soldados parecían tener tiempo, esperaron con paciencia, eran hombres de mediana edad que se llenaron sus pipas, bebieron cerveza, dejaron su equipaje y se pusieron cómodos. Esperaron con paciencia hasta que ella arregló tres habitaciones arriba: la habitación de los mozos, que hacía tres años que estaba vacía porque ya no podían pagar a ningún mozo, la pequeña habitación de la que su marido había dicho una vez que era para visitantes y huéspedes pero nunca había venido ningún visitante ni ningún huésped, y su habitación de casada. Ella se trasladó a la habitación de María. Después, cuando bajó, el sargento empezó a explicarle que eso tenía que pagárselo el Municipio, un buen número de coronas, y que también tenía que cocinar para los soldados, cosa que se pagaría igualmente.

Los soldados eran los mejores clientes que había tenido en su vida: esos ocho devoraban en un mes más que todas las personas juntas que habían pasado separadamente por el puente. Los soldados parecían tener mucho dinero y mucho tiempo. Lo que tenían que hacer, ella lo encontraba ridículo, tenían que recorrer siempre de dos en dos determinado camino —por la orilla, luego ir al otro lado con la barca, volver, otro trecho junto a la orilla—, se turnaban cada dos horas; y en el tejado había uno que paseaba la mirada por la zona con los prismáticos y que era relevado cada tres horas. Allí arriba, en el tejado, se pusieron cómodos, ensancharon el tragaluz quitando unas cuantas tejas, por la noche echaban encima una plancha de hojalata y allí se pasaban el día sentados en un viejo sillón con cojines que había sobre una mesa. Allí había ahora uno de ellos todo el día mirando hacia las montañas, hacia el bosque, hacia la orilla del río, a veces volviendo la vista a Tesarzy, y los otros haraganeaban y se aburrían. Ella quedó consternada cuando se enteró del dinero que les daban a los soldados por eso, y también sus familias, en casa, recibían dinero. Uno de ellos era maestro y le hizo un cálculo exacto de lo que recibía su mujer, pero era tanto que ella no se lo creyó. Era demasiado lo que recibía la mujer de ese maestro a cambio de que su marido estuviera rodando aquí, comiera gulasch, verdura y patatas, tomara café y comiera pan con salchichón —incluso tabaco les daba cada día—, y cuando no comía rondaba por su comedor y bebía lentamente su cerveza y leía, leía sin parar, parecía tener una mochila llena de libros, y cuando no comía ni leía, estaba arriba en el tejado con los prismáticos, completamente absorto, con la vista fija en los

bosques y en los prados u observando a los campesinos en sus tierras. Ese soldado era muy amable con ella, se llamaba Becker, pero a ella no le gustaba porque sólo leía, no hacía más que beber cerveza, leer y rondar por allí.

Pero esto había pasado ya hacía mucho tiempo. Estos soldados no se quedaron más que unos cuatro meses, luego llegaron otros que se quedaron medio año, otros casi un año, y luego los relevaban regularmente cada medio año, y volvieron algunos de los que ya habían estado antes en su casa, y todos hacían lo mismo, durante tres años, haraganear, beber cerveza, jugar a cartas y estar sentados arriba en el tejado o pasear absurdamente al otro lado, en las praderas o en el bosque, con sus fusiles al hombro. Ella recibió mucho dinero por hacer la comida para los soldados y por albergarlos. A su casa fueron también otros huéspedes; el comedor se había transformado en sala de estar de los soldados.

El sargento que vivía ahora en su casa desde hacía cuatro meses se llamaba Peter, el apellido no lo sabía, era de complexión robusta y tenía andares de campesino, incluso llevaba bigote, y al verle ella pensaba a menudo en su marido, Wenzel Susan, que no había vuelto de la guerra: también entonces habían pasado soldados por el puente, cubiertos de polvo, a pie y a caballo, con sucios furgones, soldados que no regresaron —no regresaron hasta años más tarde—, y ella ya no sabía si eran los mismos que habían subido entonces. Cuando Wenzel Susan la fue a buscar a la montaña para hacerla su mujer aún era joven, veintidós años, una mujer bonita: se sentía muy rica, muy feliz como esposa de un fondista que tenía un mozo para el trabajo del campo y un caballo, y ella quería a Wenzel Susan con sus torpes andares, el bigote y sus veintiséis años. Wenzel había sido cabo de cazadores en Pressburg y poco después de que los soldados extranjeros subieran monte arriba atravesando el bosque cubierto de polvo pasando por el pueblo en donde ella había nacido, poco después Wenzel Susan volvió a Pressburg, como cabo de los cazadores, y lo habían hecho bajar a un país que se llamaba Rumania, a las montañas, desde allí le había escrito tres postales en las que decía que estaba bien y en la última postal le explicaba que se había hecho sargento. Luego pasaron cuatro semanas sin que llegara correo y recibió una carta de Viena en que se decía que había caído.

Poco después nació María, María, que ahora estaba esperando un hijo de ese sargento que se llamaba Peter y que se parecía a Wenzel Susan. En su recuerdo era un hombre joven, de 26 años, y ese sargento que se llamaba Peter y que tenía 45 años —siete menos que ella— le parecía muy mayor. Había pasado varias noches en la cama esperando a María, que no llegaba hasta la madrugada, se deslizaba descalza en la habitación y se metía de prisa en la cama poco antes de que los gallos empezaran a cantar —varias noches había pasado esperando y rezando, y a la imagen de la Virgen que tenía abajo le había puesto muchas más flores que antes, pero María había quedado embarazada y el sargento fue a verla, torpe y desconcertado, como un

campesino, y le explicó que se casaría con María cuando hubiera terminado la guerra.

Bien, ella no podía hacer nada y siguió poniendo muchas flores delante de la imagen de la Virgen que tenía abajo en el pasillo, y esperando. Berczaba quedó en calma, a ella le dio la impresión de que la calma era mucho mayor a pesar de que no había cambiado nada: los soldados haraganeaban en el comedor, escribían cartas, jugaban a cartas, bebían licor y cerveza, y algunos de ellos habían empezado a hacer negocio con cosas que aquí no había: con navajas, navajas de afeitar, tijeras —unas tijeras maravillosas— y con calcetines. Por esas cosas tomaban dinero o bien las cambiaban por mantequilla y huevos, lo hacían porque tenían más tiempo libre que dinero que gastar durante este tiempo libre. Ahora volvían a tener a uno que se pasaba el día leyendo y al cual le llegó con el coche, del ferrocarril de Tesarzy, toda una caja de libros. Era catedrático, también él se pasaba medio día sentado arriba en el tejado mirando con los prismáticos hacia las montañas, al bosque, a la orilla del río y a veces volviendo la vista a Tesarzy o contemplando a los campesinos en el campo, y también éste le contó que su mujer recibía mucho dinero, muchísimo dinero, eran unos cuantos miles de coronas al mes —y tampoco a éste lo creyó, era demasiado dinero, una cantidad exorbitante de dinero, tenía que ser mentira, no era posible que su mujer recibiera tanto dinero a cambio de que su marido rondara por aquí, leyera libros y escribiera, la mitad del día y muy a menudo la mitad de la noche y luego pasara unas pocas horas sentado arriba en el tejado con los prismáticos. Había uno que dibujaba: cuando hacía buen tiempo se sentaba junto al río y dibujaba las montañas que desde allí podían verse tan bien, el río, lo que quedaba del puente, y unas pocas veces también la dibujó a ella— ya ella los cuadros le gustaron y colgó uno de ellos en el comedor. Hacía ya tres años que estaban aquí esos soldados, siempre ocho hombres, y no hacían nada. Paseaban junto al río, iban con la barca al otro lado, paseaban por el bosque, subían hasta Tzenkoschik, volvían, atravesaban de nuevo el río, andaban junto a la orilla, luego bajaban un poco hasta Tesarzy y eran relevados. Comían bien, dormían mucho y tenían suficiente dinero, y muchas veces pensaba ella que quizás entonces se habían llevado a Wenzel Susan para que estuviera en otro país sin hacer nada —Wenzel, al que tanto necesitaba, que podía trabajar y al cual le gustaba trabajar. Probablemente se lo habían llevado para que no hiciera nada en este país que se llamaba Rumania, y esperara sin hacer nada hasta que lo mataron. Pero a esos soldados que estaban en su casa no los mataban: desde que estaban allí no habían disparado más que en unas pocas ocasiones, cada vez se producía una gran excitación y cada vez resultaba que era un error— en general disparaban contra animales que se movían en el bosque y que no se paraban cuando ellos se lo pedían, pero tampoco eso ocurrió con mucha frecuencia, sólo cuatro o cinco veces en esos tres años, y una vez contra una mujer que bajó por la noche de Tzenkoschik y atravesó el bosque corriendo para ir a Tesarzy a buscar el médico para

su niño, contra esta mujer habían disparado también pero por suerte no habían dado en el blanco y después la ayudaron a llegar a la barca e incluso la habían pasado al otro lado —y el profesor, que aún estaba despierto sentado en el comedor leyendo y escribiendo, el profesor fue con ella hasta Tesarzy. Pero en estos tres años no habían encontrado a ningún guerrillero— cualquier niño sabía que desde que se habían ido los Swortschik ya no quedaba aquí ninguno más; ni siquiera en Szarny aparecieron guerrilleros, donde había el enorme puente del ferrocarril... A pesar de que ganaba dinero con la guerra le resultaba amargo pensar que probablemente Wenzel Susan no había estado haciendo nada en aquel país que se llamaba Rumania, que no había podido hacer absolutamente nada. Es probable que la guerra consistiera en que los hombres no hicieran nada y que por eso se los llevaban a otros países, para que no lo viera nadie —sea como fuera encontraba enojoso y ridículo ver a esos hombres, durante tres años, que no hacían nada más que perder el tiempo y que recibían tanto dinero por disparar por error una noche cada año contra un venado o contra una pobre mujer que iba a buscar al médico para su niño; enojoso y ridículo era que esos hombres tuvieran que haraganear mientras que ella no sabía qué hacer de tanto trabajo como tenía. Tenía que cocinar, cuidar de las vacas, de los cerdos y de los pollos y había muchos soldados que por dinero le pedían que les limpiara las botas, les zurciera los calcetines y les lavara la ropa; tenía tanto trabajo que no le quedó más remedio que volver a tomar un mozo, un hombre de Tesarzy, pues desde que estaba encinta María ya no hacía nada. Con ese sargento estaba como si fuera su marido: dormía en su habitación, le preparaba el desayuno, le mantenía la ropa limpia y de vez en cuando regañaba con él.

Pero un día, casi exactamente al cabo de tres años, llegó un alto cargo que llevaba bandas rojas en los pantalones y cuello dorado —más adelante oyó decir que era un general de verdad— ese alto cargo llegó de Tesarzy en un coche muy veloz con unos cuantos más; tenía la cara del todo amarilla, parecía triste y delante de su casa regañó con violencia al sargento Peter porque había salido sin cinturón ni pistola a dar parte —y luego permaneció encolerizado esperando fuera. Ella le vio pisotear el suelo, su cara parecía que se volvía más pequeña y más amarilla y con violentas increpaciones se dirigió a otro oficial que estaba a su lado con la mano temblorosa en la gorra, un hombre cansado de pelo gris que había sobrepasado los sesenta y al que conocía porque alguna vez había bajado de Tesarzy con la bicicleta y hablado muy apacible y amable con el sargento y los soldados en el comedor— y luego, acompañado por el profesor, y con la bicicleta en la mano regresaba lentamente a Tesarzy. Después llegó por fin Peter con su cinturón y su pistola y se fue con los hombres hacia el río. Pasaron con la barca al otro lado, atravesaron el bosque, volvieron y permanecieron mucho rato junto al puente —luego subieron al tejado y por fin los oficiales se marcharon y Peter siguió delante de la casa con dos soldados; habían levantado los

brazos, y permanecieron así largo rato, hasta que el coche estaba ya casi en Tesarzy. Luego Peter volvió furioso al edificio, lanzó su gorra sobre la mesa y lo único que le dijo a María fue:

—Parece que se va a construir el puente.

Y dos días después vino otro coche, un camión, muy de prisa de Tesarzy y de ese coche saltaron siete soldados jóvenes y un oficial joven que entró rápidamente en el edificio y se pasó media hora hablando con el sargento en su habitación. María intentó tomar parte en esta conversación, entró sencillamente en la habitación, pero el joven oficial la echó y ella volvió a entrar y de nuevo la echó con severidad el joven oficial; ella se quedó en la escalera llorando mientras tenía que ver cómo los soldados mayores recogían su equipaje y los jóvenes se instalaban en sus habitaciones. Esperó llorando media hora, cuando el profesor le dio unos golpecitos en el hombro se enfureció y llorando y gritando buscó amparo en Peter, el cual salió por fin de su habitación con el equipaje y sonrojado intentó calmarla, consolarla..., ella buscó amparo en él hasta que subió al coche; luego continuó llorando en la escalera siguiendo con la vista al coche que volvía a toda velocidad a Tesarzy. Sabía que no volvería a pesar de que se lo había prometido...

Feinhals llegó a Berczaba dos días antes de que empezara la construcción del puente. El villorrio constaba de una taberna y dos casas, una de las cuales estaba abandonada y medio en ruinas, y al apearse con los demás todo lo que les rodeaba estaba envuelto por el humo amargo del fuego de los patatales. Reinaban la calma y la paz y por ninguna parte parecía que hubiera guerra...

Hasta el regreso en el coche de mudanzas rojo no se descubrió que tenía un cuerpo extraño en la pierna, un trozo de vidrio, como se vio después de la operación, un trozo diminuto de una botella de vino de Tokay, y había habido una curiosa y desagradable discusión porque él hubiera podido reclamar la cruz de plata de heridos, pero el médico jefe no concedía ninguna distinción de heridos por trozos de vidrio, y durante unos días pesó sobre él la sospecha de que se había mutilado él mismo hasta que el teniente Brecht, al que nombró como testigo, envió su informe. Aunque bebía mucho licor la herida se curó de prisa y al cabo de un mes lo enviaron a un puesto de mando que lo despachó a Berczaba. Esperó abajo en la taberna hasta que quedó libre la habitación que Gress había escogido para los dos. Estuvo bebiendo vino, pensando en Ilona y oyó el ruido de la marcha en el edificio: los soldados viejos buscaban sus cachivaches por todos los rincones, la dueña estaba detrás del mostrador poniendo una cara sombría, era una mujer de mediana edad, bonita, seguía siendo bonita, y dentro, en el pasillo, había otra mujer llorando a lágrima viva.

Luego oyó cómo la mujer lloraba y gritaba aún con mayor ímpetu y oyó cómo el camión regresaba al villorrio del que habían venido. Gress vino y se lo llevó a su habitación. La habitación tenía el techo bajo, el revoque se desprendía aquí y allá, el

techo era de vigas negras y olía a moho; fuera el aire era sofocante y desde la ventana se veía un jardín: un prado con viejos árboles frutales, en el borde parterres, corrales y detrás, delante de un cobertizo, una barca en pie asegurada con estacas cuya pintura estaba exfoliada. Fuera reinaba la calma. A la izquierda, por encima del vallado, podía verse el puente, de las aguas salían barras oxidadas y los pilares de cemento estaban cubiertos de musgo. El riachuelo parecía tener 40 o 50 metros de anchura.

Ahora compartía la habitación con Gress. Lo había conocido el día anterior en el puesto de mando y resolvió no hablar con él más de lo necesario: Gress llevaba en el pecho cuatro condecoraciones y le gustaba hablar, lo había hecho ya todo el rato, de polacas, rumanas, francesas y rusas a las que por lo visto había dejado con el corazón destrozado. Feinhals no tenía ganas de escucharle, le molestaba y al mismo tiempo le aburría, también le resultaba desagradable, y Gress parecía ser uno de los que creían que se les escucharía porque llevaban condecoraciones, más condecoraciones de lo normal.

Él, Feinhals, sólo tenía una condecoración, una sola, y parecía hecho para escuchar, pues no decía nada, casi nunca, y no pedía ningún tipo de explicación. Al enterarse de que tenía que cubrir junto con Gress el puesto de observación se alegró: de este modo se libraría de él al menos durante el día... Cuando Gress anunció su decisión de romper el corazón a una eslovaca, a una cualquiera, Feinhals se metió en seguida en cama.

Estaba cansado, y todas las noches cuando se acostaba, sea donde fuera, para dormir confiaba en soñar con Ilona, pero nunca soñaba con ella. Evocaba cada una de las palabras que había hablado con ella, pensaba intensamente en ella, pero cuando se quedaba dormido ella no venía. A menudo le parecía que sólo tenía que dar media vuelta para notar su brazo, pero no estaba con él, estaba muy lejos y era inútil darse la vuelta. Le costaba mucho dormirse porque pensaba con ansiedad en ella e imaginaba la habitación que estaba destinada a acogerlos, y cuando se quedaba dormido dormía mal y por la mañana no sabía ya en qué había soñado. En Ilona no había soñado.

Por la noche, en cama, rezaba y pensaba en las conversaciones que había mantenido con ella los días antes de tener que irse, ella siempre se había sonrojado y parecía que le resultaba penoso que él estuviera con ella en la habitación, entre animales disecados, muestras de minerales, mapas y tableros murales sobre temas de higiene. Pero tal vez lo único que le resultaba penoso era hablar de religión, siempre se había puesto al rojo vivo, parecía que manifestarse la hacía sufrir, y ella hacía profesión de fe, esperanza y caridad y se enfadó porque él decía que no podía ir a la iglesia porque la cara y los sermones de la mayoría de los curas le resultaban insoportables.

—Hay que rezar para consolar a Dios —había dicho...

Jamás hubiera imaginado que se dejaría besar, pero él la había besado y ella a él,

y él sabía que se hubiera ido con él a esa habitación que ahora veía a menudo ante sí: un poco sucia, con la jofaina azulada en la que había agua, con una ancha cama marrón y con vista a un huerto abandonado con la fruta caída pudriéndose debajo de los árboles. Imaginaba siempre que estaba con ella en cama charlando, pero nunca lo soñaba... A la mañana siguiente empezó el servicio. Acurrucado en el sillón que había encima de la mesa que se tambaleaba en el mal ventilado desván de esta casa miraba con los prismáticos a través del tragaluz, las montañas, el bosque, recorría la orilla del río y a veces volvía la vista al villorrio del que habían venido con el camión: no podía descubrir a ningún guerrillero, pero tal vez los campesinos que estaban en el campo eran guerrilleros, sólo que los prismáticos no bastaban para comprobarlo. Se estaba tan tranquilo que sentía dolor y le daba la sensación de que hacía ya años que estaba acurrucado aquí, y levantó los prismáticos, les dio las vueltas necesarias para ver bien y pasando por el bosque y el campanario amarillento miró hacia las montañas. El aire era muy claro y pudo ver muy lejos, allá arriba, un rebaño de cabras entre elevadas crestas: los animales estaban dispersos cual diminutas nubecillas blancas de duro perfil, muy blancas en este fondo gris, gris mate, y él notó que a través de los prismáticos percibía la calma y también la soledad: los animales se movían muy despacio y con escasa frecuencia —como si les tiraran de cordeles cortos. Con los prismáticos podía verlas igual que las hubiera visto con sus propios ojos a una distancia de tres o cuatro kilómetros, le parecía lejos, infinitamente lejos, tranquilo y solitario, esos animales— al pastor no podía verlo; al no verlas, al no ver ni rastro de ellas tras dejar los prismáticos a pesar de que miraba con insistencia la montaña que quedaba por encima del campanario, se asustó. Ni siquiera su blancura podía verse, tenía que estar lejísimos, volvió a coger los prismáticos y miró las cabras blancas cuya soledad notaba, pero las órdenes que se estaban dando abajo en el jardín le asustaron, bajó los prismáticos y miró con sus propios ojos al jardín y observó las maniobras. Daba las órdenes el propio teniente Mück. Feinhals se llevó los prismáticos a los ojos, les dio vueltas para ver bien y observó con atención a Mück; hacía sólo dos días que conocía a Mück pero ya se había dado cuenta de que Mück lo tomaba en serio, su oscura y esbelta silueta tenía la rigidez de una seriedad mortal, sus manos, que tenía en la espalda, no se movían y los músculos de su cuello delgado se contraían. Mück tenía mal aspecto, su rostro era de un color poco claro, casi gris, sus labios pálidos y apenas se movían cuando decían: «¡A la izquierda!», «¡A la derecha!», «¡Media vuelta!». Ahora Feinhals veía sólo el perfil de Mück, esa mitad inmóvil y mortalmente seria de su rostro, los labios que apenas se movían, el triste ojo izquierdo que parecía mirar no a los soldados que realizaban sus ejercicios sino muy lejos, en alguna parte..., quizás hacia atrás. Luego miró a Gress; tenía la cara hinchada, transtornada en cierto modo.

Al volver a mirar al jardín en el que los soldados estaban haciendo «¡A la

izquierda!», «¡A la derecha!» y «¡Media vuelta!», en ese prado rico, maravilloso, vio a una mujer colgando ropa entre los establos. Parecía ser la hija que el día anterior había estado llorando y gritando en el pasillo. Tenía un aspecto serio, casi huraño, tan huraño que no era bonita sino hermosa, una cara delgada y muy morena con la boca apretada. A los cuatro soldados y al teniente ni los miró.

Al día siguiente, cuando volvió a subir al tejado, hacia las ocho, le pareció que hacía meses, casi años que estaba allí. La calma y la soledad eran algo natural: el suave mugido de las vacas en el establo y el olor a patateras quemadas que seguía aún en el aire, aún ardía algún fuego aislado, y al preparar los prismáticos, dirigidos hacia la lejanía, exactamente por encima de la punta del campanario amarillento, no recogió más que soledad. Aquellas alturas estaban vacías —una superficie gris, gris mate en la que se encontraban las rocas negras..., Mück se había ido con sus cuatro hombres a la orilla del río para realizar ejercicios de ataque. Sus órdenes breves y tristes llegaban ligeramente, de una manera demasiado débil para perturbar la tranquilidad— hacían casi que aumentara; y abajo, en la casa, la joven estaba en la cocina cantando una lánguida canción popular eslovaca. La vieja se había ido al campo con el mozo a recoger patatas. En la granja del otro lado reinaba también la calma. Recorrió un buen rato las montañas pero no encontró más que superficies mudas y solitarias, rocas escarpadas, sólo a la derecha vio el humo blanco del ferrocarril saliendo de los bosques que desapareció rápidamente —con los prismáticos el humo parecía polvo cayendo por encima de las copas de los árboles; no se oía nada— sólo las breves órdenes de Mück a la orilla del río y el triste cantar de la joven de la casa, abajo...

Luego regresaron de la orilla del río y los oyó cantar. Era triste oír cantar a esos cuatro hombres, era un finísimo cuarteto lastimero y desunido que estaba cantando «Columnas grises». También oyó a Mück mandando «A la izquierda dos, a la izquierda dos», Mück parecía luchar desesperadamente contra la soledad, pero era inútil. La calma resultaba más fuerte que sus órdenes, más fuerte que los cantos.

Cuando se detenían abajo, delante del edificio, oyó el primer coche que venía del villorrio del que habían salido hacía dos días. Se asustó y dirigió los prismáticos hacia la carretera: una polvareda se acercaba a toda velocidad, vio la cabina del conductor y algo grande y pesado que salía por encima de la cubierta...

—¿Qué ocurre? —gritaron desde la carretera.

—Un coche —dijo él sin dejar de mirar con los prismáticos el coche que se estaba acercando y oyendo al mismo tiempo que abajo la joven también había salido del edificio. Ella habló con los soldados y le gritó algo a él. Él no la entendió, pero gritó hacia abajo:

—¡El conductor va de paisano, a su lado va uno de marrón, parece ser del partido; detrás, en el coche hay una máquina de hormigón!

—¿Una máquina de hormigón? —gritaron los de la carretera.

—¡Sí! —contestó él.

Ahora los de abajo vieron con sus propios ojos la cabina, el hombre de marrón, la máquina de hormigón, y vieron que venía otro coche del pueblo, una polvareda más pequeña, luego otro y otro más, toda una columna que iba del pueblo a los restos del puente. Cuando el primer coche se detuvo cerca de la subida al puente el segundo estaba ya tan cerca que pudieron ver también la cabina y la carga: eran piezas de barracones. Pero entonces todos se acercaron corriendo al primer coche, María también, el teniente fue el único que no, cuando se abrió la portezuela y salió un hombre de marrón. El hombre no llevaba gorra, estaba moreno y tenía un rostro simpático.

—Heil Hitler, muchachos —exclamó—. ¿Es Berczaba esto?

—Sí —replicaron los soldados. Titubeando sacaron las manos de los bolsillos. El hombre llevaba espaldares de mayor en su chaqueta marrón. Ellos no sabían cómo debían tratarlo.

Dirigiéndose a la cabina gritó:

—¡Ya hemos llegado, para el motor!

Entonces pasando la vista por encima de los soldados miró al teniente, esperó un momento y luego se acercó unos pasos. También el teniente se acercó unos pasos, luego el hombre se detuvo y esperó y el teniente Mück dio a toda prisa los pasos que quedaban hasta que se encontró delante del hombre vestido de marrón. Mück se llevó primero la mano a la gorra, luego la levantó para saludar y dijo:

—¡Mück!

Y el hombre del uniforme levantó también la mano, se la tendió a Mück, se la estrechó, diciendo:

—Deussen —jefe de obras—, hemos de levantar este puente.

El teniente miró a los soldados, los soldados miraron a María, María se fue corriendo a casa y Deussen se apartó muy animado y dirigió a los coches que iban llegando.

Deussen lo hacía todo con gran seguridad, con gran energía, pero también con cierta afabilidad. Pidió a la señora Susan que le enseñara la cocina, sonrió, arremangó los labios, no dijo nada, se fue a la casa abandonada del otro lado, la registró minuciosamente y al salir sonrió y poco después dos coches que habían cargado piezas de barracón regresaron en dirección de Tesarzy. Él tomó alojamiento en casa de Temann y poco después estaba echado fumando junto a la ventana y contemplando cómo descargaban los coches. Junto a los coches había otro hombre joven vestido de marrón con hombreras de sargento. De vez en cuando Deussen le decía algo gritando desde la ventana. Mientras tanto habían llegado todos los coches, diez en total, y todo estaba lleno de trabajadores, soportes de hierro, vigas, sacos de cemento, y una hora

más tarde llegó de Szarny bajando por el río un bote automóvil. Del bote salieron un tercer hombre vestido de marrón y dos lindas y morenas eslovacas que los trabajadores saludaron riendo.

Feinhals lo observaba todo con gran atención. Primero llevaron el gran fogón a la casa que se estaba desmoronando, después siguieron descargando: partes listas ya de parapeto, clavos, tornillos, vigas alquitranadas, radiogoniómetros y provisiones. A las once ya estaban las eslovacas pelando patatas y a las doce ya estaban descargados todos los elementos, estaba colocado incluso un barracón para el cemento, y del pueblo llegaron otros tres camiones que vertieron grava en la parte de delante, junto a la rampa del puente. Cuando bajó a comer, siendo relevado por Gress, vio que en el comedor había clavado un cartel que decía «Cantina».

Durante los días siguientes contempló también las obras con atención y le asombró la precisión con que parecía planeado todo: no se realizaba ningún trabajo inútil, ningún material se encontraba más lejos de lo necesario del lugar y todo se utilizaba. Feinhals había estado en muchas obras en el transcurso de su vida, él mismo había dirigido incluso más de una, pero le asombró la limpieza y ligereza con que se trabajaba aquí. Al cabo de tres días los pilares del puente estaban ya emplomados concienzudamente con hormigón y mientras aún vertían todavía junto al último poste empezaron a montar ya el pesado armazón de soportes de hierro. Al cuarto día estaba ya lista una pasarela sobre el puente y al cabo de una semana vio llegar al otro lado del puente camiones con partes del puente, camiones pesados que Deussen utilizaba al mismo tiempo como rampa y base para el montaje de la última parte de la armazón. Desde que estaba terminada la pasarela todo iba más de prisa y Feinhals miraba sólo en raras ocasiones aún a las montañas o al bosque. Contemplaba con gran interés la construcción del puente y aún cuando tenía que tomar parte en los ejercicios, en general contemplaba a los trabajadores: le gustaba este trabajo.

Al atardecer, cuando oscurecía y se retiraba el centinela, se sentaba abajo en el jardín y escuchaba cómo un joven ruso que se llamaba Stalin, Stalin Gadlenko, tocaba la balalaika. Dentro, en la taberna, se cantaba, bebía, también se bailaba a pesar de que el baile estaba prohibido, pero Deussen parecía no ver nada de eso. Tenía muy buen humor: tenía un plazo de quince días para construir el puente y si seguía como hasta entonces estaría listo ya en doce días. Ahorraba mucha gasolina porque para la cocina podía comprárselo todo a Temann y a la señora Susan sin enviar ningún camión por la zona, y cuidaba de que los trabajadores tuvieran para fumar, les dieran bien de comer y se sintieran a gusto, sabía que esto era mejor que insistir en una fuerza que infundía temor, eso sí, pero que en el fondo retardaba el trabajo. Él había construido ya un buen número de puentes, puentes que mientras tanto en su mayoría habían volado ya, pero durante un tiempo habían cumplido su deber, y con el plazo nunca había tenido problemas.

La señora Susan estaba contenta: volvería a estar el puente, seguiría allí aún cuando no hubiera ya más guerra, y si seguía era probable que se quedaran los soldados y también que volviera la gente de los pueblos. También los trabajadores parecían felices. Cada tres días llegaba de Tesarzy carretera abajo un ligero cochecito de color marrón claro que se detenía cuidadosamente delante de la taberna, y del coche salía un hombre de marrón que parecía viejo y cansado y que llevaba hombreras de capitán, y entonces los convocaban y les pagaban; mucho dinero, tanto que podían comprar calcetines a los soldados, también camisas, y al atardecer podían beber y bailar con las lindas eslovacas que trabajaban en la cocina.

Al décimo día Feinhals vio que el puente estaba concluido: el parapeto se hallaba ajustado, la armazón de la calzada dispuesta y observó cómo cargaban cemento y soportes de hierro y también el barracón en el que había estado el cemento. Además se retiró la mitad de los trabajadores y también una cocinera y en Berczaba reinó mayor tranquilidad. Sólo quedaban quince trabajadores, Deussen y el joven de marrón con las hombreras de sargento y una sola mujer en la cocina a la cual él miraba muy a menudo. Ella se pasaba toda la mañana sentada junto a la ventana pelando patatas, cantando, batiendo la carne y limpiando verdura, y era muy linda: cuando sonreía él sentía dolor y a través de los prismáticos podía ver perfectamente su boca, sus finas y oscuras pestañas al otro lado de la carretera. Siempre cantaba sin alzar la voz y para sí —y aquel día al atardecer él se fue a la taberna y bailó con ella. Bailó con ella muy a menudo y vio sus ojos oscuros muy cerca, sintió sus firmes brazos blancos en sus manos y quedó algo decepcionado de que olier a cocina— en la taberna había un aire bochornoso y lleno de humos —ella era la única mujer además de María, la cual estaba sentada en el mostrador y no bailaba con nadie. Por la noche soñó con esta eslovaca cuyo nombre desconocía, soñó con gran claridad con ella a pesar de que al atardecer había vuelto a pasar mucho rato en cama pensando intensamente en Ilona.

Al día siguiente aunque la oyó cantar en un ligero susurro, no la miró con los prismáticos sino que dirigió la vista a las montañas y se sintió feliz al descubrir de nuevo un rebaño de cabras a la derecha ahora del campanario, manchas blancas moviéndose a golpes sobre un fondo gris, verde pálido.

De repente dejó los prismáticos: había oído un disparo, el eco de una explosión lejana procedente de las montañas. Luego otra vez, muy claro, no muy alto, muy lejano. Los trabajadores que estaban junto al puente se interrumpieron en su tarea, la eslovaca dejó de cantar y el teniente Mück llegó corriendo excitado al desván, le arrancó los prismáticos de la mano y miró hacia las montañas. Pasó un buen rato mirando las montañas, pero ya no llegó ninguna otra explosión y Mück, devolviéndole los prismáticos murmuró: «Vigilar ahora..., vigilar», corrió de nuevo al patio, donde pasó control a la limpieza de armas.

Por la tarde pareció haber más calma que en los días anteriores a pesar de que los ruidos seguían siendo los mismos: los trabajadores en el puente cortando las vigas embetunadas, juntándolas y atornillándolas, la voz de la mujer mayor tratando de convencer en la cocina a su hija largo rato y con ahínco sin recibir respuesta, y el suave zumbido de la eslovaca que estaba preparando junto a la ventana abierta la cena para los trabajadores: grandes patatas amarillas se asaban en la sartén y al atardecer brillaba una fuente de barro llena de tomates. Feinhals levantó la vista hacia las montañas, al bosque, recorrió la orilla del río, al otro lado todo estaba en calma, no había nada que se moviera. Los dos centinelas habían desaparecido en el bosque, él miró a los trabajadores del puente: la mitad estaba ya lista, la sólida calzada negra formada por vigas se cerró poco a poco y al cambiar los prismáticos de posición pudo ver cómo en la calle estaban cargando el material que había sobrado, las herramientas y soportes, camas, sillas y la cocina, y poco después partió el coche en dirección a Tesarzy. La eslovaca estaba en la ventana despidiéndoles con la mano. Pareció aumentar la calma, al atardecer subió también al bote automóvil río arriba y en la calzada del puente sólo faltaba una zanja muy estrecha: tres o cuatro vigas. Quedaban aún unos dos metros huecos cuando los trabajadores dejaron la tarea. Feinhals vio que dejaban los útiles en el puente. Volvió el coche de Tesarzy, se detuvo delante de la cocina y descargó una cestita de fruta y unas pocas botellas, y poco antes de que Feinhals fuera relevado volvió el eco de explosiones oscuras desde arriba: resonó procedente de las montañas cual trueno teatral, reproducido artificialmente, rompiéndose, debilitándose, tres veces..., cuatro veces..., luego se hizo el silencio. Y de nuevo subió corriendo el teniente Mück y miró con los prismáticos con convulsivo rostro. Girándolos de izquierda a derecha, recorrió las rocas, las crestas, dejó los prismáticos sacudiendo la cabeza, escribió un aviso en un papel, y poco después Gress fue a Tesarzy con la bicicleta de Deussen.

Una vez Gress se hubo marchado Feinhals oyó claramente un duelo de ametralladoras procedente de las montañas: la sierra sorda y dura de una ametralladora rusa contra el ladrido claro y nervioso de una alemana que crujía como un freno mal ajustado, los disparos parecían escurrirse, tan rápidos eran. El combate fue breve, sólo un intercambio de algunos tiros, luego estallaron algunas granadas de mano, tres o cuatro, cuyo ruido también se reprodujo. Multiplicándose, cada vez más débil resonaba su eco llanura abajo. En cierto modo Feinhals lo encontró ridículo: en todas partes donde la guerra hacía su aparición iba unida a un ruido del todo inútil. Esta vez Mück no subió, estaba en el puente con la vista fija en las montañas, de lo alto no llegó ya más que un solo disparo, parecía un disparo de fusil, su eco llegó de un modo apenas perceptible, como el ruido de una piedra al rodar; luego reinó el silencio hasta que oscureció, Feinhals colocó la plancha de hojalata en el tejado y bajó lentamente.

Gress aún no había regresado y abajo, en el comedor, Mück estaba dando nerviosas instrucciones con lo que anunció alto estado de alarma para la noche. Allí estaba con su cara enormemente seria manoseando nervioso sus dos condecoraciones, con la pistola ametralladora colgada al cuello y el casco de acero en el cinturón.

Antes de que regresara Gress llegó de Tesarzy un coche gris del cual salió un capitán gordo de cara colorada y un teniente primero delgado y de aspecto severo, los cuales se fueron con Mück por el puente. Feinhals se quedó delante del edificio siguiéndolos con la vista. Parecía que las tres figuras se alejaran definitivamente, pero volvieron pronto, el coche dio media vuelta. Al otro lado Deussen miró por la ventana y en la planta baja del alojamiento de los trabajadores los hombres estaban sentados en la penumbra alrededor de una burda mesa: en sus platos había tomates y patatas. En el rincón de la habitación estaba la eslovaca, de pie, con una mano en la cadera y el cigarrillo en la otra, el círculo con el que se llevaba el blanco cigarrillo a la boca a Feinhals le pareció un poco demasiado exagerado. Luego, cuando el motor del coche gris se puso en marcha, se acercó, se echó en la ventana con el cigarrillo y dirigió una sonrisa a Feinhals. Él contempló atentamente su rostro y olvidó saludar a los dos oficiales que se estaban marchando. La mujer llevaba un corsé oscuro y la blancura de su busto relucía en forma de corazón debajo de su moreno rostro. Mück entró en el edificio pasando junto a Feinhals y dijo:

—Vaya a buscar la ametralladora.

Entonces Feinhals vio que en el lugar de la carretera donde había estado el coche de los oficiales había una esbelta ametralladora negra junto a cajas de municiones. Poco a poco atravesó la carretera y fue a buscar la ametralladora, luego se dirigió allí por segunda vez para coger las cajas de municiones. La eslovaca seguía echada en la ventana, sacudió la ceniza del cigarrillo y se metió el resto en el bolsillo del delantal. Seguía mirando a Feinhals pero ya no sonreía, parecía triste, su boca era de un doloroso color rojo pálido. Entonces arremangó un poco los labios, dio media vuelta y empezó a despejar la mesa. Los trabajadores salieron de la casa y se dirigieron al puente.

Aún seguían trabajando allí cuando media hora después Feinhals atravesó el puente con la ametralladora. En la oscuridad estaban montando la última viga. El último clavo lo atornilló el propio Deussen. Pidió que le dieran luz con una lámpara de acetileno y a Feinhals le pareció que tenía en la mano la llave inglesa como si fuera la manivela de un organillo. Daba la impresión de estar taladrando una gran caja oscura que no producía ruido alguno. Feinhals dejó la ametralladora, dijo a Gress «un momento» y volvió de nuevo atrás. Había oído como se ponía en marcha el motor del coche que había delante del alojamiento de los trabajadores, volvió hasta la rampa y contempló cómo cargaban los objetos del mobiliario. Ya no había gran cosa: un horno, unas pocas sillas, un cesto de patatas, utensilios de cocina y el equipaje de

los trabajadores. Los trabajadores volvieron del puente y montaron todos en el coche. Tenían botellas en la mano y bebían. La última en subir al coche fue la eslovaca. Llevaba un pañuelo rojo y su equipaje no era voluminoso: un paquete envuelto con un trapo azul. Al verla subir Feinhals titubeó un momento, luego regresó a toda prisa. El último en venir del puente fue Deussen: llevaba la llave inglesa en la mano y se dirigió lentamente a la casa de Temann.

Pasaron media noche acurrucados allí, con la flamante ametralladora detrás de la pequeña muralla que bordaba la rampa escuchando en la noche. Reinaba el silencio, de vez en cuando venía la patrulla del bosque, intercambiaban fatigados un par de palabras y seguían allí acurrucados en silencio con la vista fija en la estrecha carretera que conducía al bosque. Pero no llegó nada. También arriba, en las montañas, reinaba el silencio. Hacia medianoche, cuando los relevaron, volvieron a casa y se quedaron dormidos en seguida. No oyeron ruido hasta el amanecer y entonces se levantaron. Gress se calzó las botas y Feinhals permaneció descalzo junto a la ventana mirando al otro lado: había allí mucha gente tratando de persuadir al teniente, que por lo visto no quería dejarles pasar por el puente. Parecían venir de las montañas y del pueblo cuyo campanario se veía detrás del bosque, una caravana bastante larga compuesta por gente con carros y paquetes que no parecían terminar tampoco donde empezaba el bosque. Su griterío era angustiada, y Feinhals vio a la señora Susan atravesando el puente en zapatillas y un abrigo sobre los hombros. Se detuvo junto al teniente y habló un buen rato con la gente, luego trató de convencer al teniente. También llegó Deussen, fue despacio, con el cigarrillo en la boca, y también él habló con el teniente, luego con la señora Susan y trató de convencer a la gente..., hasta que por fin la caravana de fugitivos que había al otro lado se puso lentamente en movimiento y se encaminó hacia Szarny. Había muchos carros cargadísimos de niños y cajas, aves en cestos, una larga caravana que no avanzaba sino muy lentamente; Deussen regresó con la señora Susan y sacudiendo la cabeza intentó hacerle comprender algo.

Feinhals se vistió despacio y volvió a echarse en la cama. Intentó dormir pero Gress se estaba afeitando concienzudamente y silbando y unos minutos después oyeron que se aproximaban dos coches. Primero pareció que fueran uno al lado del otro, luego uno pareció adelantar al otro, apenas se oía aún al uno cuando el otro ya estaba pasando por allí delante. Feinhals se levantó y bajó la escalera: era el coche marrón con el que había venido de vez en cuando el habilitado para traer dinero a los trabajadores. Estaba al otro lado, delante de la casa de Temann, y en aquel momento Deussen se dirigió al puente con un hombre vestido de marrón que llevaba también hombreras de mayor. Pero entonces llegó también el segundo coche. Este coche era gris y estaba muy sucio, lleno de salpicaduras, iba muy despacio, se detuvo delante de la casa de la señora Susan y de él salió de un salto un animado teniente que le gritó a Feinhals:

—Disponeros para la marcha, la cosa se está poniendo mal aquí. ¿Dónde está vuestro jefe?

Feinhals vio que el pequeño teniente llevaba hombreras de gastador. Señalando el puente dijo:

—Allí.

—Gracias —dijo el teniente; dirigiéndose al soldado que había en el coche exclamó—: Prepáralo todo —y se fue corriendo hacia el puente.

Feinhals lo siguió. El hombre del uniforme marrón con hombreras de mayor examinó atentamente el puente, hizo que Deussen se lo enseñara todo, hizo con la cabeza un gesto de aprobación, la sacudió incluso elogiosamente y luego regresó con Deussen. Deussen salió en seguida de la casa de Temann con su equipaje, llave inglesa en mano, y el coche marrón regresó a toda prisa.

Mück se marchó con las dos ametralladoras, el teniente gastador y un suboficial de artillería que no llevaba ninguna arma, estaba sucio y parecía rendido: a ese hombre le caía el sudor por la cara, tampoco llevaba equipaje, ni siquiera una gorra y una y otra vez señalaba excitado el bosque y las montañas más allá del bosque. Entonces Feinhals lo oyó: eran vehículos que bajaban lentamente carretera abajo. El pequeño teniente gastador corrió hacia su coche y gritó:

—¡Aprisa, aprisa!

El soldado llegó corriendo con cajas de hojalata gris, paquetes de cartón marrón y un lío de alambres. El teniente miró su reloj:

—Las siete —dijo—, nos quedan diez minutos.

Dirigió una mirada a Mück:

—A las diez en punto tiene que volar en el aire. El contraataque no sirve de nada.

Feinhals subió lentamente la escalera, recogió su equipaje, tomó su fusil, lo dejó todo fuera, delante de la puerta, y volvió a entrar en el edificio. Las dos mujeres, que seguían aún sin vestirse, corrían excitadas por los pasillos y sacaban sin orden ni concierto objetos de las habitaciones echándose gritos mutuamente. Feinhals miró la imagen de la Virgen: las flores estaban marchitas, sacó con cuidado los tallos mustios, hizo un ramo flojo con las flores que quedaban frescas y miró el reloj. Eran las ocho y al otro lado se oía claramente el ruido de los vehículos al acercarse, tenían que haber pasado ya el pueblo y encontrarse en el bosque. Fuera estaban todos a punto de marcha. El teniente Mück tenía en la mano un bloc de inscripciones y estaba anotando los datos personales del rendido suboficial de artillería, el cual estaba sentado, fatigado en el banco.

—Schniewind —dijo el suboficial— Arthur Schniewind, formamos parte de la 912.

Mück asintió con la cabeza y metió el bloc en su bolsa de cuero. En aquel momento llegó corriendo el pequeño teniente gastador con el soldado y gritó:

—¡Todos a cubierto..., todos a cubierto!

Todos ellos se echaron en la carretera, lo más cerca posible del edificio cuya fachada quedaba diagonal a la rampa del puente. El teniente gastador se miró el reloj, entonces el puente voló al aire. No hubo un estrépito demasiado grande, no hubo ningún zumbido, pareció oírse un crujido, luego una explosión como de unas pocas granadas de mano y entonces oyeron el estampido de la pesada calzada. Esperaron un segundo más hasta que el pequeño teniente dijo:

—Ya está.

Se levantaron y miraron al puente: los postes de hormigón seguían allí, pasarela y calzada habían volado limpiamente, sólo al otro lado había quedado colgado un trozo de parapeto.

El ruido de los coches que se iban aproximando estaba ya muy cerca, entonces; de repente se hizo el silencio: pareció que se detenían en el bosque.

El pequeño teniente gastador había subido al coche, lo puso en marcha y gritando dijo a Mück:

—¿Qué está esperando aún? No tiene ninguna orden de esperar aquí.

Hizo un rápido saludo y se alejó con su sucio cochecito.

—¡Formar! —exclamó el teniente Mück.

Ellos se colocaron en la carretera, Mück miró las dos casas, pero en ninguna de las dos se movía nada. Entonces se oyó sólo el llanto de una mujer, pero parecía ser la mayor.

—En marcha —gritó Mück—, en marcha, en marcha sin marcar el paso.

Él les precedía: muy serio y triste, parecía mirar a algún lugar cualquiera, muy lejos..., o muy atrás, a un lugar cualquiera.

A Feinhals le maravillaba lo grande que era la propiedad de Finck. Desde delante sólo había visto esta estrecha casa vieja con el letrero: «Taberna y hotel de Finck desde 1710», una escalera que parecía amenazar ruina y que llevaba al comedor, una ventana a la izquierda, dos a la derecha de la puerta, y junto a la última ventana de la derecha la puerta de entrada como la de las casas de todos los viticultores: un desvencijado portal pintado de verde a través del cual a duras penas podía pasar un vehículo.

Pero ahora, después de abrir la puerta del pasillo, vio un gran patio cuidadosamente empedrado formado por un cuadrado regular de sólidos edificios. En el primer piso había una barandilla de madera alrededor de un pasillo, y a través de otro portal podía verse un segundo patio en el que había cobertizos y a la derecha un edificio de un piso, un salón por lo visto. Él lo miró todo con atención, escuchó y de repente, al ver a los dos centinelas americanos, se quedó paralizado: estaban vigilando la segunda entrada cruzándose a toda prisa cual animales enjaulados que han encontrado determinado ritmo para cruzarse, uno llevaba gafas y sus labios se movían sin cesar, el otro estaba fumando un cigarrillo, llevaban el casco de acero en el cogote y parecían bastante cansados.

Feinhals sacudió la puerta de la izquierda en la que estaba pegado un papel que decía «Particular», y la de la derecha, en la que había el letrero «Comedor». Las dos puertas estaban cerradas con llave. Mientras esperaba observó a los centinelas que andaban infatigables de un lado a otro. En el silencio se oía sólo raras veces un disparo, parecía que los enemigos se tiraban granadas como si fueran pelotas, que no iban en serio, que sólo debían indicar que aún había guerra; se elevaban como señales ruidosas que explotaban en cualquier parte, dejaban oír su estampido y en el silencio hacían comprender lo siguiente: «Guerra, estamos en guerra. ¡Cuidado: guerra!». Su eco no llegaba sino muy débilmente. Pero al escuchar durante unos minutos ese ruido inofensivo Feinhals se dio cuenta de que se había equivocado: las granadas procedían sólo del lado americano, del alemán no caía ningún disparo. No era un intercambio sino explosiones muy unilaterales que se seguían con gran regularidad y producían en el montañoso paisaje del otro lado del riachuelo un eco múltiple quedamente amenazador. Feinhals avanzó unos pasos, hasta el oscuro rincón del pasillo que daba a la izquierda al sótano y a la derecha a una puertecita en la que había clavado un letrero de cartón que decía «Cocina». Llamó a la puerta de la cocina, oyó un debilísimo «Entre..., por favor» y apretó el mango de la puerta. Cuatro caras lo estaban mirando y a él le asustó el parecido de dos de esos rostros con aquel semblante agotado e inerte que había visto durante unos segundos muy lejos, en la

pradera de un pueblo húngaro, débilmente iluminado por el rojo resplandor del fuego. El viejo que había junto a la ventana con la pipa en la boca se parecía mucho a este semblante, era flaco y viejo y en sus ojos había una cansada sabiduría. El segundo rostro cuyo parecido le asustó era el de un muchacho que estaba jugando, que debía de tener seis años y que, sentado en el suelo con un coche de madera, levantó entonces la vista para mirarlo: el niño también era flaco y parecía viejo, cansado y sabio, sus ojos oscuros miraron a Feinhals, luego bajó la vista con indiferencia y con cansados movimientos empujó el coche por el suelo.

Las dos mujeres estaban sentadas a la mesa pelando patatas. Una era mayor pero su rostro era ancho y moreno, muy sano, y se notaba que había sido una mujer hermosa. La que estaba sentada a su lado tenía un aspecto marchito y envejecido a pesar de que se veía que tenía que ser más joven de lo que parecía: estaba cansada y abatida, sus manos al moverse parecían titubear. Por su pálida frente le caían a la cara rubios mechones, mientras que la vieja llevaba el pelo tirante.

—Buenos días —dijo Feinhals.

—Buenos días —contestaron.

Feinhals cerró la puerta detrás suyo y titubeó, carraspeó y se dio cuenta de que empezaba a sudar, un sudor fino que hizo que se le pegara la camisa debajo de las axilas y en la espalda. La mujer más joven, que estaba sentada a la mesa, lo miró y él se dio cuenta de que sus manos eran igual de suaves y blancas que las del muchacho que acurrucado en el suelo desviaba tranquilamente su coche para evitar una parte de las baldosas que estaba rota. En la pequeña habitación se percibía un enrarecido olor a innumerables comidas. Sartenes y pucheros colgaban por todas partes de la pared.

Las dos mujeres miraron al hombre que estaba sentado junto a la ventana con la vista en el patio, éste indicó con la mano una silla y dijo:

—Tome asiento, por favor.

Feinhals se sentó al lado de la vieja y señaló:

—Me llamo Feinhals —soy de Weidesheim—, quisiera ir a casa.

Las dos mujeres alzaron la vista, el viejo pareció animarse.

—¿Feinhals? —dijo—. ¿De Weidesheim..., hijo de Jacob Feinhals?

—Sí..., ¿qué tal en Weidesheim?

El viejo se encogió de hombros, echó una bocanada de humo y dijo:

—No están mal..., están esperando que los americanos ocupen el lugar, pero no lo hacen. Hace ya tres semanas que están aquí, pero los dos kilómetros hasta Weidesheim no los recorren, tampoco los alemanes están allí, es tierra de nadie, nadie se preocupa por ella, debe de estar mal situada...

—Dicen que de vez en cuando los alemanes disparan allí —dijo la mujer joven—, pero sólo en raras ocasiones.

—Sí, eso dicen —repuso el viejo; miró a Feinhals atentamente.

—¿De dónde viene?

—Del otro lado..., he estado esperando tres semanas en el otro lado a que vengan los americanos.

—¿Exactamente enfrente?

—No..., más al sur..., por Grinzheim.

—En Grinzheim. ¿De veras? ¿Ha pasado por allí?

—Sí..., esta noche.

—¿Y se ha vestido de paisano?

Feinhals sacudió la cabeza.

—No —dijo—, allí ya iba de paisano..., ahora licencian a muchos soldados.

El viejo rió suavemente y miró a la mujer joven.

—¿Oyes, Trude? —dijo—, ahora licencian a muchos soldados..., oh, ¿qué debe hacerse si no reír...?

Las mujeres ya habían acabado de pelar patatas; la joven cogió el puchero, se dirigió al rincón, hacia el grifo, y echó las patatas en un colador. Dejó correr agua y con cansados movimientos empezó a lavar las patatas.

La mujer mayor rozó el brazo de Feinhals. Éste se volvió hacia ella.

—¿Licencian a muchos? —preguntó.

—A muchos —dijo Feinhals—, algunas unidades los licencian a todos..., obligándoles a que se reúnan en la zona del Ruhr. Pero yo no he ido a la zona del Ruhr.

La mujer que estaba junto al grifo empezó a llorar. Lloraba sin hacer ruido, sus flacos hombros se movían de un modo apenas perceptible.

—O llorar —dijo el viejo junto a la ventana—, reír o llorar —miró a Feinhals—. Su marido ha caído..., mi hijo.

Señaló con la pipa a la mujer que se encontraba junto al grifo limpiando con todo esmero y muy despacio las patatas y llorando.

—En Hungría —dijo el viejo—, el otoño pasado.

—En verano —dijo la vieja, que estaba sentada al lado de Feinhals—, tenían que licenciarlo..., unas cuantas veces estuvo a punto, estaba enfermo, muy enfermo, pero al parecer no querían dejarlo ir. Tenía la cantina.

Sacudió la cabeza y miró a la mujer más joven, que estaba junto al grifo. La mujer más joven echó con cuidado las patatas lavadas en una olla y dejó que corriera el agua. Seguía llorando, con calma y casi sin hacer ruido, dejó la olla en el fogón y se fue al rincón para sacar su pañuelo de una bata.

Feinhals se dio cuenta de que su cara se desmoronaba. No había pensado demasiado en Finck, sólo unas pocas veces y de manera fugaz, pero ahora lo recordaba con tal intensidad que lo veía ante sí con mayor claridad que entonces, cuando lo habían visto de verdad: aquella maleta increíblemente pesada en la que de

repente explotó la granada, el zumbido al abrirse la tapa de la maleta, el vino salpicando en la oscuridad en el camino y en su cogote, el tintineo de los trozos de vidrio..., y lo bajo y delgado que había sido aquel hombre al que palpó lentamente hasta notar su gran herida ensangrentada y retirar la mano...

Miró al niño que estaba jugando en el suelo. Con sus deditos blancos tiraba tranquilamente del coche alrededor del lugar en que las baldosas estaban estropeadas, allí había trocitos de leña que eran cargados, descargados, cargados, descargados. El niño era muy delicado y tenía los mismos movimientos cansados que su madre, la cual ahora estaba sentada a la mesa con el pañuelo delante de la cara. Feinhals miró angustiado a su alrededor y pensó si tenía que explicárselo, pero bajando de nuevo la cabeza decidió decírselo más adelante. Se lo diría al viejo. Ahora no quería hablar de ello: en cualquier caso parecía preocuparles que Finck hubiera salido de un hospital y llegado a Hungría. La vieja volvió a rozarle el brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja—. ¿Tiene hambre? ¿Se encuentra mal?

—No —dijo Feinhals—, muchas gracias —y sosteniendo su intensa mirada repitió—: No, no de verdad, gracias.

—¿Un vaso de vino? —preguntó el viejo desde la ventana—. ¿O de licor?

—Sí —dijo Feinhals—, uno de licor con mucho gusto.

—Trude —dijo el viejo—, dale un licor al señor.

La mujer joven se levantó y se fue a la habitación contigua.

—Vivimos muy estrechos —dijo la mujer mayor a Feinhals—, sólo esta cocina y el comedor, pero dicen que pronto van a proseguir su marcha, tienen muchos tanques aquí, y a los presos hay que trasladarlos.

—¿Tiene presos en la casa?

—Sí —dijo la vieja—, delante, en el salón, hay presos, sólo altos cargos que son interrogados aquí. Cuando los interrogan se van. Hay incluso un general. Mire, allí.

Feinhals se dirigió a la ventana y el viejo recorrió con el dedo un camino que pasaba junto al centinela y atravesaba la entrada para llegar al segundo patio, a las ventanas de la salita tapiada con una alambrada.

—Allí —dijo el viejo—, vuelven a llevar a otro a interrogatorio.

Feinhals reconoció en seguida al general: tenía mejor aspecto, más relajado, y ahora llevaba la cruz al cuello, parecía incluso sonreír ligeramente e iba tranquilo y obediente delante de los dos centinelas, los cuales tenían el cañón de sus pistolas ametralladoras dirigido hacia él. La cara del general ya casi no estaba amarilla y tampoco parecía cansado, su rostro era equilibrado, tranquilo, culto y humano, su suavísima sonrisa le embellecía la cara. Venía de la entrada, atravesó tranquilamente el patio y delante de los dos centinelas subió la escalera.

—Éste era el general —dijo Finck—, ahí tienen también coroneles, mayores, sólo oficiales superiores, casi treinta.

La mujer joven volvió del cuarto de huéspedes con las copas y la botella de licor. Dejó una copa en la repisa delante del viejo Finck y la otra delante del sitio de Feinhals en la mesa. Feinhals se quedó junto a la ventana. Desde allí podría ver incluso más allá del segundo patio hasta la calle a la que daba la parte trasera de la casa. Allí había otros dos centinelas con pistolas ametralladoras y frente al lugar en el que estaban los centinelas Feinhals vio entonces el escaparate de la tienda de ataúdes y supo que aquélla era la calle en la que se encontraba el Instituto. El ataúd seguía en el escaparate: barnizado de negro con chapas de plata y un paño negro con pesados borlones dorados. Tal vez era aún el mismo ataúd que había trece años atrás, cuando iba al Instituto.

—¡A su salud! —exclamó el viejo levantando su copa.

Feinhals fue a toda prisa a la mesa, cogió su copa, dijo «gracias» a la mujer joven y «A su salud» al viejo y bebió. El licor era bueno.

—¿Cuándo, en su opinión, será favorable que llegue a casa?

—Tiene que procurar no pasar por ningún lugar en el que haya americanos..., lo mejor es por el Kerpel... ¿Conoce el Kerpel?

—Sí —dijo Feinhals—. ¿No hay allí?

—No, allí no hay. A menudo viene gente del otro lado a buscar pan —por la noche—, mujeres, todas vienen por el Kerpel...

—Durante el día ya disparan allí —dijo la mujer joven.

—Sí —dijo el viejo—, durante el día ya disparan hacia allí...

—Gracias —dijo Feinhals—, muchas gracias.

Bebió todo el contenido de su copa.

El viejo se levantó.

—Yo voy a subir a la montaña —dijo—, lo mejor es que venga conmigo. Desde arriba puede verlo todo bien, incluso la casa de su padre...

—Sí —dijo Feinhals—, voy con usted.

Miró a las mujeres que, sentadas a la mesa, limpiaban verdura, quitaban con cuidado las hojas de dos repollos, miraban las hojas, las cortaban y las echaban a un colador.

El niño levantó la vista, de repente dejó el coche quieto y preguntó:

—¿Puedo venir?

—Sí —dijo Finck—, vente.

Dejó la pipa en el alféizar.

—Ahora le toca al siguiente —exclamó—. Mire.

Feinhals corrió hacia la ventana: el coronel andaba ahora de manera irresoluta, su afilada cara parecía enferma y el cuello en el que se bamboleaban las condecoraciones le venía demasiado ancho. Apenas levantaba las rodillas y agitaba los brazos.

—Una vergüenza —murmuró Finck—, una vergüenza.  
Cogió el sombrero de la percha y se lo puso.  
—Adiós —dijo Feinhals.  
—Adiós —dijeron las mujeres.  
—Volveremos para comer —dijo el viejo Finck.

Al soldado Berchem no le gustaba la guerra. Había sido camarero y coctelero en un cabaret y había conseguido escaparse del llamamiento a filas hasta fines de 1944 y durante la guerra en este cabaret había aprendido muchas cosas que se le confirmaron de manera definitiva durante casi mil quinientas noches bélicas. Sabía de siempre que la mayoría de los hombres aguantan menos alcohol de lo que creen y que la mayoría de los hombres pasan una gran parte de su vida intentando convencerse a sí mismos de que son bebedores empedernidos y que de eso intentan convencer también a las mujeres que llevan a los cabarets. Pero había muy pocos hombres que pudieran emborracharse de verdad y que resultara divertido verlos mientras bebían. Y también durante la guerra ese tipo de hombres seguía siendo escaso.

Y la mayoría de las personas cometió el error de suponer que un poco de metal brillante en el pecho o al cuello de una persona puede cambiarla. Parecían creer que un tonto podía hacerse inteligente y un débil fuerte cuando en alguna parte decorativa de su uniforme se le colgaba una condecoración que posiblemente había ganado. Pero Berchem se había dado cuenta de que no era verdad: de ser posible que se transformara a una persona gracias a una condecoración, entonces era a lo sumo de una manera negativa. Pero a esos hombres en general sólo los había visto una noche y antes no los conocía y sólo sabía que la mayoría no aguantaban el alcohol a pesar de que todos ellos creían que lo aguantaban y sabían explicar cuánto habían bebido de un tirón en una ocasión y en otra, aquí y allá. El espectáculo no era agradable cuando estaban borrachos, y este cabaret en el que había pasado mil quinientas noches de guerra como camarero no era controlado con mucha severidad respecto al mercado negro: en algún lugar u otro tenía que haber algo de beber, de fumar y de comer para los héroes, y su jefe tenía 28 años, una salud de roble y ni en diciembre de 1944 se transformó en soldado. Al jefe las bombas que poco a poco iban destruyendo toda la ciudad no le importaban, el jefe tenía una villa en el bosque, con bunker incluso, y de vez en cuando le divertía invitar a tomar unas copas a algunos héroes particularmente simpáticos, meterlos a todos ellos en su coche y servirles en su villa.

Berchem había observado con atención durante mil quinientas noches de guerra y había tenido que observar a pesar de que le aburría. No sabía cuántos asaltos y cercos conocía por lo que se explicaba. Durante una temporada pensó en apuntárselo, pero eran demasiados asaltos y demasiados cercos y había demasiados héroes que no llevaban ninguna condecoración y tenían que contar que en realidad las habían merecido porque... había escuchado muchos de estos relatos de «porque» y ya estaba

harto de la guerra. Pero también había quienes contaban la verdad cuando estaban borrachos... se enteró de la verdad por varios héroes y por las mujeres del bar, que eran francesas, polacas, húngaras y rumanas. Él siempre se había entendido bien con las mujeres del bar. La mayoría resistían el alcohol y él tenía una debilidad por las mujeres con las que se podía beber.

Pero ahora yacía en un granero en un lugar que se llamaba Auelberg, tenía unos prismáticos, un cuaderno de colegio y unos lápices y un reloj de pulsera, y había anotado todo lo que había podido observar en el lugar que se llamaba Weidesheim y que quedaba a ciento cincuenta metros de donde se encontraba él, al otro lado del riachuelo. En Weidesheim no había mucho que ver: la mitad del frente del lugar lo formaban los muros de la fábrica de mermelada y ahora la fábrica de mermelada no funcionaba. En ocasiones, raras veces, pasaba alguien por la calle, se alejaba al oeste en dirección a Heidesheim y pronto se hacía invisible en las estrechas callejuelas. La gente subía a sus viñedos y a sus huertos y él los veía trabajando allá arriba, detrás de Weidesheim, pero lo que sucedía detrás de Weidesheim no necesitaba apuntarlo en su cuaderno. El cañón para el que él estaba haciendo de observador recibía sólo siete granadas al día, y esas granadas había que dispararlas de algún modo, pues de lo contrario no le ponían ninguna, y las siete granadas no bastaban para un duelo con los americanos que se encontraban en Heidesheim, era inútil, incluso estaba prohibido disparar contra los americanos porque devolvían por cada tiro cien, eran muy susceptibles. Así, pues, no servía de nada que Berchem anotara en su cuaderno: «10.30 coche americano procedente de Heidesheim a casa junto entrada fábrica de mermelada. Coche aparca delante fábrica mermelada. Regreso 11.15». Ese coche venía cada día y permanecía casi una hora a ciento cincuenta metros de donde estaba él, pero era inútil anotarlo en el cuaderno: contra este coche no se disparaba nunca. Cada vez salía de él un soldado americano que se quedaba casi siempre una hora en el edificio y luego se iba.

El cabo de artillería que Berchem había tenido primero era teniente, se llamaba Gracht y de él se decía que era pastor. Berchem no había tenido muchas relaciones con pastores, pero encontraba que éste era muy simpático. Gracht había enviado siempre sus siete granadas a la desembocadura del río que quedaba a la izquierda de Heidesheim, un pequeño delta cubierto de arena y encenagado en el que sólo crecían juncos que los habitantes de la zona llamaban Kerpel, seguro que allí sus granadas no hacían daño a nadie, y entonces Berchem había empezado a apuntar en su cuaderno varias veces al día: «Movimientos notables desembocadura río». El teniente no había dicho nada a eso y había mandado sus siete granadas al lodazal. Pero hacía dos días que allí arriba había otro cabo de artillería, un sargento primero llamado Schniewind que era muy meticuloso con sus siete granadas. Tampoco Schniewind disparaba contra el coche americano que aparcaba siempre delante de la fábrica de mermelada,

había puesto sus miras en la bandera blanca: por lo visto los habitantes de Weidesheim seguían contando cada día con que los americanos ocuparían su localidad, pero los americanos no la ocupaban. Su situación era muy desfavorable, se encontraba en un recodo y podía verse muy bien, mientras que Heidesheim casi no podía verse, y por lo visto los americanos no tenían el plan de avanzar. En otras zonas se habían internado ya doscientos kilómetros Alemania adentro, casi hasta el centro de Alemania, pero en Heidesheim estaban ya desde hacía tres semanas y por cada disparo que caía en Heidesheim habían devuelto más de cien, pero ahora ya no disparaba nadie más hacia Heidesheim: las siete granadas estaban destinadas a Heidesheim y sus alrededores y el sargento primero Schniewind había decidido castigar el mediocre sentimiento patriótico de los habitantes de Weidesheim. Las banderas blancas no podía soportarlas.

A pesar de ello aquel día Berchem escribió también en su cuaderno: «9 h. movimientos notables en desembocadura río». Y lo mismo lo escribió alas 10.15, y a las 11.45 volvió a escribir: «Automóvil americano de H. a W. Fábrica de mermelada». A las doce abandonó su puesto durante unos minutos para ir a buscar la comida. Cuando se disponía a bajar la escalera, Schniewind le gritó desde abajo:

—Un momento, quédese arriba.

Berchem volvió a rastras a la ventana del granero y cogió los prismáticos. Schniewind le quitó de la mano los prismáticos, se echó boca abajo como si fuera a combatir y miró hacia fuera. Berchem lo miró de soslayo: Schniewind era del tipo de hombres que no aguantaban nada pero que se convencían a sí mismos y sabían convencer a los demás de que aguantaban mucho. El celo con que estaba echado boca abajo con la vista fija en el desconsolado e inerte Weidesheim no era del todo auténtico y Berchem vio que la estrella de su hombrera era completamente nueva y también el cordón que rodeaba su hombrera con una herradura completa. Schniewind devolvió los prismáticos a Berchem y dijo:

—Cochinos, esos malditos cochinos con sus banderas blancas... Déme el cuaderno.

Berchem se lo dio. Schniewind lo examinó.

—Tonterías —dijo—. No sé qué os pasa con vuestra cenagosa desembocadura del río, allí no hay más que ranas. Traiga.

Le quitó a Berchem los prismáticos de la mano y los dirigió a la desembocadura del río. Berchem vio que alrededor de la boca de Schniewind había una ligera huella de saliva y que caía hacia abajo un finísimo hilo de saliva.

—Nada —murmuró Schniewind—, nada en absoluto en esa desembocadura... no se mueve nada... tonterías.

Arrancó una hoja del cuaderno, sacó del bolsillo un trozo de lápiz y mientras miraba por la ventana escribió en el papel:

—Cochinos —murmuró—, esos cochinos.

Luego se fue sin saludar y bajó escalera abajo. Berchem descendió un minuto después para ir a buscar la comida.

Desde arriba, desde el viñedo, podía dominarse todo bien, y Feinhals comprendió por qué Weidesheim no estaba ocupado ni por alemanes ni por americanos: no valía la pena. Quince casas y una fábrica de mermelada que no funcionaba. La estación de ferrocarril estaba en Heidesheim, y al otro lado, la estación de Auelberg estaba ocupada por los alemanes: Weidesheim se encontraba en un recodo muerto. Entre Weidesheim y las montañas, en un hueco, se encontraba Heidesheim, y él vio que en todas las plazas un poco grandes había tanques a montones; en el patio del Instituto, junto a la iglesia, en el mercado y en la gran plaza del hotel Estrella, en todas partes había tanques y vehículos que no estaban ni siquiera enmascarados. En el valle florecían ya los árboles, laderas y prados estaban cubiertos de copas floridas de árboles, blancos, rojizos y blanco azulado, y el aire era suave: era primavera. Desde arriba podía ver la propiedad de Finck como si fuera una hendidura, los dos patios rectangulares entre las estrechas calles, incluso a los cuatro centinelas pudo ver, y en el patio de la tienda de ataúdes vio a un hombre construyendo una gran caja amarillo blanquecina algo inclinada que probablemente iba a ser un ataúd, podía verse bien la madera recién pulida, despedía un brillo amarillo rojizo, y la esposa del maestro estaba sentada en un banco al sol, cerca de su marido, y limpiaba verdura.

En las calles había vida, mujeres de compras, soldados y una clase estaba saliendo del edificio escolar que se encontraba al final del pueblo. Pero en Weidesheim había una calma absoluta. Las casas estaban como escondidas entre las grandes copas de los árboles, pero él conocía todas las casas de allí y a primera vista vio que las casas de los Berg y de los Hoppenrath habían sufrido desperfectos; en cambio la casa de su padre estaba intacta, estaba en toda su amplitud con su color amarillo allí, junto a la calle principal, con su pesada fachada, y la bandera blanca que colgaba del primer piso, del dormitorio de sus padres, era de dimensiones considerables, mayor que las banderas blancas que vio en las otras casas. Los tilos ya estaban verdes. Pero no se veía a nadie y las banderas blancas colgaban rígidas y muertas en la placidez del aire. También el gran patio de la fábrica de mermelada estaba vacío, por todas partes había montones de cubos oxidados, los cobertizos estaban cerrados. De repente vio que procedente de la estación de Heidesheim se dirigía a Weidesheim un coche americano atravesando a toda velocidad praderas y huertas. El coche desaparecía de vez en cuando bajo las copas de los árboles, volvía a verse, fue por la calle principal de Weidesheim y se detuvo junto al portal de la fábrica de mermelada.

—Maldita sea —dijo en voz baja Feinhals dirigiéndose a Finck y señalando el coche con el dedo—. ¿Qué es eso?

Finck estaba sentado a su lado en el banco que había delante del cobertizo de las

herramientas y sacudió tranquilamente la cabeza.

—Nada —dijo—, nada importante, es el amante de la señorita Merzbach, va todos los días allí.

—¿Un americano?

—Claro —dijo Finck—, ella tiene miedo de venir acá porque de vez en cuando los alemanes disparan hacia el pueblo... por eso él va a verla a ella.

Feinhals sonrió. Conocía bien a la señorita Merzbach: era unos pocos años más joven que él, y entonces, cuando él se fue de casa, ella tenía catorce años, una colegiala flaca e inquieta que tocaba el piano en exceso y mal, él se acordaba de más de una tarde de domingo en que ella había tocado abajo, en el salón de la casa del director, mientras él leía sentado en el jardín, al lado, y cuando dejaba de tocar aparecía su pálido rostro en la ventana y miraba al jardín triste y descontenta. Entonces había unos minutos de silencio hasta que volvía a sentarse al piano para seguir tocando. Ahora debía de tener veintisiete años y en cierto modo a él le alegró que tuviera un amante.

Pensó que pronto estaría abajo, en casa, al lado mismo de la de los Merzbach, y que probablemente al día siguiente por la mañana vería a ese americano. Quizá podría hablarse con él, y tal vez a través de él se diera la posibilidad de hacerse con papeles... seguro que era oficial. No era probable que la señorita Merzbach tuviera como amante a un soldado cualquiera.

Pensó también en su casita en la ciudad que sabía que ya no existía. La gente de allí le había escrito que la casa ya no estaba en pie y él intentó imaginárselo, pero no podía imaginárselo a pesar de que había visto muchas casas que ya no existían. Pero que su casa ya no existiera no podía imaginárselo. Ni siquiera había ido allí cuando tuvo licencia por su lesión, no veía por qué había de ir sólo para ver que ya no quedaba nada. La última vez que estuvo allí, en 1943, la casa aún estaba en pie, él había clavado cartón en las ventanas destruidas y se había ido al cabaret que quedaba unas pocas casas más allá —allí había estado sentado tres horas hasta que se fue el tren para casa, había estado charlando un rato con el camarero, que era muy simpático, un hombre sobrio y tranquilo, joven aún, que le vendió los cigarrillos a cuarenta céntimos y una botella de coñac francés por 65 marcos. Eso era barato, y el camarero le dijo incluso cómo se llamaba— ahora ya no se acordaba —y le había recomendado una mujer cuyo encanto consistía en una lealtad alemana que parecía auténtica. Se llamaba Grete y todos la llamaban madre y el camarero había dicho que era muy agradable tomar una copa con ella y charlar. Él había estado charlando tres horas con Grete, que parecía buena de verdad, ella le habló de su casa paterna en Schleswig-Holstein e intentó consolarlo por la guerra. Se había estado muy bien en aquel cabaret, a pesar de que después de la medianoche unos oficiales y soldados borrachos empezaron a hacer un desfile.

Se alegraba de poder ir a casa y quedarse allí. Se quedaría mucho tiempo allí sin hacer nada hasta que se viera qué pasaba. Seguro que después de la guerra habría trabajo suficiente, pero él no tenía intención de trabajar. No le apetecía, no quería hacer nada, tal vez ayudar un poco en la recolección, sin compromiso, como un veraneante que de vez en cuando coge una horca. Tal vez después empezaría a construir alguna casa en el vecindario, cuando pudiera tener los encargos. Contempló Heidesheim con una rápida mirada: había varias casas destruidas, junto a la estación toda una hilera de casas y también la estación misma. Allí había aún un tren de mercancías cuya locomotora estaba destruida por los tiros y se encontraba junto a los andenes, estaban cargando madera de un vagón a un coche americano, las verdes tablas podían verse tan bien como el ataúd en el jardín del carpintero, que era más claro y brillante que las flores de los árboles, el brillo de su blancura amarillenta ascendía con toda claridad...

Reflexionó qué camino debía tomar. Finck le había dicho que los centinelas americanos estaban en la línea de ferrocarril, también tenían puestos allí, y que no hacían nada contra las personas que iban solas a trabajar al campo. Pero si quería ir completamente seguro podía arrastrarse a través del canal en que quedaba aprisionado a lo largo de unos centenares de metros el río lleno de arena; podía atravesarse agachado y muchas personas que por el motivo que fuera querían pasar al otro lado lo habían utilizado —y al final del canal había la intrincada maleza del Kerpel que lindaba con los jardines de Weidesheim—. Una vez en los jardines ya no le vería nadie, allí conocía todos los puntos del camino. También podía llevar al hombro una azada o una pala. Finck aseguraba que cada día venía mucha gente de Weidesheim para trabajar en los viñedos y en las huertas.

Lo único que quería era tranquilidad: estar echado en cama en casa, saber que nadie podía molestarle, pensar en Ilona, tal vez soñar con ella. Más adelante empezaría a trabajar, cuando fuera —primero quería recuperarse durmiendo y dejarse mimar por su madre; ella estaría muy contenta si iba por una larga temporada. Es probable también que en casa hubiera con qué fumar y después de mucho tiempo volvería a tener ocasión de leer. Seguro que ahora la señorita Merzbach tocaba mejor el piano. Recordó que había sido muy feliz entonces, cuando podía estar sentado en el jardín leyendo y teniendo que escuchar lo mal que tocaba el piano la señorita Merzbach, había sido feliz a pesar de que entonces no lo sabía. Hoy lo sabía— había soñado que construía casas como no las había construido ninguna persona, pero después había construido unas casas que apenas se distinguían de las que construían los demás. Era un arquitecto muy mediocre y lo sabía, pero no obstante era hermoso entender bien el propio oficio y construir casas sencillas y buenas que a veces incluso le gustaban a uno cuando estaban terminadas. Lo único que importaba era no tomárselo demasiado en serio —eso era todo. Ahora el camino a casa le parecía muy

largo a pesar de que no podía ser más de media hora; estaba muy cansado y perezoso y hubiera deseado que lo llevaran bien aprisa con un coche allí, a su casa, echarse en cama y dormir. Le molestaba recorrer el camino que tendría que hacer pronto: atravesando el frente americano. Podía haber dificultades y él ya no quería más problemas, estaba cansado y todo le molestaba.

Se quitó la gorra y juntó las manos al dar mediodía —Finck y el niño hicieron lo mismo; incluso el carpintero que estaba construyendo el ataúd allí abajo en el patio dejó sus herramientas y la mujer apartó la cesta de la verdura y quedó en el patio con las manos juntas. La gente parecía no avergonzarse ya de rezar en público, y en cierto modo lo encontró desagradable, también en su propia persona: también antes había rezado— también Ilona había rezado, una mujer muy piadosa e inteligente que era incluso hermosa y tan inteligente que ni siquiera los sacerdotes hubieran podido apartarla de su fe. Ahora al rezar se sorprendió rezando por algo, casi como por costumbre, aunque no deseaba nada: Ilona estaba muerta, ¿por qué había de rezar? Pero él rezó para que regresara de donde fuera, por su feliz regreso a casa, si bien este regreso ya estaba casi concluido. Sospechaba que toda esta gente rezaba por algo, para que se les cumpliera algún deseo, pero Ilona le había dicho: «Tenemos que rezar para consolar a Dios...», ella lo había leído y encontrado extraordinario, y mientras mantenía sus manos juntas se propuso empezar a rezar bien cuando no pudiera rezar ya por nada más. Entonces iría también a la iglesia aunque le resultaba difícil aguantar la cara de la mayoría de los sacerdotes y sus sermones, pero quería hacerlo para consolar a Dios —tal vez consolar a Dios también por la cara y los sermones de los sacerdotes. Sonrió, volvió a separar las manos y se puso la gorra...

—Mire allí —dijo Finck—, ahora se los están llevando.

Señaló hacia Heidesheim y Feinhals vio que delante de la casa del constructor de ataúdes había un camión, un camión que fue llenándose poco a poco de oficiales del saloncito de Finck: incluso desde arriba podían verse bien sus condecoraciones. Entonces el camión se alejó a gran velocidad por la carretera llena de árboles en dirección oeste, al lugar en el que ya no había guerra...

—La gente va contando por ahí que pronto avanzarán —dijo Finck—. ¿Ve todos los tanques?

—Espero que pronto conquisten Weidesheim —dijo Feinhals.

Finck asintió con la cabeza.

—No van a tardar mucho... ¿Vendrá a vernos alguna vez?

—Sí —dijo Feinhals—, vendré a verles a menudo.

—Me alegraría —dijo Finck—. ¿Quiere tabaco?

—Gracias —dijo Feinhals; se llenó una pipa, Finck le dio fuego y durante un rato miraron la llanura mientras el viejo Finck ponía la mano sobre la cabeza de su nieto.

—Ahora me voy —dijo Feinhals de repente—, tengo que irme, quiero ir a casa...

—Vaya —dijo Finck—, vaya tranquilo, no hay peligro alguno.

Feinhals le dio la mano.

—Muchas gracias —dijo mirándolo—, muchas gracias..., espero poder ir a verle de nuevo pronto.

También al chico le dio la mano y el niño lo miró pensativo y con cierta desconfianza con sus oscuros ojitos.

—Llévese la azada —dijo Finck—, es mejor.

—Gracias —dijo Feinhals, cogiéndola.

Durante un rato pareció que se dirigía exactamente hacia el ataúd que estaban haciendo abajo en el patio, andaba en una vertical perfecta hacia él, vio que la brillante caja amarilla se volvía más grande y clara, como a través de los cristales de unos prismáticos, hasta que torció a la derecha y pasó por el pueblo, se sumergió en la corriente formada por los chicos del colegio que estaban saliendo de la escuela, se quedó en medio de un grupo de niños hasta llegar a la puerta de la ciudad y al atravesar la calle para ir al túnel estaba solo. No quería atravesar el canal arrastrándose, le resultaba demasiado molesto. También le resultaba demasiado molesto ir por el cenagoso e intransitable Kerpel, y además si entraba en el pueblo por la derecha y luego volvía por la izquierda parecería altamente sospechoso. Tomó el camino recto que llevaba a través de prados y huertas y al ver a cien metros delante suyo a alguien con una azada estuvo del todo tranquilo.

En el túnel los americanos sólo tenían una pareja de centinelas. Los dos hombres se habían quitado el casco de acero, estaban fumando y mirando aburridos los floridos jardines entre Heidesheim y Weidesheim; de Feinhals no hicieron ningún caso, hacía tres semanas que estaban allí y desde hacía dos no había llegado ningún disparo más a Heidesheim. Feinhals pasó tranquilamente por su lado, les saludó con la cabeza y ellos le devolvieron el saludo indiferentes.

Sólo tenía que andar diez minutos más, en línea recta a través de los jardines, luego media vuelta a la izquierda entre la casa de los Heuser y la de los Hoppenrath, un poco la calle principal abajo y ya estaba en casa. Tal vez encontraría aún en el camino a alguien a quien conociera, pero no se tropezó con nadie, la calma era absoluta, sólo le llegaban los ruidos lejanos de los camiones en marcha, pero a esta hora nadie parecía pensar en disparar. Ni siquiera tuvieron lugar entonces las explosiones regulares de granadas, que a él se le habían antojado señales de alarma.

Pensó con cierta amargura en Ilona: en cierto modo le parecía que se había escapado, estaba muerta y morir era tal vez lo más sencillo..., ahora hubiera tenido que estar con él y a él le parecía que además hubiera podido estar con él. Pero ella parecía haber sabido que era mejor no llegar a ser demasiado viejos y no construir la propia vida basándose en un amor que sólo era real durante momentos mientras que había otro amor que era eterno. Parecía haber sabido muchas cosas, más que él, y él

se sentía engañado porque pronto estaría en casa y viviría allí, leería, a ser posible no trabajaría demasiado y rezaría para consolar a Dios, no para pedirle algo que no podía dar porque le amaba a uno: dinero o éxito o cualquier cosa que le sirviera a uno de ayuda para salirse airoso en esta vida con chapucerías, la mayoría de las personas se abrían camino en la vida haciendo alguna que otra chapucería, también él tendría que hacerlas pues no construiría casas que tuvieran que ser construidas forzosamente por él, cualquier otro arquitecto mediocre podía construirlas...

Al pasar junto al jardín de los Hoppenrath sonrió: seguían sin tener los árboles rociados con esa cosa blanca de la cual su padre decía que era imprescindible. Siempre se peleaba con el viejo Hoppenrath por este motivo, pero el viejo Hoppenrath seguía sin tener esa cosa blanca en sus árboles. Ahora ya no faltaba mucho para llegar a casa: a la izquierda estaba la casa de los Heuser, a la derecha la de los Hoppenrath y sólo tenía que atravesar esa estrecha callejuela y luego a la izquierda un poco por la calle principal abajo. Los Heuser tenían la cosa blanca en sus árboles. Sonrió. Oyó perfectamente el disparo al otro lado y se echó al suelo —en el acto—, e intentó seguir sonriendo, pero al ver que la granada caía en el jardín de Hoppenrath se asustó. Estalló en la copa de un árbol y una suave y espesa lluvia de flores blancas cayó sobre el prado. La segunda granada parecía estar más hacia delante, más hacia la casa de los Bäumer, casi frente a la de su padre, la tercera y la cuarta quedaban a la misma altura pero más hacia la izquierda, parecían ser de calibre mediano. Se levantó lentamente cuando la quinta estalló también allí —y luego no hubo nada más. Escuchó un buen rato, no oyó ningún otro disparo y siguió andando de prisa— los perros estaban ladrando en todo el pueblo y él oyó los salvajes aletazos de los gallos y los patos en el corral de Heuser, también las vacas mugían de una manera sorda en algunos establos y él pensó: absurdo, qué absurdo. Pero tal vez estaban disparando contra el coche americano que él no había oído regresar, más al torcer por la esquina de la calle principal vio que el coche ya se había ido —la calle estaba completamente vacía—, y el sordo mugido de las vacas y los ladridos de los perros lo acompañaron los pocos pasos que le quedaban aún por andar.

La bandera blanca de la casa de su padre era la única en toda la calle y entonces él vio que era muy grande, parecía que fuera uno de los gigantescos manteles que su madre sacaba del armario en las solemnidades. Volvió a sonreír, pero de repente se echó de nuevo al suelo sabiendo que era demasiado tarde. Absurdo, pensó, qué cosa tan terriblemente absurda. La sexta granada dio en la fachada de su casa paterna, cayeron piedras, el revoque se desmoronó sobre la calle y abajo, en el sótano, oyó que su madre gritaba. Se acercó a toda prisa a la casa arrastrándose, oyó el disparo de la séptima granada y gritó antes de que estallara, gritó muy alto durante unos segundos y de repente supo que morir no era lo más sencillo, gritó intensamente hasta que le alcanzó la granada y al morir fue arrastrándose hacia el umbral de su casa. El

asta de la bandera se había roto y el paño blanco cayó sobre él.



HEINRICH BÖLL (Colonia, 1917 - Langenbroich, 1985). Escritor alemán, premio Nobel de Literatura en 1972. Hijo de un escultor, terminada la escuela inició su aprendizaje como librero. En 1938-1939 tuvo que prestar el servicio de trabajo. Concluido éste, comenzó a asistir a la universidad, pero en el verano de 1939 entró en el ejército hasta el final de la guerra y estuvo prisionero en un campo estadounidense en el este de Francia.

En 1945 volvió a Colonia, donde estudió lengua y literatura alemanas, al tiempo que trabajaba en una ebanistería, y en 1947 empezó a publicar en prensa y a escribir dramas radiofónicos. Desde 1951 se dedicó a escribir y traducir y pasó largas temporadas en Irlanda.

La escritura de Böll está marcada por su experiencia como soldado y, después, por la reconstrucción de Alemania enmarcada en el enfrentamiento Este-Oeste y el predominio conservador. Católico profundo y militante, criticó con dureza a las instituciones, muy especialmente a las eclesiásticas, en una firme defensa de las minorías y de los valores humanos.

A una primera etapa creativa, en la que hizo una «literatura de guerra, ruinas y retorno a la patria», según declaraciones propias, se adscriben una serie de relatos y novelas breves que evocan la atroz experiencia del conflicto bélico y las penurias de la posguerra inmediata. *El tren llegó puntual* (1949), su primer relato, se enfrenta ya con el absurdo de la guerra: un soldado de permiso cree, en el momento de volver al frente, que pronto morirá, y resulta sin embargo el único superviviente de su grupo.

En el relato se emplea la técnica de plano amplio y la elisión, propios de la narrativa norteamericana, para retratar el ambiente bélico.

Böll expresó en su obra narrativa el desasosiego que le produce una sociedad marcada por la incomprensión y fanatizada por el peso de las ideologías y los presupuestos morales. Frente a ella, se yerguen los protagonistas de sus novelas: seres siempre desvalidos, a quienes esa sociedad aplasta de una manera tan cruel como arbitraria, en nombre de principios abstractos que se convierten en algo inhumano y carente de sentido. La aplicación de estos principios constituye para ellos una singular versión del destino que aciertan a percibir, pero no a comprender.

Las doctrinas políticas, la religión, la opinión pública, las reglas externas de moralidad, se transforman en manos de la masa en armas que destruyen a las criaturas sencillas. Böll aboga por la solidaridad entre los seres humanos, por la autenticidad de las relaciones más allá de toda norma positiva. Así entiende él la religión católica que profesa, cosa que no le impide criticar lo que de excluyente puedan tener determinadas actitudes de los católicos. Pero la denuncia que plantea alcanza también a toda una sociedad cómplice del nazismo que se oculta vergonzosamente tras aparatosas manifestaciones de civismo. Un mundo obsesionado por el poder, la eficacia o el dinero, que olvida los aspectos verdaderamente esenciales del ser humano.